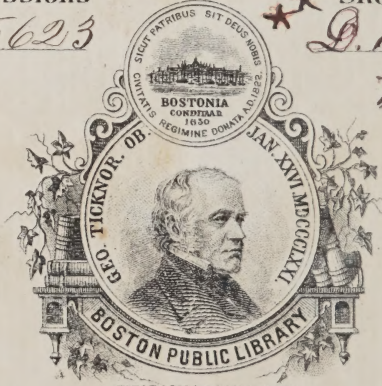
George Ticknor.

SUUM CUIQUE.

Accessions
115623

Shelf No.
D. 156.12
Vol. 3



BEQUEATHED BY

George Ticknor.

Rec'd Apr. 26th 1871.

RIMAS

DE

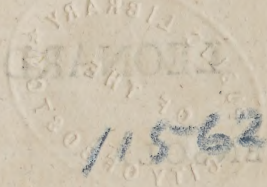
BARTOLOMÉ LEONARDO

DE ARGENSOLA.

TOMO III.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1805.

D.156
.12
.3



115623

S.S.

ADVERTENCIA.

La comun desgracia que regularmente han tenido nuestros mejores Poetas en haber salido á la luz pública, ó mal corregidos ó faltos, ó aumentados con lo que no debieran, por fortuna no ha comprehendido á los Argensolas. Sus poesías fuéron recogidas, corregidas y dadas á luz por Don Gabriel Leonardo de Albion, hijo de Lupercio; de cuya erudicion y gusto, aunque no tuviéramos otra prueba, bastaria solamente el cuidado y diligencia que advertimos en la correccion de lo impreso, y en lo que dexó de imprimir. Porque aunque alguno le censura de poco diligente en recoger las poesías de su padre y tio; debemos estar persuadidos, que las que omitió no fue por descuido ó ignorancia, sino con mucha advertencia y buen acuerdo. Para afirmarlo así nos fundamos en que todas quantas composiciones

se han impreso en algunas obras modernas, atribuyéndolas á alguno de los dos hermanos, y las muchas obras inéditas, que hemos visto atribuidas á ellos en varios manuscritos, ó son supuestas, ó tan defectuosas, que cederia en descrédito de tan excelentes Poetas el mezclarlas con las demas impresas, de cuyo mérito hemos dicho algo en el prólogo. Así que, es muy probable que el editor de estas Don Gabriel, que tuvo mas proporcion que ninguno de los que hoy somos, para adquirir todas las poesías de su padre y tio; y como educado al lado de tan juiciosos Poetas, sabemos que tambien lo fue, y tuvo un gusto muy exquisito en la poesía: es muy probable, digo, que las tendria todas presentes, y juzgó mas conveniente no imprimir mas, porque conoció que ellas solas eran muy suficientes para darles honor en la posteridad. Este fue el motivo sin duda de no dar á luz las tragedias de su padre, cuyo manuscrito nos consta poseyó: y que hubiera sido mas conveniente para su honor y el de nues-

tra poesía dramática hubiese permanecido siempre inédito.

Pero porque no se crea que nuestro juicio es errado, ó que no nos hemos querido tomar el trabajo de buscar y registrar los manuscritos, pondremos aquí varias piezas, para demostrar que ó son supuestas, ó no son comparables á las mas inferiores de las impresas. Esto se puede afirmar sin temeridad de todas quantas hemos visto; y daríamos muchas gracias al que imprimiese otras piezas inéditas, probando, no con elogios vagos, sino con un exámen crítico, que son comparables ó superiores á las impresas, que tanto hemos recomendado. Primeramente insertamos doce sonetos, que juzgamos son obras legítimas de Lupercio, no solo por hallarse en un manuscrito muy completo de todas sus poesías, que se ha servido comunicarnos el Señor Don Eugenio Llaguno y Amírola, primer Oficial de la Secretaría de Estado, sino principalmente por su estilo; pero qualquiera que los exâmine con imparcialidad, hallará la gran diferen-

cia que hay de ellos al mas inferior de los impresos; y se persuadirá que no sin razon los omitió el primer editor.

Se inserta tambien una respuesta de Bartolomé á Alonso Ezquerra, la qual sin duda es obra legítima; pero tan pobre de estilo y conceptos, respecto de otras epístolas del mismo, que no hubiera perdido nada la buena memoria del que escribe y responde en que jamas hubiese salido á luz. Sin embargo es muy superior la respuesta á la carta de Ezquerra: aunque el empeño de responderle con los mismos consonantes, bien que muestra la prodigiosa facilidad de nuestro Bartolomé, es reprehensible; y quizá esta es la causa de parecerse tan poco en belleza á las demas composiciones, que en este género nos dexó por modelos.

En el mismo manuscrito hay una cancion contra la esperanza, atribuida á Lupercio; la que tambien ponemos por muestra de lo poco que se debe fiar de semejantes títulos supuestos. Toda ella es muy pueril, baxa, pobre de estilo, llena de pensamientos falsos y ridículos: obra

sin duda de algun coplero, que quiso oponerla á la bellísima cancion de nuestro Lupercio á la esperanza, que empieza:

Alivia sus fatigas.

Esta cancion empieza en todos los manuscritos de esta suerte:

Aplácase muy presto
El temor importuno,
Y déxase llevar de la esperanza:
Infierno es manifiesto
No ver indicio alguno
De que pueda en la pena haber mudanza:
Aflige la tardanza
Del bien; pero consuela,
Si se espera, saber que el tiempo vuela.

Esta estancia es muy probable que sea de Lupercio; pero su hijo tuvo por conveniente omitirla, porque aunque no hay en ella ningun defecto considerable, disminuye mucho el mérito de toda la composicion; porque mostrando desde luego friamente el objeto de la cancion,

destruye el deleyte que produce la conclusion de una induccion tan ingeniosa y bella.

Para prueba de lo mucho que varían los manuscritos de lo impreso, se inserta tambien la carta que escribió Bartolomé á Don Gerónimo de Eraso, despidiéndose de la corte, que empieza en el impreso:

Con tu licencia, Fabio, me retiro.

El manuscrito de donde la hemos copiado tiene la firma del *Rector Leonardo*, y todas las trazas de ser original; por lo qual nos ha parecido no será desagradable á los curiosos leerla como salió de las manos de su autor, y observar lo mucho que la limó ó el mismo Bartolomé, ó su sobrino. La misma variedad se observa en la epístola satírica que escribió á Don Nuño de Mendoza, que empieza:

Dícesme, Nuño, que en la corte quieres.

Pero no hemos tenido por conveniente

te anotar sus variaciones, porque sin duda está mejor la impresa. No nos parecen tales las que hemos visto en órden á la epístola de Lupercio, que empieza en el impreso:

Aquí donde en Afranio y en Petreyo;

y la otra de Bartolomé, que empieza:

No te pido, Marques, que me perdones.

Sobre las quales ponemos las variaciones mas notables, que nos parece mejoran el texto.

Ultimamente se ponen dos piezas, que en el Parnaso Español se atribuyen á Bartolomé; no porque sea ninguna de ellas suya, sino por las razones que expondrémos. Estas son la epístola que empieza:

Fabio, las esperanzas cortesanas;

y la cancion:

Ufano, alegre, altivo, enamorado.

De estas la primera es sin duda de Francisco de Rioja, como es evidente á qualquiera que la lea con reflexîon, y tenga conocimiento del estilo y carácter de las poesías de este grande ingenio. Pero sin tener que recurrir al estilo, porque esta es una prueba muy equívoca para muchos, tenemos sobrados fundamentos para restituir á Francisco de Rioja la gloria de esta bella composicion. Porque ¿cómo podia decir Bartolomé:

Ven, y reposa en el materno seno
De la antigua Remúlea &c.....

y mucho ménos:

Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica &c.....

La qual expresion no dexa duda que es del mismo autor que compuso la incomparable cancion sobre las ruinas de esta antigua colonia; dexando á parte otras muchas circunstancias de su versi-

ficacion y lenguage, que todas juntas constituyen la mayor probabilidad de que son producciones de un mismo ingenio. Pero si aun hubiere quien se empeñe en atribuirla á Bartolomé, no porfiaremos en disuadirle, porque realmente esta epístola es tan excelente, que el mejor Poeta se puede honrar con ella. Por las muchas bellezas que brillan en ella, y por salir ahora corregida por un antiguo manuscrito de los muchos y enormes errores con que se imprimió en el Parnaso Español, creemos hacer un servicio agradable á los inteligentes en insertarla.

La cancion, como advierte con razon el Parnasista, es muy agena del estilo maduro de Bartolomé: en los manuscritos mas auténticos y en alguna obra impresa se atribuye á Mira de Amescua; pero sea de este ó de algun otro buen ingenio, no hay duda que se debe contar entre las excelentes composiciones, que en el estilo florido tiene nuestro Parnaso. Hemos tenido por conveniente insertarla aquí, para que sirva de muestra del estilo florido; y comparándolo con

el maduro de los Argensolas, se vea prácticamente la diferencia que hay entre estos dos estilos, y principalmente porque puede servir de modelo en el arreglo del plan y artificio; el qual es tan manifiesto, que basta leerla para comprehenderlo.

RIMAS

DE BARTOLOME DE ARGENSOLA.

PARAFRASIS DEL SALMO

SUPER FLUMINA.

Algunas veces se nos permitia,
(Contaba el pueblo en Babilonia preso)
Bien que arrastrando las prisiones fieras,
Parar un poco á respirar del peso:
Y Eufrates á llorar en sus riberas
Las familias captivas detenia.
Allí sentados luego se ofrecia
La imágen de la patria á la memoria.
Tu imágen, ¡ó Sion! cuyas divinas
Fábricas hizo míseras ruinas
El furor de una bárbara victoria:
Y enterneciónos tanto,
Que todos dimos libre curso al llanto.
Al gran desierto adonde nos sentamos,
En medio dél los mudos instrumentos,
Ya como carga inútil ofrecimos;
Y para juego triste de los vientos
Las cítaras y flautas suspendimos
De los crecidos sauces en los ramos.
En esto nos preguntan que digamos
A los que nos llevaban á su cargo
Algunos versos ó sentencias graves,
Que encierran nuestros cánticos suaves,
Por breve tregua del camino largo;

Y no á piedad movidos,
Sino por dar mas pena á los vencidos.
Y aquellos mismos que á la servidumbre
Nos destináron, y ministros fuéron
Del destierro comun de nuestra gente,
Cantadnos algun himno, nos dixéron,
De los cantares, que acordadamente
Cantó Sion, segun vuestra costumbre.
Alzó en esto la voz la muchedumbre,
(Que hirió las almas, y dobló su pena
El dolor vivo de este mandamiento),
Y dixo: ¿con qué pecho, con qué aliento
Podremos entonar en tierra agena
Las canciones sagradas,
Al Señor solamente dedicadas?
Oyense tiernos votos: si afligida
Jerusalen, qual quedas, te olvidare,
Mi diestra se condene á eterno olvido.
Dice otro: si de tí no me acordare,
De poder formar voz destituido,
Quede mi lengua al paladar asida:
Si en qualquiera descanso de mi vida,
Que ocasiones alegres darme pueda,
Callo, ¡ó Jerusalen! y no la elijo
Para principio de mi regocijo.
Mas, ¡ó Señor! quando se nos conceda
El dia señalado,
Que á su venganza tienes dedicado,
De castigar los hijos de Idumea;
Te suplico que quieras acordarte,

Que al enemigo exército ayudando,
De nuestra destruicion fuéron gran parte;
Y en el asalto andaban voceando,
Derribad, derribad hasta que sea
A polvo reducida, y no se vea
Hasta los fundamentos piedra entera.
Pero tú, que triunfando estás agora,
Soberbia hija de Babel, ¡qué hora
Tan lamentable, ó misera, te espera!
¡Qué vencedor dichoso,
Que nos restaure el público reposo!
Aquel felice autor de la venganza
En ella te ha de dar el mismo pago,
Que á nosotros nos diste en esta guerra.
Nuestra lástima misma, el mismo estrago
Con igual furia pasará en tu tierra:
Que ya por mi profética esperanza
Me parece que veo cómo alcanza
Tus defensores que huyen, y los trata
Como ya tu cuchillo en sangre tinto
Se encrueleció con ímpetu indistinto;
Y los infantes tiernos arrebata
De los maternos brazos,
Y en las piedras los hace mil pedazos.
Dulce Padre comun de los mortales,
Sobre los rios de Babilonia agora
Mi ciudad interior lamenta y llora
Su dura traslacion: hechura es tuya;
¿Y en tierra agena usurpador tirano
Consientes que la oprima y la destruya?

Vuelve, Señor, por ella; y de tu mano
Mi flaca voluntad haz tan constante,
Que derribe á Babel por los cimientos;
Y con piadosa crueldad quebrante
En piedras sus recientes pensamientos,
Sin que les valga su niñez; pues luego
Vendrá Sion á su primer sosiego.

TRADUCCION

DEL HIMNO *JESU, CORONA VIRGINUM.*

Jesus, corona del virgíneo coro,
Que del puro tesoro
De vírgen concebido,
No le robaste prenda al ser nacido:
Mas sola siendo madre, fue doncella:
Recibe nuestros votos hoy por ella.
Cordero, que entre blancos lirios paces,
Y las coronas haces
De esas purpúreas rosas,
Con que el cabello ciñen tus esposas;
Y de coros de vírgenes cercado
A las esposas das premio sagrado:
Ora el cándido pie la tierna yerba
Quebrante, ora el sol hierva,
Y junto á la corriente
Goces de alguna pura y clara fuente,
Y de la fresca sombra el grato hielo
Cojas, do el aura espira blando vuelo:

Alli te siguen cándidas doncellas,
Como sol entre estrellas,
Y con dulce armonía
Van al olor que el ámbar tuyo envia,
Cantándote canciones y danzando,
Y floridas guirnaldas enlazando.
Pues, Cordero divino, escucha el ruego
Nuestro, y apaga el fuego,
Que esparce en los sentidos
Los ardores de aquel tizon nacidos,
Que se templó en la fragua del pecado,
Que Adan lo cometió, tú lo has pagado.

CANCION.

La estrella que hasta entónces con modesta
Y recogida luz resplandecia,
Dexa crecerse, y reluciendo apriesa,
Su pompa y rayos por el cielo envia;
Y en medio las tinieblas manifiesta
El gran descubrimiento de su empresa:
Ya rayando los ayres atraviesa,
Y sobre tí, ¡ó Belen! desde su coro
En sus centellas rápidas desciende,
Como el pincel extiende
En pintura gentil sus líneas de oro:
Quando los sabios Reyes orientales,
Con alta admiracion y repentinas
Lágrimas, interior y exteriormente
Echan de ver que Dios está presente

Entre aquellos pedazos de ruïnas,
Do apénas de habitarse habia señales,
Ni contra los rigores celestiales
Otra defensa que un pajizo techo,
Para muy diferentes usos hecho.
Entran, y hallan que en vez de aquel adorno
De las insignias y exquisitos trages,
Con que algun César, ó latino ó griego,
Suele aguardar el feudo y homenages,
De gente militar ceñido en torno,
Nuestro Augusto en pueril desasosiego
Llorando tiembla; y que se niega el fuego
A su autor, por quien él luce y abrasa.
El riguroso hielo se le atreve:
Que ni por tiempo breve
Por huésped lo reciben en su casa:
Pues quando en la del Padre exercitaba
Sus terribles venganzas y justicias,
Esperando estos hijos y tributos,
Que hoy da la estéril de sus nuevos frutos
En agradables dones y primicias,
Bien sabemos el gozo que mostraba.
Y ya, Señor, que el término se acaba,
¡La magestad, con que aguardais todo esto,
Está en un niño en un pesebre puesto!
Por tierra sus coronas esparcidas
De polimito y biso en varias vendas,
De Real muchedumbre acompañados,
En urnas traen las místicas ofrendas,
Con viva providencia recogidas,

Feudo de mil misterios encerrados:
Y ante la Madre Vírgen humillados,
Que en sus brazos al gran Niño sustenta,
Con divino silencio y gozo inmenso
Oro, mirra y incienso,
Cada qual, adorándole, presenta:
Que (demas de ser dones de su tierra)
Le confiesan en ellos Dios, Rey y Hombre.
Tarsis (dicen), Señor, y las remotas
Islas agradecidas y devotas
(Hasta agora enemigas de tu nombre),
Arabia y su Sabá con quanto encierra,
Las provincias que el mar abraza y cierra,
Y nosotros en nombre de sus Reyes
Te pedimos de hoy mas gobierno y leyes.
Quando tan grande bien estaba lejos,
Tiranizado consentiste al mundo
De la supersticiosa idolatría;
Mas ya que de tu abismo en lo profundo,
Do encerrados reposan tus consejos,
En su sagrada y tácita armonía,
Universal remedio se le envia:
Crece, Señor, y con tu brazo fuerte
Quebranta las prisiones que le oprimen.
Las naciones que gimen
Debaxo el grave yugo de la muerte,
No adoren mas las obras de sus manos:
Dales, como á nosotros, nuevo norte,
Voz y predicacion; y si importare,
Martirio, que tu reyno les declare;

Y con su exemplo vivo los exhorte
A huir la adoracion y ritos vanos,
Para que en tu familia cortesanos
De tu Jerusalen los instituyas,
Y participen las grandezas tuyas.
Póstrate, cancion mia, juntamente
Entre los siervos de los Reyes santos,
Y desde lejos al Infante adora.
Hayamos todos parte de sus llantos,
Pues que por el comun provecho llora;
Y si quieres ofrenda del Oriente,
En el alma hallarás otro tesoro,
Y en abundancia mirra, incienso y oro.

CANCION.

A todos los espíritus amantes,
Que en círculo de luz inaccesible
Forman anfiteatros celestiales,
Dixo el Padre comun, ya no terrible
Vibrando rayos vengativos, ántes
Con manso aspecto, grato á los mortales:
Ya es tiempo de admitir á los umbrales
Del reyno eterno los del baxo mundo,
Que su gemido y su miseria vence.
Y porque la gran obra se comience,
Muestre la idea del saber profundo
Su concepto fecundo,
La preservada esposa: que en saliendo,
El pacífico cetro de oro extiendo.

Con general aplauso el universo
Se disponga á su próspera mudanza.
El Líbano sus cumbres aperciba,
Para el cedro gentil nueva esperanza,
Que por mis manos fabricado y terso,
Arca ha de ser incorruptible y viva.
En santos resplandores se conciba,
Aunque de humanos padres, que el rocío
Al vellocino místico dos veces
Fiel, que pidió el mas fuerte de los jueces,
Mas abundante la tercera envío;
Y otra el caudillo mio
Vea la zarza ardiendo, y que las llamas
Guarden fe á la verdura de sus ramas:
Que todo ha de ser luz, todo pureza;
Instante de tiniebla, instante de ira
No le ha de haber en mi divina esposa.
Para ella el mar sus ímpetus retira,
El mar comun de la naturaleza
En forma de muralla prodigiosa.
Sigue el órden del tiempo; mas reposa
Desde la eternidad en estos techos,
Por donde, sin que cosa se lo estorbe,
Discurre por las fábricas del orbe:
Su trabazon y vínculos estrechos,
Con que por mí estan hechos,
Considera y entiende; y en sus cumbres
Asiste, y se corona de sus lumbres.
Tal conviene que sea el trono augusto,
Que ha de ocupar el vencedor eterno.

La púrpura Real de que se viste,
Armas que han de poner yugo al infierno,
Encadenando al posesor injusto,
No participen del orígen triste:
Dixo; y el Serafin puro que asiste
A la altísima silla mas vecino,
Despide alegre músicos acentos:
Responden luego voces é instrumentos,
Suena todo el palacio cristalino:
El júbilo divino
Pasó al limbo, y al fin se parecia
Que la naturaleza se reia.
Vióse por las regiones altas luego
Mover las plumas cándidas luciente,
Descendiendo á la tierra el Angel santo;
Como tal vez exhalacion ardiente,
Dexando surcos rápidos de fuego,
A los ojos humanos pone espanto,
Y con divino (aunque corpóreo) manto
Al uno y otro estéril se presenta
Progenitores tuyos, Vírgen Madre,
Y el gran decreto del eterno Padre,
(Venerándolos ya por tí) les cuenta.
Así de culpa exênta
Veniste al mundo, Hija de tu Hijo,
Del designio de Dios término fixo.
Pero ya es bien que de la nube escura
De alabanzas mortales
Saques, ¡ó Sol divino! tu luz pura:
Y á nuestro estilo y versos desiguales,

(Sombra que se le opuso)
Sacro silencio y éxtasis suceda,
Que del discurso suspendiendo el uso,
Levante el alma á la tercera rueda.

CANCION.

Mártires y doncellas
Con Cristo desposadas,
Exército, que estando muerto espantas,
Once mil hostias bellas
A Dios sacrificadas,
Que el cielo paseais con sacras plantas;
Pues hoy, ¡ó ninfas santas!
Va vuestra Reyna á veros,
Pues la imitastes tanto,
Rogadle que á mi canto
Aliento dé, y conceptos verdaderos:
Esté yo satisfecho
De que lo dicta su Hijo acá en mi pecho.
Vos águila ligera,
Que los ayres abriendo
Con las plumas doradas vais al cielo;
Subis de tal manera,
Que nuestra sombra viendo,
Os perdemos de vista los del suelo.
Con inflamado zelo
Vuestro favor invoco,
Virgen, en toda cosa,
A Dios y al mundo hermosa:

Conceda vuestra gracia oirme un poco:
Perdon, y grato oido
Con ánimo sencillo aguardo y pido.
Si dais la vista al ciego,
Y visitais al reo,
Y al pobre lo volveis próspero y rico:
Oid el blando ruego
De mi justo deseo,
Y conceded la gracia que os suplico:
Paloma, que en el pico
De fé constante y viva
Truxistes paz al arca
Del viejo Patriarca
Con el ramillo de la hojosa oliva;
Cierto de otra manera,
Que aquella descuidada ave primera.
Vírgen, el regocijo
Tuvistes de ser Madre
Del Verbo celestial y sempiterno;
Hija de vuestro Hijo,
Madre de vuestro Padre,
Término fixo del consejo eterno;
Elegida ab eterno,
Hoy con divina frente
Coronada de estrellas,
(Qual nueva luna entre ellas)
Y vestida del sol resplandeciente,
Por los cielos rasgados
Entrais con los exércitos alados.
Hoy subis penetrando,

Qual luciente cometa,
Que aparta y hiende el ayre por do pasa:
Y á los cielos llegando,
Admírase el planeta,
Que alumbra el mundo de su quarta casa:
Y no luce ni abrasa;
Está turbado y vario:
Y los cielos dorados
Quedáron espantados,
Que vuestro resplandor extraordinario
Al subir admirólos
Tanto, que se afirmáron en los polos.
Mas luego conociendo
Vuestra figura rara,
Qual nube, que con rayo queda abierta,
Se fue el cristal rompiendo,
Y en la materia clara
Quedó patente la sublime puerta:
Pareció descubierta
Vuestra faz, y al miralla
Pacífica, apacible,
Aunque fuerte y terrible,
Como exército á punto de batalla,
Alta, olorosa como
Cipres, plátano, cedro y cinamomo.
Patriarcas, Profetas
Las reverendas canas
Coronadas de lauro os humillaban;
Las vírgenes discretas,
Yendo ante vos ufanas,

Laurel, olivo y palmas levantaban:
Los Mártires estaban
En gloria renovados,
Con las llagas recientes,
Aunque resplandecientes,
(Trofeos á mil Príncipes ganados)
Y las ropas bañadas
Con sangre del Cordero matizadas.
Los músicos divinos
En su trono se holgáron
Con dulcísimos himnos y concentos:
Los techos cristalinos
En torno resonáron
Con la armonía de los instrumentos;
Mudas y sin alientos
Quedáron de la tierra
Las trompas sonorosas,
Y las artificiosas
Mixturas que la Italia dentro encierra;
Las que se oyéron quando
Los Césares por ella iban triunfando.
Allí los escogidos
Ante su protectora,
Cuya bondad á lo posible excede,
Dicen, y son oidos:
Dulcísima Señora,
Benigna Diosa (si decir se puede),
Tu Hijo nos concede
Verte en su compañía;
Y aun él se regocija,

Viendo á su Madre é Hija:
Huélgase, prudentísima María,
De ver que pisa el cielo
La carne que le dió el corpóreo velo.
Vuestro Hijo glorioso
Nos dixo predicando
Un número prudente de doncellas,
Que esperando á su esposo
Estuviéron velando,
Y velaba la fe y la gracia en ellas:
Vos sois una de aquellas,
Aunque en tálamo y bodas
Una antes verdadera,
Y con mas clara lámpara que todas,
Superior y primera,
Con cuya luz y exemplo
Resplandece de Dios la casa y templo.
El mismo Dios os dixo,
Quando al solio llegastes:
Paloma, esposa amada y Madre mia:
Vistes glorioso al Hijo,
Que en la tierra engendrastes,
Donde el Padre lo engendra cada dia.
Miráos la compañía,
Que delante vos viene;
Y vos con gozo á tantos
Angeles y otros Santos
De veros y de ver al que Dios tiene;
Y junto dél sentada,
Gloria dais en mirar y ser mirada.

CANCION.

Ya la primera nave fabricada
Por industria de Dios, para que en ella
Las amadas reliquias conservase,
Sobre ciudades altas levantada,
Sin atender á favorable estrella,
Por quien su curso incierto gobernase,
Sin que el viento obligase
La astucia á nuevas leyes; por mas largos
Y mas dudosos mares navegaba,
Y en tormenta mas brava,
Que corriéron jamas Centauro ni Argos:
Tomó puerto en Armenia en una sierra,
Siendo mar lo restante de la tierra.
A la familia santa á quien el arca
Guardó quarenta dias mas prolixos
Y mas tristes, que al mundo se guardaban,
Consuela el gran piloto y Patriarca,
Que se encargo de aquellos pocos hijos,
Que á la naturaleza le quedaban.
Los montes se mostraban
Poco á poco: cesaba ya el diluvio,
Y en las antiguas márgenes los rios
Enfrenaban sus brios:
Huyen el Gange, el Nilo y el Danubio:
Cierran sus poros las abiertas fuentes,
Y encaminan como ántes sus corrientes.
Quando la simplicísima paloma,

Exploradora celestial, volviendo
Por enmienda del cuervo descuidado,
Volando en torno al arca alegre asoma,
El pico por señal de paz trayendo
Con la oliva pacífica ocupado;
Y ya por Dios llamado
Aquel número electo de criaturas,
Salen dándoles puerta, entre las quales
Tú, Noe justo, sales,
Y cuelgas tus mojadas vestiduras
En un árbol, y luego á Dios preparas
De mal compuestos céspedes las aras.
Ya tu pequeña llama resplandece
En el mundo vacío, enxuto apénas:
Tu sacrificio solamente humea;
Y como cosa viva no se ofrece,
Tú, verdadero Deucalion, ordenas
Cómo el mundo habitado otra vez sea:
Y para que se vea
Que ha mitigado Dios el justo enojo,
Por pacto muestra en torno de los cielos
Los arcos paralelos
De azul y verde, de amarillo y roxo:
Míraslos tú, y alégraste, el segundo
Padre, que ha visto en soledad al mundo.
¡O tú siempre felice, que habitando
Con familia abreviada y suficiente
Baxo de humilde techo estás gozoso,
Sin que fieras esquadras tremolando
Las banderas del Bárbaro de Oriente,

De tu imperio perturben el reposo!
En este proceloso,
En este inmenso piélago está puesta
La santa navecilla, y en mas fiera
Tormenta persevera,
Que la tuya, ¡ó Noe! figura desta:
Mas ya no, que en España ha descubierto,
Como aquella en Armenia, estrella y puerto.
Aquí sus flacos lados dobla y cierra,
Xarcias, velas y mástiles rehace,
Y en todo tiempo que se entrega al viento,
Cargada de despojos vuelve á tierra;
Que no la espanta Orion ni Artofilace,
Ni las lluvias del Austro violento;
Ni hace alojamiento
De abetes de Sanir tu nave, ¡ó Pedro!
Con ébano y marfil; ni Egipto ha dado
El viso variado
Para velas, ni el Líbano dió cedro
Para su antena, qual la flota vana,
Con que Tiro ya un tiempo estuvo ufana.
Es de fe universal, en cuya popa
Pintada va la vencedora muerte,
Que á Cristo en Asia diéron por afrenta,
Y hoy son las armas con que vence Europa;
Con que al remoto antípoda convierte,
Y santos marineros acrecienta.
Ella rica y contenta
Al mismo Dios por propio norte mira:
Lleva el fanal de caridad ardiendo,

Y los cielos abriendo
Al favorable soplo que respira,
Va el sucesor de Pedro en mar bonanza,
Relevando las velas de esperanza.
Mírala el cielo, y todas las estrellas
Atienden solamente á su camino:
Todo viento contrario se enmudece.
Volando en torno arroja mil centellas
Una paloma, que de ardor divino
En medio de una llama se parece.
El puerto resplandece
Con mitras y coronas que reciben,
Aquellas santidad, aquestas brio,
Del divino navio,
Con que á grandes empresas se aperciben:
Mas ya suena el angélico concierto,
Y entregada á la mar, descrece al puerto,
¡O tú, Señor! que ya con triunfo eterno
En la Jerusalen de piedras vivas
Colocas los soldados de tu nave,
Y eres en todo tiempo su gobierno,
No exercites las manos vengativas,
Como hiciste en la ley pesada y grave:
Con tu yugo suave
Tu nave militante oprima y dome
Las cervices contrarias, y á tus ojos
Suspenda los despojos,
Componiendo trofeos, porque tome
El injusto escarmiento, el bueno exemplo,
Vestido de vitorias viendo el templo.

Veránse entónces las paredes llenas
De despojos ópimos por tu gente,
¡O vencedora nave! arrebatados.
¿Mas qué venganza general ordenas?
¿Qué multitud te sigue hácia el oriente
Insigne de católicos soldados
A vencer obligados,
O morir por vengar el postrer godo?
¿Mas qué flotas, qué exércitos son estos
En media luna opuestos?
Agora es tiempo de acabar del todo,
¡O fieles argonautas! pues seguros
Podeis llegar hasta los santos muros.
¿Pero qué David nuevo
Entre gente infinita
Las rubias sienes con el yelmo oprime?
¡O glorioso mancebo!
¿Tú no domaste al scita,
Que ante tus pies encadenado gime?
No envaynes el cuchillo,
Que la Iglesia te elige por caudillo.

CANCION.

Pues que no hay voz ni estilo suficiente
Para cantar, ¡ó Arcángel! tus vitorias,
Desciende fácil al discurso mio,
Y no qual te presentan tus historias
De luz armado inaccesiblemente,
Triunfando del primero desafio.

Depon el yelmo, que tratable y pio
Con la toga pacífica te imploro;
Pero ya senador te manifiestes,
O militar entre las sacras huestes,
Tu magestad no perderá el decoro:
Y así en tu eterno coro,
O de nuestra humildad en lo profundo,
Siempre serás incomprehensible al mundo.
¿Mas de qué temo yo, si tú, mal grado
De la desproporcion y diferencia,
Que hay de mi pobre ingenio al grande objeto,
Le puedes ministrar tanta eloqüencia,
Que en mí de tus alientos inspirado
Se conozca la causa por su efeto?
¿Y á las leyes humanas no sujeto
Cisne divino sublimarme tanto,
Que el mundo oya tu voz en mi armonía
Ardiente respirar la profecía?
¿O algun sacro furor que cause espanto,
Y el angélico canto
En mi lengua á prodigio se atribuya,
O á milagrosa maravilla tuya?
Liberal me promete esta esperanza,
Que el resplandor podrán sufrir mis ojos,
Y el órden atender de tu milicia,
Y á tí en ella cargado de despojos
Vibrar infatigable aquella lanza;
(Mas ántes fiero rayo de justicia)
Y que tú mismo me darás noticia
De como en extendiendo Dios el cielo,

Y la tierra libró en su mismo peso,
Te dio tu nombre un bélico suceso.
Mas esto mismo me recoge el vuelo:
(¡O prudente rezelo
De no encumbrarme!) porque tu costumbre
Es echar los osados de la cumbre.
Yo la mas noble de las criaturas,
(Dixo el soberbio antiguo) que amanezco
Origen de mis vivos resplandores,
Mi solio ensalzaré donde merezco
En las cumbres del cielo; y las alturas
De tantas nubes dexaré inferiores:
Y las estrellas que hizo Dios mayores,
Con pompa digna pasaré triunfante.
Sobre Aquilon levantaré mi asiento,
Y sobre el monte de su testamento,
Al Altísimo mismo semejante:
Que no es bien que adelante
A criatura inferior, y la mejore
A que el mas alto Serafin la adore.
Esta rebelde ingratitud fue luego
Con las armas parciales sustentada;
Y contra Dios en descubierta guerra
Luzbel prueba su suerte por la espada:
Y el bando, á quien armo de hierro y fuego,
Con su caudillo se recoge y cierra.
Todo el mar se alteró, tembló la tierra
En el primer furor; mas de otra parte
El exército justo resplandece
En armas de diamante, y obedece

Al sol, que va oriental en su estandarte,
Y el angélico Marte,
Gran Dios, primer ministro de tu furia,
Y vengador de la mayor injuria.
De oro cendrado y puro va ceñido
El pecho de crisólitos lucientes,
La faz el resplandor del rayo muestra,
Y los ojos dos lámparas ardientes.
Cubre el metal fogoso y encendido
Por las espaldas desde el pie á la diestra:
La voz dulce y suave; mas da muestra
De que es formada de otra muchedumbre:
¿Quién como Dios? ¿Quién niega el ministerio
Al eterno consorte de su imperio?
¿A la lumbre engendrada de la lumbre?
¿Quién pretende la cumbre
De aquel en quien la tierra y cielos hizo,
Y que ab eterno en él se satisfizo?
Con estas voces busca al gran tirano,
Quando el eterno Padre á sus legiones
Gran General y Príncipe lo elige.
Tú del cielo guiarás mis esquadrones;
Y si en la tierra algun poder humano
La verdadera religion aflige,
Guia mi pueblo, y sus designios rige:
Pase las aguas con enxutas plantas:
Tú el intérprete fiel de su escritura,
Y en el tiempo tambien de la futura
Esposa abrazarás sus almas santas;
Y de mercedes tantas

Gozarás tú y mis fieles en mi gracia
De irrevocable fuerza y eficacia.
Esto diciendo, de esmeralda fuerte
Le cubre un grande yelmo de infalible
Promesa y esperanza de vitoria;
Y la espada le da fulmínea horrible,
Con que guardó el jardin donde la muerte
Fundó el principio á la inmortal historia.
Mas el émulo fiero de esta gloria,
A singular batalla provocado,
Ardiendo en ira, salta de las haces
(Eterna obstinacion) de sus sequaces.
Aquí estoy (dice) de mí mismo armado,
Y tan asegurado,
Que he de vencer, y en mi opinion tan firme,
Que no quiero poder arrepentirme.
A vista de los dos campos feroces
Se forma al punto un bélico teatro;
Y Dios desde su solio y real asiento
De sus ángeles fuertes manda á quatro,
Que hagan silencio, y las rebeldes voces
Cesen por su preciso mandamiento:
Y por las quatro partes pare el viento,
Porque ninguno á tierra ó mar ofenda,
Todo es silencio; y miéntras todo calla,
Los dos contrarios entran en batalla;
En la qual quiere Dios que el cruel defienda
Su obstinacion horrenda,
Y materia de gloria en su porfia
Hallen los justos de su monarquía.

Soberbia propria le ministra y crece
Las fuerzas y los ímpetùs le inflama.
Tigre, que sigue al cazador astuto,
Leon, que enfermo y ofendido brama,
Toro, que con sus zelos se embravece,
Corriente, que á la mar da su tributo,
Y el mar, quando no solo al suelo enxuto,
Mas al cielo y estrellas guerra mueve,
Tiranizado por contrarios vientos,
Y el caos primero de los elementos,
Son poca furia y semejanza breve:
A sí misma se debe
Su rabia compararse; y siendo inmensa,
Su límite (si lo hay) exceder piensa.
Miguel regido con divino aviso
Ordena su furor y justa ira:
Sin arte alguna da lugar al arte,
Con prudencia acomete y se retira:
No recibe ni da golpe improviso,
Que la justicia eterna de su parte
Sus cuidados solícita reparte,
Ya la enemiga fuerza atenuando,
Y ya creciendo la de su guerrero;
De cuyos fieros golpes el primero
(Siendo el juez Lucifer) fue al tiempo quando
La espada levantando,
Descargó en su cabeza, do el tirano
Formó soberbio pensamiento vano;
Del qual, como se vió desvanecido,
Y á Miguel, que su furia proseguia,

O fuese la desgracia de su estado,
O pensar que con fraudes libraria
Su causa del peligro conocido;
Súbito, de sus artes ayudado,
En un dragon horrible transformado,
Silbando, se retira impetuoso:
Monstruo diverso en sí tres lenguas vibra,
Y, á su opinion, del vencedor se libra:
Como Aqueloo de Alcides fabuloso,
Que se burló animoso
De sus formas y espantos, con los quales
Hizo sus vencimientos inmortales.
El de oro, azul y verde las escamas
Del fogoso rigor arma y enciende,
Y de escamosas crestas la cabeza:
Entra en sí mismo, y á sí mismo atiende
En mil ñudosas ruedas, y en sus llamas
Con no visto furor de nuevo empieza
A mostrar en los dientes su braveza:
Mas Miguel con la lanza vengativa,
Con que despues libró del Rey Asirio
Al pueblo amenazado de martirio,
Al transformado Serafin derriba.
Así es bien que reciba
De mis armas (le dice) su diadema,
Quien aspira al de Dios, y le blasfema.
Yace el dragon mas bravo y repugnante,
Arrojando veneno, en la encendida
Asta revuelto al vencedor resiste.
Miran sus esquadrones la caida,

Y alabándole el ánimo constante,
O porque su vitoria en él consiste,
O de ver espectáculo tan triste,
De su rabiosa lástima impacientes,
Tarjas y escudos en su ayuda embrazan,
Y ya con general guerra amenazan:
Ya desnudan las haces diligentes
Las espadas ardientes,
Y de las grandes lanzas baxan juntas
Horrendas mieses de ferradas puntas.
Y como si tal vez acá en la tierra
Acordando evitar mayor ruïna,
Al esfuerzo de solos dos guerreros,
Por pactos de la humana disciplina,
Encomiendan las causas de la guerra,
Su antigua pretension, dos campos fieros:
Miéntras sus combatientes los aceros
En singular batalla estan probando,
Viendo una parte la vitoria en duda,
Contra la ley á su guerrero ayuda;
Y por la fe violada en otro bando
El desden renovando,
Arremete y presenta al enemigo
Guerra comun y general castigo.
De esta manera los guerreros fieles
El ímpetu primero sosteniendo,
Súbito, de sus armas prevenidos,
Mueven el campo justo, resistiendo
Al de los obstinados y crueles:
Suenan luego instrumentos nunca oidos,

Los clásicos y lituos retorcidos
Confunden el furor y la osadía:
Con sobrehumanas fuerzas de ambas partes
Extienden los contrarios estandartes.
Mas, ¡ó sí original la tiranía
En su tragedia impía
De alto escarmiento el importante aviso
Por fatal lo tuviera y por preciso!
Mas fatal proteccion se nos presenta
Del Arcángel opuesto á su designio:
Y así en vano la madre de discordia
Vestirse del pacífico dominio,
Mudar las grandes monarquías tienta,
Los legítimos cetros y concordia.
Y aunque á la paternal misericordia
Nuestra culpa es tal vez impedimento,
Y aprisionada dentro de su ira
Entronizados los tiranos mira:
Librándola Miguel de su aposento,
El gobierno violento
Del ya vencido capitan destruye,
Y á su centro las cosas restituye.
Pues si en la tierra, do nuestras acciones
El artífice son de nuestros males,
Con tal virtud por nuestro bien pelea
Ceñido de virtudes celestiales,
Al derribar los fieros esquadrones
Del que usurpar el cetro á Dios desea:
¿Es mucho si la mano y pecho emplea
De incomprehensible esfuerzo y vehemencia?

¿Quáles armas formó la ira divina
Dedicadas á alguna gran ruïna?
¿Qué rayos, qué naufragios, qué inclemencia
La celeste violencia
Tiene para mostrarse, que su diestra
No hiciese de ellas espantosa muestra?
Arde la guerra, y su furor rehace
La monstruosa esperanza del tirano
Implacable y feroz en sus centellas;
Mézclase entre las suyas; pero en vano,
Que buena parte de ellas débil yace,
La tercera de todas las estrellas;
Y no pudiendo ya sufrir él ni ellas
Del capitan de Dios la luz y fuego,
Huid (dice), y durad conmigo á una,
Y reservaos para mejor fortuna,
Montes pondremos sobre montes luego,
Y turbando el sosiego
De la tierra y del cielo, en sus confines
Verán los enemigos Serafines.
Huyamos, pues, y sea de Dios trofeo
La huida de Luzbel; pero no entienda
Que me rindo á su fuerza, y que le cedo.
Renovaré la nuestra; y la contienda
Renacerá mayor y mi deseo,
Siendo á su reyno verdadero miedo.
Conocerá (aunque tarde) lo que puedo.
Esto decia, quando el cielo puro,
Incapaz de tinieblas, les da puerta
A su ruïna irreparable abierta.

Sale el mas claro Serafin escuro
Por el abierto muro:
Tras él con espantosas voces grita
La turba, y con furor se precipita.
Persiguelos la diestra vencedora,
Y como seca nube al rayo ardiente,
El cielo los arroja de su seno.
Y con nocturna sombra impropiamente
Mas de un orbe inferior se descolora;
Y el ayre en su region claro y sereno,
Quedo de monstruos y prodigios lleno.
Llega Miguel, y dales sus colores,
Y ahuyenta las precitas gerarquías.
Asi fingiéron que de las harpías
En los ayres saliéron vencedores
Los fuertes voladores
Cetes y Cálais, á quien tanto precia
La madre del error crédula Grecia.
O como (y esto es cierto) pareciéron
En los ayres exércitos formados,
Discurrir caballeros combatiendo
De doradas estolas adornados,
Espadas y astas apiñadas viéron,
Corridas de caballos diligentes,
Ordenes de milicia diferentes,
Encuentros y batallas, y el ruído
Se oyó de los escudos y celadas:
El espantoso horror de las espadas,
El rechinar de flechas fue sentido,
Y en el ayre esparcido

El resplandor de las lorigas de oro,
Que dió á Jerusalen cuidado y lloro.
Alcanzada por Cristo la vitoria,
La plaza de oro y de cristal inflaman
De la ciudad las luces celestiales;
Y al vencedor al digno triunfo llaman
Las angélicas trompas de su gloria,
Y abre sus doce puertas tribunales:
Resplandecen gloriosos los umbrales;
Y entra Miguel oyendo su alabanza,
Como el hermoso pastorcillo hebreo,
Que su pueblo libró del Filisteo;
Cuya cabeza alzó en su misma lanza,
Y fió la venganza
De su rústica honda y fuertes brazos,
Con que mil fieras dividió en pedazos.
Yace encerrado en el escuro centro
De grande seno un tenebroso espacio,
Que en la tierra su horrible boca abriendo,
Prepara á Lucifer digno palacio,
Y con los suyos lo recoge dentro
Con mil aullidos y confuso estruendo.
Aquí con negra magestad horrendo
Habla á los suyos, y á su voz airada
Tiembla y resuena la espantosa cueva:
No os mueva (dice), espíritus, no os mueva
A rendiros la pérdida pasada:
Que aunque fue derribada
Nuestra parcialidad en su conflicto,
Siempre el atrevimiento queda invicto.

La baxa humanidad sube y coloca
(¡Monstruoso desconcierto!) en nuestras sillas:
Piensa que ha de servir nuestra ruïna
De que él pueda ostentar sus maravillas:
(¡Aquí siento un dolor que me provoca
A guerra intempestiva y repentina!)
El traza ya en la tierra, y se imagina
De afectos religiosos templos vivos;
Y á su modo se forma la inocencia,
Y á su arbitrio les da justicia y ciencia,
Y los dones mas altos y excesivos:
¿Y nosotros cautivos
En esta eterna cárcel, miéntras sube
La humildad á sentarse donde estuve?
Diversas armas aprestar conviene,
Y al espiritual reyno que funda,
Oponer los caudillos mas robustos:
Y pues le agrada la humildad profunda,
El primer golpe en su cabeza suene,
Y despues persigámosle en sus justos:
Y si la gracia de sus santos gustos
Las manos liberales exercita,
No baxe inspiracion ni ayre divino,
Que no le deis asalto en el camino;
O procurad que el hombre no le admita,
Y al que el peligro evita,
Y busca contemplando los extremos,
En ángeles de luz nos transformemos.
De aquestas sutilezas os instruyo,
Porque despues (y no será muy largo)

Quando os veais sujetas mil naciones,
Tendreis el general engaño á cargo,
Cada qual invocado en templo suyo
Con pio culto y orientales dones.
Yo apoderado de las opiniones,
Autoridad daré á la idolatria:
Turbaré la verdad con setas varias
Adornadas de fábulas contrarias:
Al arma, pues, al arma, gente mia.
Esto Luzbel decia;
Mas quedó interrumpido de un aviso,
Que Miguel envió del paraiso.
Miéntras que con triunfal pompa levanta
El cielo los despojos de la guerra
Acabada con fin tan glorioso,
Guárdese el mar, y guárdese la tierra:
Que descendió Luzbel con furia tanta,
Que turbará hasta un mínimo reposo.
Esto dixo, y mostróse luminoso;
Porque tal le hallará quando acometa
El fiero capitan lo que pretende;
Y como con sangrienta luz extiende
Sus prodigiosos crines el cometa,
Que aflige y inquiëta
Los ánimos tiranos; de esta suerte
A confusion el de Luzbel convierte.
Bien ves, gran vencedor, que apresta el arco
El eterno soberbio que abatiste:
Manda, Señor, (pues puedes) que sus flechas
A ofender á su autor vuelvan derechas,

Como en el monte Gárgano lo hiciste.
Sepa quien te resiste,
Que en tu virtud revolverá su lanza,
Sin haber ofendido por venganza.

CANCION.

Aquella pecadora que solia
Ser fábula del pueblo de ordinario,
Y de su gente público cuidado,
Hoy dexa el techo de artificio vario,
Do la quejosa cítara se oia
Del uno y otro ocioso enamorado:
El antiguo propósito trocado,
La púrpura preciosa desampara,
Las cintas de zafiro; y el cabello
Tendido sobre el cuello,
Abrasando con lágrimas la cara,
Entre confuso número de gente,
Olvidada de sí, de la vergüenza
Que pudiera tener de tal mudanza,
Pregunta por el fin de su esperanza,
Y hállale al mismo punto que comienza
A quererle buscar: que nuestra mente
Sin él no es para hallarle suficiente.
Y pues sin Dios ninguno á Dios aplace,
Buscar á Dios de haberle hallado nace.
Turba el convite su presencia y lloro;
Y el cabello donde almas enredaba,
Sobre los pies de Cristo lo derriba,

Y con él y sus lágrimas los lava.
Entónces queda haciendo injuria al oro;
Y pues muestra una fe tan excesiva,
Es justo que tan buen lugar reciba,
Y que humillado dé mas alto vuelo.
Cese ya la ficcion de Berenice,
De quien el vulgo dice,
Que alumbran sus cabellos en el cielo;
Porque mas son tus pies ¡gran Dios! los quales
En siendo con ungüento sacro ungidos,
Porque de lo que dexa no haya rastro,
Hace pedazos luego el alabastro.
Mas no se trata así con los sentidos:
Que no se priva de ellos; pero dales
Otro fin á sus actos naturales:
Prosiguen sus oficios, y el objeto
Solamente les muda mas perfeto.
Sacerdotisa y víctima en un punto
Tu voluntad, María, en sacrificio
Con invisible fuego á Dios preparas,
Y con esto lo tienes mas propicio,
Que si el olor de oriente todo junto
En su honor á las llamas entregaras.
Estas víctimas quiere y estas aras:
Y por esto entre espíritus divinos
Te elige eterna silla, eterna palma;
Y es ocasion tu alma
De alegrarse los techos cristalinos:
Porque todos la esperan ver triunfando
Cargada de despojos de esta vida,

Con los vicios al carro encadenados,
Y entre sus estandartes conquistados
Tu propia voluntad como vencida;
Pues de manera en Dios se está abrasando,
Que no por la ciudad á Dios buscando,
Mas fueras donde el hielo ó sol ardiente
Niegan habitacion á toda gente.
¡O tú siempre dichosa pecadora,
La que fuiste por tal con grande espanto
Del vulgo con el dedo señalada!
Tus lágrimas con Cristo pueden tanto,
Que la menor lo enciende y enamora,
Y á la culpa mayor dexa anegada.
Tú quedas en Apóstol transformada,
Y de ignorante y mala, santa y sabia.
No es mucho que la zarza en flor se mude,
Y que el álamo sude
En competencia de la mirra arabia;
Y que quando de yerba al campo priva,
La mies en abundancia se recoja.
Venid á ver de rosas y azucenas
Las montañas estériles mas llenas,
Y un árbol seco revestido de hoja.
La planta ántes inútil Dios cultiva:
Regada en su jardin con agua viva,
Es fructífera ya, y sus ramas bellas
Tocan continuamente en las estrellas.
Canten otros, María, como fuiste
Aquella, que escogió la mejor parte,
Y el amor que te tuvo Jesucristo,

Quando ningun Apóstol le habia visto,
Y á tí en resucitando quiso hablarte.
No callen la constancia que tuviste,
La penitencia que en Marsella hiciste.
Digan como en los ayres te elevabas,
Y la música angélica escuchabas,
Si es dado tanto al limitado ingenio.
Y tú, cancion, que confiada subes
Penetrando los ayres y las nubes,
Escarmienta en el jóven temerario,
Que dió infelice nombre al mar Icario.

CANCION.

Hoy quiere el cielo que de tu Raymundo
A su primera cátedra ó burtina,
La parte humana se le restituya,
Para que quando cubra á la divina,
Y al comun tribunal acuda el mundo,
Vaya desde ese templo y silla tuya:
Y allí en tu proteccion y gloria suya
Incline al juez entónces riguroso.
Resuenen, pues, tus himnos y cantares:
Arda toda Pancaya en los altares,
Y adórese el despojo misterioso:
Que el Confesor glorioso
Hoy lo está mas, si en su divino asiento
Se admite accidental contentamiento.
La aclamacion de tu devota plebe,
Su gozo y votos públicos recibe,

Y en las sublimes aras los presenta:
Que el zelo pastoral que en su alma vive,
A su exercicio natural le mueve,
Y el uso de Pontifice sustenta;
Y así con mitra celestial freqüenta
El gran propiciatorio, donde alcanza
Mil Angeles que velen en tus muros,
Por quien sus fieles súbditos seguros
Dirijan sus acciones y esperanza
A idea y semejanza
De su heroyca virtud, con cuyo escudo
Tantos casos adversos vencer pudo.
Venció, sufriendo de un prelado injusto
La poderosa fraude, poderosa
A escurecer la luz de su inocencia;
Pues para separarlo de su esposa,
Dió (mal persuadido) Alfonso Augusto
Sus fuerzas, ó á lo menos su licencia:
Mas él, no se rindiendo á la violencia
Del émulo, abrazado está y asido
De su tálamo místico y sacra ara,
Do fue mil veces por su esposa cara
Sacrificio en sus manos ofrecido;
Y por Cristo instruido,
Ve entrar el lobo, pero no le espanta,
Ni desampara su consorte santa.
No la conciencia de pasado agravio
Hace que del altar se abrace y prenda,
Como al bravo Joab quando queria
Huir el hierro, y la venganza horrenda

Del Rey tercero, infusamente sabio,
Que al paterno precepto obedecia;
Sino el ver que con esto defendia
La union divina y sacramento de ella:
Y así ornado de insignias obispales
Fue sacado por fuerza á los umbrales.
Y desterrado de su esposa bella,
Cuya amarga querella
Por su padre y esposo el rostro baña,
Y á los montes le sigue y acompaña.
Entre piadosas lágrimas y llanto
De sus huérfanas greyes se retira
A las ásperas cumbres de Pirene;
Porque rompa sus ímpetus la ira
Del que persigue al desterrado Santo,
Que así á su gloria y crédito conviene.
El pueblo que lo sigue, lo detiene,
Porque muy tarde despedirse sabe,
Ni vivir en ausencia amor perfeto.
Así los ciudadanos de Mileto
Al gran Pablo lleváron á la nave:
Mas con plática grave
(Como Pablo) les dice: ¡ó mis ovejas!
Dolorosos testigos de mis quejas;
Volved, y consentidme que prosiga
Yo solo mi destierro, que la furia
De estas hondas demandan al Profeta:
Quizá saldrá tal fruto de esta injuria,
Que estos montes por mí el Señor bendiga,
Oyendo en ellos mi oracion quiëta.

Esta será la víctima perfeta,
Que sus misericordias solicite:
Y pues son á su ungido fiel desvío,
No las prósperas lluvias ni el rocío,
Como al ya estéril Gélboe, les quite;
Sino que los visite
Con fértil gracia su piadosa diestra,
Y ampare la afligida ciudad vuestra.
Y yo, que en ella administrar solia
Al Señor el freqüente ministerio,
Haré en mi soledad el mismo oficio;
Y, al doméstico exemplo de Valerio,
Escogeré la parte de María
Por su comun salud y beneficio.
Querrá el cielo que en tiempo mas propicio
Otra mano Real y otro prelado
Piadoso alegre vuestros tristes ojos
Con la restitucion de mis despojos.
Dixo esto, y bendiciendo al pueblo amado,
En lágrimas bañado,
Al áspero camino se dispuso,
Y el pueblo al general llanto confuso.
A su Santo, ¡ó cancion! con el exemplo
De Jacob, que notó con piedra ungida
El luger donde el Angel le bendixo:
Su ciudad, en memoria y regocijo
De aquella bendicion y despedida,
Sobre el monte en que fue, le funda un templo:
Subamos por su senda
A sus nuevas paredes,

Para que en ellas de mi mano quedes
De afecto inmenso desigual ofrenda.

CANCION.

Hoy vuelve á los abrazos de su esposa
Eufrasio con triunfales regocijos,
De ausencia larga, de hospedage ageno;
Y ella cercada de sus dulces hijos
Le recibe risueña y religiosa,
(Afectos vivos de amoroso seno.)
Cubre, antigua Iliturgi, el campo ameno
Con pacífica pompa de esquadrones
Devotos, como ya en el fiero estrago
Armados en defensa de Cartago
Los pusiste al valor de los Scipiones,
Y entre orientales dones,
Que al fuego ofrece tu abrasado zelo,
Suban las voces penetrando el cielo.
Que hoy eres espectáculo á los ojos,
(Como en teatro) de sus santas almas,
Que acrecentando á Eufrasio aplauso y gloria,
Forman crecidas mieses con las palmas,
Y con la translacion de sus despojos
Renuevan de sus triunfos la memoria.
Esos muros (le dicen) la vitoria,
Como en segunda Jericó, te diéron:
Que obedeciendo almenas y cimientos
A la voz eficaz y á los alientos
De tu trompa apostólica, cayéron:

Allí resplandeciéron
Los rayos de tu luz, siendo quebrado
El cántaro que hoy vemos adorado.
Este es el pueblo que escuchó tus voces,
Con que arruinaste á las sangrientas aras,
De que tembláron sus antiguos techos;
Y contrapuestas tus virtudes raras
A sus costumbres bárbaras y atroces,
Hiciste humildes los soberbios pechos.
Ciudad feliz, que á tan heroycos hechos
De diversas maneras dió materia;
Pues crédito te dió, y despues la muerte,
(Dichoso el dia que te cupo en suerte
Junto el rio que dió su nombre á Iberia)
De la humana miseria
(Pues á tus templos vuelves) la preserva,
Y tu memoria y cátedra conserva.
De esta manera en himnos celestiales
Su alabanza repiten, entre tanto
Que tú con sacra ostentacion recibes,
Ciudad insigne, á tu Prelado santo;
Y con arte, que á piedras y metales
Exceda, santuario le apercibes.
Revélame, ¡ó memoria! tú que vives
En el eterno archivo, y haces guerra
Al tiempo y al olvido, ¿qué instrumento
Privó á tu Eufrasio del vital aliento?
¿Fue ecúleo ó dientes de la horrible sierra?
Que en la caduca tierra
La antigüedad, con su silencio muda,

Lo firme y lo seguro pone en duda.
¿Fuiste á la sedicion vulgar expuesto,
Donde armas da el furor, Mártir divino?
¿Fue arrojada falárica española,
Que hendiendo el ayre al santo pecho vino?
¿O del Senado bárbaro dispuesto
Quizá, que la segur pública sola
Bañase en sangre tu inocente estola?
Que esto solo ignoramos; mas es cierto,
Que este pueblo, sus campos y ribera,
Que agora te recibe y te venera,
Te oyó viviendo, y te ha guardado muerto:
Y así, como despierto
Del largo sueño, en siglos recompensa
La pérdida nacida de su ofensa.
Y aunque la ingratitud ó la ignorancia
Vertió tu sangre, entónces componia
Tus eternas coronas y trofeos:
Entónces tu virtud resplandecia,
Y el cuerpo daba celestial fragrancia,
Y allí tomáron cuerpo tus deseos
Cándidos. Hace Dios sus nazareos
Mas blancos que la leche y que la nieve,
Mas rubios que el marfil antiguo, quando
La edad lo va de grana colorando:
Mas bellos que el zafir, que al centro breve
Duro buril no mueve,
En medio de la injuria y de la muerte,
Cuya tiniebla en resplandor convierte.
Quede, pues, este dia tan notable

Por obra de los dos graves hermanos
En nuestros sacros fastos añadido,
Francisco y Mauro, á cuyas pias manos,
Y á la ciencia del tio venerable
La gran restitucion se ha concedido.
Familia santa, que al escuro olvido
Has las prendas dulcísimas robado,
Celebren todos tu piadoso zelo:
Que si porque sacó del patrio suelo
A su padre y sus dioses, celebrado
Fue el troyano esforzado;
Hoy sacan otro Eneas y otro Acates
A Eufrasio, que es su padre y sus penates.
Pero baste, ¡ó cancion! que Eufrasio agora
Otros himnos escucha: tú conmigo
Con la devota multitud te humilla,
Y de lejos la santa prenda adora,
Que vuelve á su sepulcro y á su silla,
Y lo visita con semblante amigo;
De la misma manera,
Que fenix renacida
Si vuelve á ver la consumida hoguera,
Que con fecunda muerte le dió vida.

CANCION.

Mártir dichoso, que con presto vuelo,
Cargado de despojos y de palmas,
(Bien que con sangre tuya matizadas)
Tratando el ayre, hallaste abierto el cielo,
Y entre la multitud de santas almas
Recibido á sus sillas reservadas,
Donde estan figuradas
Las vitorias de aquellas
Que reposan en ellas,
Ya libre en su pintura aquella brasa
Estás mirando que tu cuerpo abrasa,
O á tí, dando á los pobres los tesoros:
Vuelve á tu patria y casa,
Que oyó en naciendo tus primeros lloros.
Mírate en ella como tierno infante
De tus padres solícito cuidado,
De tu niñez hiciéron sacrificio,
Y, como otro Samuel, perseverante:
Al grande ministerio dedicado
De los Levitas, y á mayor oficio:
Y como diste indicio
En edad mas crecida
De la gracia escondida
En la mas noble parte de tu pecho:
Como huyes de tus padres y del techo
Natívo, y al Tirreno mar te entregas,
Y para su provecho

Y nuestro, á los romanos fines llegas.
Mira tambien al Tibre (aunque pudiera
Exceder de sus márgenes, creciendo,
Y la llama apagar, que te encendia;)
Y alégrate de ver en su ribera
Sus quirites, que cada qual vertiendo
Lágrimas, este oficio hacer queria;
¿Mas quién no lloraria
Viéndote en medio el fuego?
Pues nunca el furor griego
A tanto se atrevió, ni el cruel Nero
Osó ver espectáculo tan fiero.
No vió el mundo crueldad tan excesiva;
Ni en el tiempo primero
Al fuego se entregó víctima viva.
Tres jóvenes hebreos paseáron
Por entre iguales llamas no ofendidos,
Como la zarza, que Moysen nos cuenta;
Y en medio del incendio que pisáron,
Fuéron sagrados himnos repetidos;
Porque ni los ofende ni calienta;
Mas en tí el fuego aumenta
Su fuerza y violencia,
Y con igual paciencia
Mas vivos articúlas los acentos;
Qual cisne, que con últimos alientos
Vive y muere cantando á un mismo punto
Músicas y lamentos
En el sepulcro y nido todo junto.
Yo, celestial Señor, yo aquel Laurencio,

A cuyo corazon fuerza enviaste
Para mayor martirio suficiente,
A quien tú visitaste en el silencio
De la noche, y con fuego exâminaste,
Y el ánimo con otro mas ardiente:
Mi espíritu inocente
Encomiendo en tus manos;
Y tú de los tiranos
El mas fiero y cruel que el mundo ha visto,
Déxame ya seguir mi amado Sisto:
Revuelve, y come de este lado abierto:
Estará el alma en Cristo,
Y en sepultura viva un cuerpo muerto.
No fuéron estas voces como quando
Las dió Perilo dentro de su toro,
A quien su propio ingenio dañó tanto:
Mas otras, que los cielos penetrando,
Fuéron oidas del celeste coro,
Y luego replicó con igual canto:
Y aquel Espíritu Santo,
Pródigo de la vida,
La dexó consumida,
Y él se subió con invisible vuelo:
Y ardiendo el ayre, vió el Hesperio suelo,
No á Faeton en su carro derribado,
Mas con fuego del cielo
A Elías en el suyo trasladado.
Recibe, ¡ó Fenix santa!
Mi humilde ofrenda, agora
Saludes á la aurora,

O al sol (obedeciendo tu costumbre)
Mires opuesta á su divina lumbre,
Aunque en la tierra tu Real palacio
Suba al cielo su cumbre,
Y dexe á los arados poco espacio.

QUINTILLA.

Hay en esta peña fuerte
Otra virtud escondida,
Que al polvo estéril convierte
En instrumentos de vida,
De despojos de la muerte.

GLOSA.

Venid á ver una mina,
Cuya espantosa virtud
De lo que á la muerte inclina,
Produce vida y salud
Con general medicina.
Todo lo trueca y convierte,
Sin que le influya esta suerte
Ninguna de las estrellas:
Que mas virtud que hay en ellas,
Hay en esta peña fuerte.
Porque ellas ni otros sugetos,
Que de obrar con perfeccion
Tienen principios secretos;
Si falta disposicion,
No producen sus efetos:

Y aquí, sin ella, á dar vida
En el débil polvo asida
Salen virtudes del centro,
Y siempre queda allá dentro
Otra virtud escondida:
Que esté un campo fértil lleno
De mieses no es maravilla;
Porque en el húmedo seno
No entró estéril la semilla,
Ni era estéril el terreno:
Todo va en que á hallar acierte
Materia su virtud fuerte
A convertirse dispuesta:
Luego superior es esta,
Que al polvo estéril convierte.
Conviértelo de manera,
Que le infunde fuerza viva,
Con que eficaz se apodera,
Como si con la saliva
De Cristo la humedeciera.
Por experiencia es sabida
Su virtud, ya no escondida:
Mas diga el que no lo crea,
¿Qué habrá que vida no sea
En instrumentos de vida?
Y como Raymundo entiende
Tan bien de Dios el intento,
Por el mismo estilo emprende
Sus obras con instrumento
Contrario al fin que pretende.

Causa artificiosa y fuerte
Suele sacar de esta suerte
De los venenos triaca;
Y así la vida se saca
De despojos de la muerte.

REDONDILLAS.

¿Qué mucho es que á grandes Reyes,
Raymundo, deis luz y espanto,
Y con el báculo y manto
Al mar y á los vientos leyes;
Si con socorros divinos
Manda á sus Angeles Dios,
Que os acompañen á vos
En todos vuestros caminos?
Pasar podeis con imperio
Por los áspides seguro,
Si os acude un Angel puro
Con familiar ministerio:
Que los peligros aparta,
Y con su impulso os envia
Al silencio de María,
Y á los cuidados de Marta.
Ya os despierta á la oracion,
Y ya á la piedad activa,
Para que corra mas viva
Vuestra propia inclinacion.
Que aunque ella de suyo es tal,
Su movimiento gobierna

Otra inteligencia eterna,
Como á globo celestial.
Tal compañero conviene,
Que se dé á siervo tan fiel,
Para descargar en él
Parte del peso que tiene.
Calle la ambiciosa Grecia
Sus trágicas amistades
Entre hombres y deidades,
De cuyo exemplo se precia:
Que en sus teatros no ha visto
Familiaridad el mundo,
Como la que entre Raymundo
Y el Angel ha puesto Cristo:
Y no para breves dias
Se le presta apercibido,
Ni en trage desconocido,
Como al mancebo Tobías.
Ni para la adversidad
(Como á Pedro) solamente;
Mas para el trato freqüente,
Y doméstica amistad.
¡O Señor, quales serian,
Pues tú les dabas sugeto,
Las pláticas que en secreto
Tus dos siervos conferian!
Quando el uno la miseria
Quizá del mundo lamenta,
El otro le representa
A su esperanza materia;

Y en estilo peregrino,
Mas con trueco soberano,
El inmortal como humano,
Y el mortal como divino.
Que un largo trato es tan fuerte,
Que conforma las acciones,
Y uno de dos corazones
En el otro se convierte.
Y si quando la freqüencia
Recíproca se exercita,
Un amigo al otro imita
Con igual correspondencia;
Claro está que con acentos
Concordes se satisfacen,
Como acordados lo hacen
Dos músicos instrumentos.
De aquí nace que en tu pecho,
¡O nuevo Angel! nos ofreces
Purísimas sencilleces,
Y agudezas del derecho:
Que juntas vienen á asillo
La paloma y la serpiente,
Y como esta eres prudente,
Y como aquella sencillo.
Y así, ni razon de estado,
Que á la justicia contrasta,
Para derribarte basta,
De ambas cosas pertrechado.

VILLANCICOS.

La noche ofuscaba al mundo,
Y por horror ó por sueño
Todas las cosas yacian
En el mas alto silencio:
Quando piadosa la luz
Nació de un virgíneo seno,
Que distinguió los colores,
Y las tinieblas huyéron.
[illegible]e en los ojos de un niño
Con lágrimas, que al ivierno
Visten con súbitas flores
Con admiracion del tiempo.
Vos, gloriosa Madre,
Que le dais el pecho,
Recogednos las perlas,
Que vierte gimiendo:
Que por ser de sus ojos
No tienen precio.
Quanto sus ojos miraren
Verémos fértil y lleno,
La tierra de alegres frutos,
De serenidad el cielo.
Cesará el rigor del rayo,
Y la amenaza del trueno;
Pondrá á los pies de la paz
La venganza sus trofeos.
Obrad, lágrimas suaves,

Nuestro general remedio,
Y salgan de suspension
La esperanza y el deseo.
Vos, gloriosa Madre &c.
Niño divino y humano,
Pues venis para volvernos
A la gracia, que al principio
Nos quitó el primer exceso;
Comience á esparcir sus glorias
La union de los dos extremos;
Porque el ocio y el amor
No caben en un sugeto.
En vuestras lágrimas hierve
La calidad del afecto:
Haced que el orbe se abrase
En tan amoroso incendio.
Vos, gloriosa Madre &c.

OTRO.

Deteneos, entendimiento,
Que si no os pensais fundar
En la fe de este manjar,
Os faltará el fundamento.

La fe sola es la qua sabe
Como este manjar encierra
Al que ni en toda la tierra,
Ni en todos los cielos cabe:

Y así, ni torres de viento
Podreis sin ella fundar;
Porque, aun para comenzar,
Os faltará el fundamento.
Si logrado quereis ver
El amor de vuestra empresa,
No hagais, llegado á la mesa,
Sino callar y comer.
Callar, porque es Sacramento;
Y comer, porque es manjar:
Pero amad, que para amar
No os faltará el fundamento.

OTRO.

Siempre, amor, venceis á Dios:
O la justicia no es fiel,
O teneis mas fuerzas que él,
O hay concierto entre los dos.

La justicia que se inclina,
Justicia dexa de ser,
Y donde falta el poder,
No hay fortaleza divina:
Y pues la justicia en Dios
Siempre es fuerte, y siempre es fiel,
Vos os entendeis con él,
Y hay concierto entre los dos.

Quando le veis previniendo
Los rayos de indignacion,
De toda su prevencion,
Sabe él que os estais riendo:
Porque mirándoos á vos,
Cesará la saña en él,
Por correspondencia fiel
Concertada entre los dos.

Hoy se viene á reducir
A ser niño por amar:
Ama, y muere por llorar,
Porque llora por morir.
Dulce vencedor de Dios,
Sed para los hombres fiel;
Pues vemos que es triunfo en él,
Que le venzais siempre vos.

SONETOS.

Hoy rompe Dios los orbes celestiales,
Y al de la tierra tan benigno arriba,
Que desarma la diestra vengativa,
Para abrazar con ella á los mortales.

Y pues gime por paz en los umbrales
Un tiempo odiosos, la esperanza viva
Del ofensor, ya próspero, aperciba
Al Dios infante júbilos triunfales.

¡O feliz culpa! que si por inmensa,
Ni en los senos cupieras del olvido,
Ni en méritos de humana recompensa;

La justicia y la paz que tú has unido,
Libran hoy el remedio de la ofensa
En el amor del Príncipe ofendido.

II.

¿Qué estratagema haceis, guerrero mio?
Mas ántes, ¿qué inefable Sacramento?
¡Que os bañe en sangre solo el pensamiento
De que se llega el plazo al desafio!

Derramad de vuestra alma otro rocío
Que aduerma ó arme al flaco sentimiento;
Mas vos quereis que vuestro sufrimiento
No cobre esfuerzo, por cobrar mas brio:

Que no es temor el que os abrió las venas,
Y las destila por los poros roxos,
Que ántes él los espíritus retira:

Sino como se os viene ante los ojos
Mi culpa, ardeis de generosa ira,
Y en esta lucha aumento vuestras penas.

III.

Hoy por piedad de su Hacedor le ofrecen
Prendas de sentimiento sus hechuras:
Llama el sol á la noche, y las escuras
Sombras apriesa en tiempo ageno crecen.
De la vida asaltadas se estremecen
Atónitas las mudas sepulturas:
Libran sus cuerpos á las almas puras,
Y á los justos vivientes aparecen.
Las piedras se quebrantan, y á su exemplo
Visten los astros voluntario luto;
Rómpese el velo místico del templo.
Da qualquier obra al llanto algun tributo:
¡Y yo, siendo la causa, lo contemplo
Con pecho alegre y con semblante enxuto!

IV.

Miéntras que el órden natural se admira
Del súbito vigor, que en esta aurora
Contra el tiempo voraz se corrobora,
Y atónita la muerte se retira:
Crecer en un sepulcro la luz mira,
Que el ayre asalta, y las tinieblas dora:
Y oye la antigua voz producidora,
Que otra segunda instauracion inspira.
¡O eterno amor! si al nuevo impulso tuyo
Naturaleza en todo el gran distrito
Risueña y fuerte aviva el movimiento;
¿Por qué yo no lo busco ó no lo admito?
¿Yo solo estéril al fecundo aliento,
De la comun resurreccion me excluyo?

V.

¡O enigma, adonde amor cifra la historia
De como vence á Cristo, y como ordena,
Que á comer nos le dé una sacra cena,
Efeto superior de la vitoria!
En tí de su pasion la gran memoria
Mejor que en los triunfales himnos suena;
De cuya gracia queda el alma llena,
Resguardo fiel de la futura gloria.
¿Qué convidado habrá que satisfaga
(Aunque le preste méritos el cielo)
A caridad, Señor, tan estupenda?
Cubierto estais; mas no nos niegue el velo,
Que acá en el tiempo nos dexais por prenda,
Lo que en la eternidad nos dais por paga.

VI.

Cuelga Ignacio las armas por trofeo
De sí mismo en el templo, y con fe ardiente
Espera que las suyas le presente
Quien le infunde tan bélico deseo:
Que así, en dexando el pastorcillo hebreo
El real arnés, le dió una fiel corriente
Limpias las piedras, con que hirió en la frente
Altiva al formidable Filisteo.
Salid, pues, nuevo rayo de la guerra,
A los peligros que producen gloria,
Oprimid fieras, tropellad gigantes:
Que si al valor responde la vitoria,
No dexaréis cervices repugnantes
Ni en los últimos fines de la tierra.

VII.

A su Teresa Cristo en vision clara,
Que no sufrió ni transparente velo,
Si no hubiera criado, esposa, el cielo,
Para tí sola, dixo, le criara.
Si corresponde estimacion tan rara,
¡O Virgen! al fervor de vuestro zelo,
¿Quál pura union, ó quál felice vuelo
De absorto Serafin se le compara?
Si á sola vos, y solo en vuestras bodas
Se os da por dote el ámbito glorioso,
Que fue á las almas justas dedicado:
Decid si allí nos muestra el sacro Esposo,
Que, aunque las ama en exquisito grado,
Ha puesto en vos el mérito de todas.

ELEGIA.

Con feliz parto puso al heredero
Séptimo en los confines de la vida
La gran consorte del Monarca Ibero.
Mas del vigor fecundo reprimida,
Cedió á la ley del término absoluto,
Bien que á maduros años prometida:
Como del peso de su mismo fruto
Tal vez se quiebra alguna fértil rama,
Si al otoño da pródiga el tributo.
Lloremos, pues, ¡ó musas! que la fama
De trágico ciprés ciñe la frente,
Y á funerales lágrimas nos llama.

Y miéntras llora el último occidente,
Al Teutónico Reyno muda el vuelo,
Para que el caso mísero lamente.
Allí el Danubio desatando el yelo,
Con que acostumbra suspender los brios,
Suelta las riendas al paterno zelo.
Abunda el llanto hasta los Alpes frios,
Para que el monte mas soberbio admita
Sobre robustos árboles navíos.
Y por donde cazar vió á Margarita
Con flechas y arco en hábito sucinto,
Queda la selva del dolor marchita.
Secos yacen los robles, laberinto
Antes puro á los nidos, y en la ciega
Sombra á fieras y á canes indistinto.
De aquí volando al Reyno Hesperio llega,
Que, ilustre en espectáculos marciales,
Agora en generosa paz sosiega.
Donde el Sebeto, dando á los mortales
Preceptos de modestia, en mayor seno
Deposita sus líquidos cristales:
Porque entre humildes márgenes ameno
Dexa el nombre en tocando las espumas
Primeras, que le ofrece el mar Tirreno.
Suspensa aquí sobre sus varias plumas
Al pueblo que fundáron los Cumanos,
Y lo sufriéron émulo de Cumas,
Dixo: llorad vuestra miseria humanos,
Que ya la esposa Real, víctima pura,
Cayó al rigor de las fatales manos.

Esta voz formidable en la espesura
Sacó las fieras de los mudos lechos,
Estremeciendo la quietud escura.
Temblar sintió Parténope sus techos,
Y, al mismo horror, las madres apretáron
Tímidas sus infantes á los pechos.
En tí, ¡o fértil Vesuvio! amenazáron
Las llamas del incendio repentino,
Que á su investigador fiel te usurpáron.
Tus gemidos tambien, lago Lucrino,
Se oyéron en los piélagos remotos,
Donde, acusando al ímpetu marino,
Entregaban ya roncos los pilotos,
Las popas de la gente vencedora,
Faltos de industria á sus piadosos votos.
Y tú, que en el Pusílipo á la aurora
Veneras, ¡ó cultor! con las ofrendas,
Que de esmeraldas y rubíes colora;
No inxieras las fructíferas, ni entiendas
En esa cumbre amaridar las vides,
Que á los ramos amantes encomiendas.
Ni se lamente el arte, si divides
Las que reposan en los verdes brazos,
De que se coronó algun tiempo Alcides:
Que rotos ya los conyugales lazos
Del consorcio Real, no es bien que altiva
Crezca la imitacion de sus abrazos.
Y pues que de su exemplo se deriva
La obligacion comun, todos lloremos
Por propia su viudez intempestiva.

¿Mas qué es lo que primero llorarémos?
¿Aquel favor, que ya por la violencia
De un accidente vacilando vemos?
¿O en pecho femenil una prudencia,
Que aliviar pudo la cerviz de Atlante,
Sin que el orbe sintiera diferencia?
¿O el desconsuelo del marido amante?
Porque, si bien lo encubre á su palacio
Con la tranquilidad que orna el semblante,
No á Euridice lloró con tal fe el Tracio
Viudo, que se obligó á la ley impía
De contener la vista un breve espacio;
Quando libró el suceso en la armonía
De su canto, por ver si el cetro fiero
A lástima segunda se movia.
¿Mas quién no llora, ¡ó tierna grey! primero
Vuestra horfandad? ¿Por quál error los hados
Decreto os fulminaron tan severo,
Profunda turbacion de los cuidados
Públicos siempre y del amor materno,
Al umbral de la luz desamparados?
¡O con quan generoso y con quan tierno
Afecto, augusta madre, los mirabas,
Dando licencia al regocijo interno!
Ya en la imaginacion menospreciabas
El honor de las ínclitas memorias,
Quando el de tus infantes contemplabas.
Ya los viste cargados de vitorias
De Africa y de Asia: en otros rudos mares
Aventurarse á no tentadas glorias:

Y para establecer las militares,
Erigir otras últimas colunas
En oprobrio de idólatras altares.
Porque acusando las felices cunas,
Con dulce engaño anticipar debiste
La futura verdad de sus fortunas.
Mas ¡o como tu exemplo enseña, ¡ay triste!
Que quando el pecho ménos se rezela,
Se avecina á la injuria que le embiste!
Así en la fe del bosque Filomela
Al álamo, que el caro nido abriga,
A sus implumes paxarillos vuela;
Y discurriendo por la sombra amiga,
Que á entregarle el depósito seguro
De las insidias rústicas se obliga:
La piedra que escondido tiró el duro
Villano, la derriba de la planta,
Ya infausto apoyo del amor mas puro.
Y quando, por quejarse al cielo, canta
Mirando el hospedage dolorido,
Y la voz queda asida á la garganta:
Gimen sus esperanzas en el nido,
Bien que en la superior rama compuesto,
Y por sus fieles hojas defendido.
Nadie, pues, viendo el orbe tan funesto,
Límites ponga al llanto: que mal cabe
Prueba de grande fe en dolor modesto.
Si tú le fuiste proteccion suave,
Señora, y en su afan le desamparas,
¿Pudo temerse pérdida mas grave?

Cayó contigo el templo, en cuyas aras
Las llamas levantó el árbol secreto
Por ministerio de virtudes raras.
¿Quándo no fue el bien público tu objeto?
¿A quál dolor como á miseria agena
Respondió tu piedad con tibio efeto?
¿Mas quién dirá tu espíritu? ¿Y quán llena
De aquellos pensamientos superiores
Le fue ornamento la porcion terrena?
El huerto de aromaticos olores
Halló en tu honestidad la sacra esposa,
Que produxo á su amor místicas flores.
No guarda allí sus púrpuras la rosa
Con espinas solícitas, que ornada
Entre ramos pacíficos reposa.
Porque tu sencillez, apoderada
De lo interior, no quiso ver la mente
Mas que de su decoro pertrechada.
No la limpia niñez ni la inocente
Infancia con la cándida pureza
De tus afectos igualarse intente:
Que no vió, sino en tí, naturaleza
Seguir en un sugeto su exercicio
Unidas inocencia y sutileza.
Si el favor de esta union te fue un indicio
De la futura gloria, ¿habrá quien crea
Que despues te acudió ménos propicio?
Con tal prenda, ¿qué mucho si desea
Una alma hallarse presto desasida,
Y, por dar fin al tránsito, pelea?

De este impulso la tuya prevenida,
Con júbilo modesto se dispuso
A fuga no, sino á triunfal salida.
El amor natural quedó confuso
De verse aborrecido, y tú venciendo
Todos quantos horrores contrapuso:
Que entre las penas de acabar muriendo,
El temor de morir es la mas fuerte,
Porque amenaza efecto mas horrendo.
Y así quando el espíritu divierte
El último pavor que allí le oprime,
¿Qué le dexa difícil á la muerte?
Ella su injuria y tus victorias gime,
Miéntras que las celebra alterno el coro,
Que te introduxo en la ciudad sublime.
Allí ves como lucen sobre el oro
Piedras con no imitable ornato insertas,
Que en los muros extienden su tesoro.
Vive allí la escultura de las puertas;
Y el palacio inefable las ofrece
A tus insignes méritos abiertas.
Y sus anfiteatros donde crece
Coronada tan varia muchedumbre,
Que, al parecer, de número carece:
Sobre la qual, de inaccesible cumbre,
Infundiendo misterios reverbera
La plenitud de la fecunda lumbre;
Con que, ilustrando la verdad primera
Las mentes puras, hermosea sus faces,
Y en recíproco amor las confedera.

De estos mismos suaves y eficaces
Resplandores vestida á tu deseo,
Que aspiró á tanta gloria, satisfaces.
Y no la influye provido el rodeo
Del tiempo, ni al temor ni á la esperanza
Dexa llevar un mínimo trofeo.
Es una perfeccion sin semejanza,
Parto de aquel objeto incircunscrito,
Felicísimo y libre de mudanza.
No es concedido al inferior distrito,
¡O soberbios mortales! ni un trasunto,
Que guarde proporcion con lo infinito.
No el tiempo de mil siglos puede junto
Ser de la eternidad un punto breve,
Ni la parte menor del mismo punto.
¿Y hay dentro dél quien á esperar se atreve
Suerte feliz, con ver que no á la ira,
Sino al soplo mas vago se conmueve?
¿Quál pecho no se turba quando mira,
Que le diéron tasados los alientos,
Y que á cuenta del número respira?
¿Que es obra de discordes elementos,
Que de la union pacífica se afligen,
A renovar su enemistad atentos?
Tal como se contraxo en el orígen,
De cuya ley mortífera llevados,
Al término que huyéron, se dirigen.
Desde el punto antiquísimo, en que osados
Sacudiéron de sí el informe peso,
Que los tuvo indistintos y agravados.

Bien que al amor se atribuyó el suceso,
Sin cuya diligencia nunca pudo
Naturaleza ver su parto expreso.
La materia en saliendo del caos rudo,
Vió á la forma, y ardió por su hermosura,
Y de ambas hizo amor el primer ñudo.
Allí admitió la universal mixtura
En el seno las varias calidades,
Con que el comun estrago se apresura.
Los montes envejecen, las ciudades
Yacen, y de soberbias monarquías
Ven dudosos vestigios las edades.
Y un dia llegará tras luengos dias,
En que esta magnitud mortal cansada
Sienta las postrimeras agonías.
Y pidiéralas hoy; pero alentada
Con ver alma Real, que, aunque te alejas,
Por tu despojo queda venerada;
En este honor espera, que á sus quejas
Será prenda segura de consuelo
Esta preciosa parte que le dexas.
No agora, pues, ni quando justo el cielo
En la restitucion del vital hilo
Llueva divinidad sobre este velo:
El pedirá para surgir tranquilo
Las urnas odoríferas al Tibre,
Ni los sepulcros bárbaros al Nilo:
Que entre altares ungidos saldrá libre
De frágil vida y de segunda guerra,
Con luz que eternos resplandores vibre.

Demas que el globo le ofreció la tierra
Para urna suya en los espacios, donde
Encierra el mar, y donde el mar la encierra:
Que á esculpidos trofeos corresponde
De tantos reynos vivo el ornamento,
Desde Gades, que al dia nos esconde:
Hasta donde Heles tuvo el fin violento,
Y hasta la mar, donde con hielo cano
Cerúleos golfos entorpece el viento.
Y desde el suelo, que ara el africano
Vecino al Reyno, en que privó á Siface
Del cetro antiguo el vencedor romano:
Hasta el terreno, que sin lluvias yace
(Bien que fértil) en agua vagabunda,
Que de ignorados manantiales nace.
Y del Pelusio, donde mas profunda
En los rústicos límites (cuidado
Perpetuo del cultor egipcio) inunda:
Que, asido al remo, en el batel pintado,
Quando aplaya la próvida corriente,
Va inquiriendo el distrito de su arado:
Hasta el gran lago en que, de incierta fuente
Nacido, el Tánais la soberbia enfrena,
Con que aspiró al honor de aquel tridente:
Y hasta el mar odorífero en que amena
Vierte aromas la verde Trapobana,
Y crece el oro entre su negra arena.
Y la quarta porcion del orbe ufana
De no rendirse á términos algunos,
Que ostentar pueda la noticia humana:

De donde, opuesto á vientos importunos,
Descubrio el lusitano temerario
El gran comercio de los dos Neptunos.
Sus provincias de culto y color vario,
Que en las desnudas leyes naturales
Sirven á tu derecho hereditario;
Para tal urna, y ceremonias tales
Las estrellas, el sol y el hemisferio
Han de ser templo y luces funerales.
Y porque de tan sacro ministerio
No participen las regiones solas,
Que conocen las leyes de tu imperio:
Si en mar de heladas ó fervientes olas
Yace parte ulterior, no descubierta
Al zelo de las popas españolas;
Por mas que hoy viva de piedad desierta,
Júntela el orbe agora con las quatro,
Hasta que de sepulcro las convierta
Para tus alabanzas en teatro.

ELEGIA.

Cayó, Señor, rendido al accidente,
Que anticipó los términos del hado,
Tu Fernando en edad mas floreciente:
Qual purpúreo jacinto, que agravado,
De la lluvia inclinó al humor el brio,
O al pasar le tocó el severo arado.
No quedó ninfa en el Pinciano rio,
Que de dolor no diese alguna muestra,
Mirando en su ribera el cuerpo frio.

Llórale Mantua, que esperó en su diestra
Bélicas glorias, quando en paz festiva
Lo vió animar la juvenil palestra.
Depuso Betis la feliz oliva
A la fama del caso, y entre tanto
Asombró con cipres la frente altiva.
Pero en Galicia, donde con espanto
Produxo flores súbitas la cuna,
Que aplacó de su infancia el primer llanto;
El fausto alcázar de su Real fortuna,
Ya en tiempos de aquel bien poco distantes,
Los mismos astros que alabó importuna.
¿Mas quién retratará vuestros semblantes,
¡O madre! ¡ó esposa! ¡ó hermanos! si del cielo
No le infunden alientos abundantes?
Extienda Euterpe el ingenioso velo,
Con que antiguo pincel en igual caso
Nos descubrió el paterno desconsuelo;
Que, aunque al son de sus números Parnaso
Interrumpa el celeste movimiento,
Y á las ondas estigias halle paso;
Si á la razon se iguala el sentimiento,
Ni con graves coturnos repetido
Podrá no parecer remiso y lento.
Como tal vez el árbol sacudido
Del viento enviuda de sus tiernas hojas,
De que sombra esperó y honor florido:
Y perdona á las pálidas ó roxas,
Que viéron sazonar consortes frutos,
Y en el cansado ramo tiemblan floxas:

Así los hados turban absolutos
El órden de las cosas tributarias,
Y dilatan ó cobran sus tributos.
De estas execuciones voluntarias
Yaces, Fernando, y yacen imperfetas
Varias acciones de virtudes varias.
Como quedaran al horror sujetas
Las de nuestra region, si el sol faltara,
O indistinta la luz de los planetas.
Contigo falleció la fuerza rara,
Con que desnudo el animoso acero,
Ni á la clava de Alcides respetara.
¿Quién dará ley al corredor guerrero
De los rebaños béticos, que viven
Dispuestos siempre al exercicio fiero;
Cuyas fogosas madres, que reciben
La esperada virtud por el olfato,
De los fecundos céfiros conciben?
¿A quién fue el polvo olímpico tan grato,
Como á tí el circo en que se vibran lanzas
Con armas limpias ó africano ornato?
Y no por el concento de alabanzas,
Que atribuyen las auras populares,
Que otro fin se imprimió en tus esperanzas.
Llamábante las glorias militares;
Mas por ventura maternal respeto
Te obligó á no dexar los patrios lares.
Que ya tú, por estímulo secreto,
Te dedicabas á la fama eterna,
Quando estorbó la muerte el noble efeto.

Así el tierno leon que en la caverna
Líbica en que nació, crece al cuidado,
Que solicita la piedad materna:
Conociéndose adulto y obligado
A la virtud de su niñez ardiente,
Y con soberbia leche alimentado;
Ya como armarse las quixadas siente,
Pomposa ondea en la cerviz le greña,
Y en las uñas creció el vigor reciente;
El sustento pacífico desdeña,
Porque sangre feroz le pide el gusto,
Y rabia por dexar la ociosa peña.
Mas quando un tigre ó toro el mas robusto
A los noveles ímpetus destina,
Para domar despues el campo adusto;
De accidente mortal en la vecina
Selva espiró la fiera generosa,
Que amenazaba general ruïna.
Pero de otra invasion mas poderosa,
Donde quien huye vence, ¡ó gran Fernando!
Seguiste la vitoria prodigiosa:
Entre amorosas gracias conquistando
Un honesto favor, donde el sentido
Halla el inaccesible objeto blando;
Tal, que en sí juzga el corazon herido
De rígida hermosura: que Diana
Tira las mismas flechas que Cupido.
¿Quién armó como tú la mente humana,
Para asaltar la dulce tiranía,
Conservando el decoro á la tirana?

Sirviéron la esperanza y la osadía
A la razon; y sin que amor se queje,
Guardáron los afectos cortesía.
¿Quál frente de las flores que amor texe,
Favorecida, habrá, que al olor de ellas
Pretensiones divinas aconseje?
Ardiente jóven fuiste á sus centellas;
Mas no encendiéron la sublime parte,
Que en tí viéron humildes las estrellas.
No fue vulgar, no fue vulgar el arte,
Con que, sin deshonor de las prisiones,
En los peligros fuiste interior Marte.
No respetó la muerte las acciones,
A que presto se viera reducida
La heroyca prevencion de tantos dones;
Pero si al tardo acaso de su vida
Guardaba alguna trágica miseria,
Piedad fue humana apresurar la herida.
Si muriera Aníbal, quando en Hesperia
La fortuna á sus armas obediente
Para glorioso fin le dió materia;
No huyera en la vejez á ser cliente
De un griego Rey. ¡O glorias nuestras vanas!
No hay bien que en larga edad no se descuente.
No muere á manos griegas ni romanas,
Sino al veneno que le dió su anillo
Vengador de la pérdida de Canas.
Y tú, magno Pompeyo, fiel caudillo
De la causa mas justa, á quien Tesalia
Reservó para un bárbaro cuchillo:

Próvidas fiebres ántes en Italia,
Luchando con el hado, pretendiéron
Librarte de los campos de Farsalia;
Pero los votos públicos venciéron,
Unidos al clamor de las ciudades,
Que su salud en tu salud pusiéron.
Como prodigio luce á las edades
La memoria del jóven macedonio,
Nacido para ver felicidades:
¡Mas quan triste nos diera el testimonio,
Si sus progresos no atajara presto
La envidia del veneno babilonio!
Bien que el ánimo siempre tan modesto
Mostró Fernando á glorias y ruïnas,
Que ningunas lo hallaran descompuesto.
Pero quando ambas fortunas repentinas
Tentaran su constancia de improviso,
Hubieran de vencer fuerzas divinas;
Cuya virtud, quando el interno aviso
Puso al alma en estado mas sereno,
Al gran orígen trasladarla quiso;
Porque acá no le dieran triunfo lleno
Latinas ni asiáticas victorias,
Ni quantas adquirió el valor ageno.
Y si voló del tiempo á eternas glorias,
¿Quánto debe al suspiro poderoso
Que le forzó á dexar las transitorias?
El mira agora el órden victorioso
De sus progenitores ya inmortales,
En el firme consorcio del reposo.

Penetra los diáfanos cristales,
Y escucha el son, que armónicas despiden
Impelidas las ruedas celestiales.
Nota la ley con que sus lumbres miden
La magnitud del término prescrito,
Las zonas que la cercan y dividen.
Y al abrasado amor solo infinito
Por las amadas prendas intercede,
Que absortas mira en el mortal distrito.
Está piadosa fe consolar puede,
Y aun reprehender, Señor, el llanto largo,
Si de sufribles límites excede;
Que aunque el dolor primero es tan amargo,
Aquel vigor infuso ¿á quién no anima
De la esperanza que nos tiene á cargo?
Quien la ignora ó la niega, llore y gima:
Que tú á su inspiracion acudir debes,
Quando naturaleza te lastima.
Modera, pues, las lágrimas que llueves:
Que no siempre la escarcha al sol resiste,
Ni el monte yerto de obstinadas nieves.
No para que nos den lluvias embiste
Siempre el austro á las nubes, ni el ivierno
Ama siempre el horror del ayre triste.
Ni quando Hector murió, el dolor fraterno
Se entrañó en los hermanos afligidos
Tanto, que lo juzgasen por eterno.
Tú solo no das ley á los sentidos;
Antes en tu silencio escuchar sueles
Del indómito afecto los bramidos.

¿Por quál fruto, Señor, no lo compeles?
¿No es mengua de tus fuerzas interiores,
Que en la suerte comun te desconsueles?
No es tiempo ya que el grave caso llores;
Pues desde que lo viste, dió el verano
La recompensa de la lluvia en flores:
Y ceñidas las sienes el villano
Segunda vez de pálidas espigas,
A surcos fieles encomienda el grano.
¿Siquiera por su exemplo no mitigas
La obstínada tristeza, donde llevas
El ivierno interior de tus fatigas?
Del qual suele nacer que quando elevas
La mente á la razon, acuden luego
Del antiguo dolor lágrimas nuevas.
Busquemos, pues, busquemos el sosiego
En la inmortalidad que nos alienta
A robar de su esfera el sacro fuego:
Y el alma, si no libre, mas atenta
Por los objetos ínclitos anhela,
Que su meditacion le representa.
El tiempo con los suyos desconsuela,
Que apriesa los desarma y desfigura,
Y, no saciado de victorias, vuela.
El mármol, que soberbio en su escultura,
A los quietos huesos de tu hermano
Ofreció venerable sepultura;
¿Quién sabe si tambien fue cuerpo humano
En otro siglo, y lo pasó la muerte
Por su alterable variedad temprano?

El sugeto mas sólido y mas fuerte
Entre la fuga de los tiempos medra,
Quando en sorda materia se convierte.
Y otros verán como tenaz la yedra
Lamiendo ofenderá los tersos lados
Al epitaño de la ilustre piedra.
Los sepulcros tambien sienten sus hados,
Como las otras fábricas; mas antes
Los montes mismos contra el tiempo armados.
Nuestros Pirenes, pues, o los Atlantes
De Africa guarden minas, viertan rios
En los senos avaros y arrogantes:
Que del humor y del metal vacíos
Inclinarán decrépitas las frentes,
Que agora ocupan árboles sombríos.
Ni á vosotras tampoco, ¡o sacras fuentes!
De vuestro parto liquido y sonoro
Eternas se os libráron las corrientes.
Si á las ondas del Tajo enturbia el oro,
Y a la luz oriental se opone Ibero,
Mejorando sus aguas el decoro:
Huiran las linfas, y el honor primero
De las urnas agora manantiales,
Obedeciendo al disponer severo.
Y aunque agora entre sombras pastorales
Exêcrable segur suena y derriba
Sus troncos para fâbricas navales;
¿Quién sabe si la suerte sucesiva
Quiere, alternando el ser de los extremos,
Que el mar para rebaños se aperciba?

Quizá los verdes golfos donde hoy vemos
Mover las esperanzas de los Reyes
Globos de espuma entre ambiciosos remos,
Culto recibirán y agrestes leyes:
Verán lucir las premiadoras hoces,
Y en su labor sudar los tardos bueyes.
Pasan los siglos á su fin veloces,
Sin que del curso retroceda una hora
Por tiernos votos ni vehementes voces.
La edad contra sus obras vencedora,
Reserva para un último gemido
Las mismas que alimenta y atesora;
Porque orígen mortal les fue infundido,
Quando les diéron el lugar segundo
Peso en su mismo centro sostenido.
La materia en el tálamo fecundo
Admitió los primeros himeneos,
Y elementos discordes sintió el mundo.
Desde entónces con ansias y deseos,
Que las formas le dan, volver porfia
Al primer caos por íntimos rodeos.
Mas la luz de mas fiel filosofía
Por otros mas seguros y propicios
A la region de la verdad nos guia:
Entre cuyos lucientes edificios
Forma el número electo de las almas
Estruendo de triunfales exercicios.
¡O eterna pompa! ¡ó incorruptibles palmas!

EPISTOLA.

Jóven Real, por el poder del hado,
Bien que adulando á tu eleccion gloriosa,
A España y sus deseos usurpado:
Como en Tesalia alguna vez reposa
Febo, no ménos claro ni fecundo
Quando usa de su cítara amorosa:
Tu grande hermano (Apolo al primer mundo)
Suspende así la rueda, con que mueve
Las causas inferiores del segundo.
Y ornado de las flores que las nueve
Celestiales hermanas le han texido,
Con ellas logra aquella tregua breve.
Yo en estos doctos ocios admitido,
Y, sin rigor del mérito á su gracia,
Ver frutos de tu ingenio he merecido.
Versos tuyos oí, cuya eficacia
Obrará en todo objeto resistente
Lo que la voz del músico de Tracia.
Pero es el argumento diferente:
Que al bien pasado lágrimas dió Orfeo;
Tú aplausos y alabanzas al presente.
En el qual, como iguales himeneo
Hizo á las esperanzas las victorias,
No por la posesion mengua el deseo:
Que aun de amargos sucesos las memorias,
En paces conyugales repetidas,
Son alimento á sucesivas glorias.

¡O felices consortes, cuyas vidas
A union tan fiel, que á la mortal excede,
Mira la humana envidia reducidas!
Exemplo sois de como en tiempo puede
Imitarse en la tierra el gozo santo,
Que en la inmortalidad se nos concede.
Esta fue la materia de tu canto;
Mas con tanta elegancia la describes,
Que ninguna ambicion aspiró á tanto.
Pero ¿qué hay que admirar si la recibes
De un raro ingenio de doctrina lleno,
Y del afecto á cuyas leyes vives?
Tras esto cuentas como os da el Tirreno
Alegre á vuestras redes varios peces,
Que libres discurrian en su seno.
Como gozas la presa, y como á veces
Dilatando la muerte á los menores,
A las maternas ondas los ofreces.
Y como tú de ver los pescadores
A la presa, á la red y al barco atentos,
Lo quedas á discursos superiores;
Es mucho de elevados pensamientos
Poner en grandes cosas el juïcio,
Sirviendo las humildes de instrumentos.
Y todo aquel marítimo exercicio
Al de la suerte humana comprehende,
Y al ambicioso fin de su artificio.
La astuta fraude ¡quantas redes tiende!
¡Que cárcel texe á la verdad sencilla,
Con que le pone horror, si no la prende!

¿Qué es la vida mortal sino barquilla
De tablas no, de vidrios fabricada,
Expuesta á tempestad aun en la orilla?
Y el agua en sus profundos saqueada
¿No prueba ó amenaza que no hay parte
De robadoras manos reservada?
¿Donde podremos, santa paz, hallarte,
Si no hallas tú secreto ni seguro
En la naturaleza contra el arte?
De este comun estrago conjeturo,
Que nos da á conocer quien lo permite,
Que te guarda un lugar mas limpio y puro:
Y si acá te lo niega, es porque incite
A la mente inmortal la repugnancia,
Para que así las alas exercite.
Pero mi voz ¿por qué cobró arrogancia
En sugeto adornado por la musa,
Que oprime á quien imita su elegancia?
Callemos, pues, que no es bastante excusa
Para quien el error previno el zelo;
Antes su misma prevencion lo acusa.
Tiempo vendrá que algun dichoso vuelo
Me suba á tus gloriosas alabanzas,
Y suenen en lo cóncavo del cielo.
Pues si mayores bienaventuranzas
En tí libró, por esta fuerza espero
Efecto á mis soberbias esperanzas.
Tu prosapia Real diré primero:
Mas en los tres hermanos en quien dura,
No tendré envidia del sugeto á Homero.

La edad presente muestra y la futura
En ellos los insignes Geriones,
Cuyo valor la ilustra y la asegura:
En cuyos tres unidos corazones
Generoso respira un solo aliento,
Dando conformidad á sus acciones.
Escudos de la patria y fundamento
De su veneracion, de la qual toma
Diverso el orbe exemplo y escarmiento.
Celebre sus trescientos Fabios Roma,
Con quien sin filos de otra espada extraña
(Bien que muriendo) á los Veyentos doma:
Que con tres Castros se le opone España,
Cuyo raro valor, aunque la furia
Del tiempo con la muerte se acompaña,
Insigne les hará y eterna injuria.

ELEGIA.

¡O tú, en cuya cerviz la fuerza estriba,
En que alternan los orbes celestiales
Al tiempo la vitoria fugitiva:
Y con ruedas de próvidos metales
Le diriges apriesa lenta el vuelo,
Para que guarde términos iguales:
Precioso emblema y místico modelo,
Que Atlante con razon llamarte puedes,
Como ese globo emulacion del cielo!
Aunque, á pesar de Siracusa, excedes
En la felicidad de la osadía
A los volubles vidrios de Arquimedes;

No fundes tu alabanza en su armonía,
Ni en la escultura insigne del semblante,
Que á los buriles griegos desafia;
Sino en quanto te forman semejante
Al héroe, que exercita el grande oficio,
Que se atribuye al fabuloso Atlante.
Porque si dan su zelo y su juïcio,
Como causas fatales y primeras,
A la virtud intrépido exercicio,
¿Qué serán sus cuidados sino esferas,
Que en hombros del espíritu robusto
Influyen providentes y ligeras?
Imperio influyen tan benigno y justo,
Que, con la antigüedad bien conferido,
Queda sin opinion la paz de Augusto.
Aquí ahuyentando el ocio y el olvido,
Suena por estas ruedas animadas
El tiempo en horas justas dividido.
Y en tal fe con la paz confederadas
Se reportan las bélicas acciones,
Que sirven á las leyes las espadas.
Tú, magnánimo Castro, las compones
A exemplo de tí mismo; y por tí vemos
Que se precian de amar sus proporciones.
Y á la que en tí reduce los extremos,
Mansedumbre y rigor, á union fraterna,
El público descanso agradecemos:
Porque obrando á mas luz la fuerza interna,
Que imprimió en tus afectos compostura,
El comercio politico gobierna.

Y la naturaleza lo asegura
Con las súbitas mieses, que le ofrece
Sin labor de ambiciosa agricultura:
Pues la constelacion que nos parece,
Que á nuestras esperanzas mueve guerra,
Depuesto su furor las obedece.
¿Qué suerte es esta? ¿ó qué deidad se encierra
En tu valor, que impide la venganza
De los astros, tal vez, contra la tierra?
Sienten los altos círculos mudanza,
Y á tu honor los soberbios elementos
En su obediencia buscan alabanza.
Tú desarmas los rígidos portentos:
Por tí recibe el ayre resplandores,
Y pacífico el soplo de los vientos.
Retrocede por tí á las superiores
Nubes el agua, y de los turbios vasos
Desciende á dar orígen á las flores.
Y el año sin rezelo de los casos,
Que nacen de impresion inobediente,
Vuelve á sí mismo por sus mismos pasos.
Es necesario, al fin, que se sustente
Esta del bien comun fábrica inmensa,
Como en su esencia, en tu cerviz valiente:
Pues con razon, librada su defensa
En esos felicísimos cuidados,
Prevalecer en fuerza de ellos piensa
Contra las amenazas de los hados.

EPISTOLA.

Yo quiero, mi Fernando, obedecerte,
Y en cosas leves discurrir contigo,
Como quien de las graves se divierte:
Por lo qual será bien que las que digo
No salgan fuera del distrito nuestro;
Que al fin van de un amigo al otro amigo.
Y no soy tan soberbio ni tan diestro
En dar preceptos, ni advertir enmiendas,
Que aspire á proceder como maestro.
Digo, pues, que me place el ver que atiendas
Tanto á las filosóficas verdades,
Que siempre de sus órdenes dependas;
Pero que alguna vez te desenfades
De aquel rigor, y el gusto no apremiado
Se cebe en mas benignas facultades:
Que, si ellas guardan su nativo agrado,
No será menester que lo compelas
A seguir lo que yo le persuado.
Que allí no hay que ocurrir á las cautelas,
Que por ventura un tiempo exercitabas,
Como lo enseñan hoy nuestras escuelas:
Quando para probar tu intento andabas
Afilando entimemas, que volantes
Salen de las dialécticas aljabas:
Porque á lo ya pacífico levantes
Por diversion el gusto con las nueve
Piérides ingénuas y elegantes.

Y la canuda historia que nos debe,
A pesar de la muerte exemplos vivos,
Por los vestigios de la edad te lleve.
Y saliendo despues de sus archivos,
Al poético ardor se ofrezca el pecho
Dispuesto á pensamientos mas altivos.
Esta excelente inclinacion sospecho,
(Sin que preceda riguroso exámen)
Que es la que mas te dexa satisfecho.
Síguela, pues, por mas que la desamen
La inconsideracion y la fortuna:
No aflijas con violencias tu dictámen.
Y quando en la sazon mas importuna
Sigue aquel en la selva unos ladridos
Al resplandor escaso de la luna;
Y el otro rinde al juego los sentidos,
O en indignos sugetos que no ignoras,
Andan nuestros patricios divertidos:
Tú retirado en las nocturnas horas,
Escribe á vigilante lamparilla,
O en la estudiosa luz de las auroras;
Contra el rapaz que la razon humilla,
Remedios nuevos con primor juntando
En los versos deleyte y maravilla.
Y si te instiga mas, dulce Fernando,
La fama de magnánimas acciones,
Costumbres y provincias explorando;
O si á canto mas digno te dispones,
Inquiriendo el concurso de los siete
Planetas y sus varias impresiones:

Resuélvete al designio, y acomete;
Que, á seguir sus estímulos resuelto,
El orbe encerrarás en tu retrete.
Pero si no te hallares desenvuelto
En consonar nuestro lenguage, fia
La empresa al generoso verso suelto:
Porque la libertad de su armonía,
Como solo sus números respeta,
De emparentar las voces se desvia.
Y el que atiende á la parte mas perfeta,
Ponderando y midiendo consonantes,
A ridículo estorbo se sujeta.
El ser forzoso que apercibas antes
Lo ménos sustancial verbos y nombres,
Que suenen con acentos semejantes:
Y que si ha de acabar la estanza en hombres,
Como si te mostrase alguna fiera,
Diga el verso anterior que no te asombres.
Por esto apénas oyes rima entera,
Con ambas partes fáciles y llanas,
Y excluyes por ociosa la primera:
Como para guisar palustres ranas,
Que, sospechoso el cuerpecillo todo,
Las piernas solo nos ofrecen sanas.
Y, quando aplaya el Nilo, de este modo
Causa el fecundo sol generaciones
En las grasezas del informe lodo:
Que organiza los húmedos terrones;
Escarban ya los pies, gruñen las testas,
Sin darles forma entera de ratones.

Desde que llevan consonante acuestas
Miran su trabazon los versos ruda,
Con voces no importantes ni dispuestas.
Concedo que á las voces nos ayuda,
Y apoya la sentencia si lo ablanda
El arte, ó á mejor lugar lo muda.
La fuerza del dinero, ó sirve ó manda,
Y la del consonante, que igualmente
Por uno de estos dos extremos anda.
Mas quien por una cláusula eloqüente,
Para un final escrita de antemano,
Pasa inculta la parte precedente;
¿En qué se diferencia de un tirano,
Que por medios injustos encamina
Alguna utilidad del trato humano?
Perezca la política dotrina,
Que por sacar de la maldad ganancia,
La ley de las virtudes arruïna.
Pero si acomodar la consonancia
Con liberalidad ó con miseria,
Es en las rimas caso de importancia:
El escritor abunde en la materia,
Para que se le vengan á la pluma
Quantas palabras vuelan en Iberia.
Mas el furor nativo no presuma
Reducirlas á número y concierto,
Sin sumo estudio, y sin industria suma.
Homero en estas ondas tan experto,
Que sobre trozos de animosas naves
Responde como oráculo en el puerto:

Para ser mas acepto á las suaves
Musas, surcó primero luengos dias
Profundos golfos de otras ciencias graves.
Si tú para las dos filosofías
Ya, por Platon, de Sócrates conoces
Las siempre misterioras ironías;
Y prender te dexaste de las voces
Con que suele el sutil Estagirita
Dar caza á los espíritus veloces:
Por esa docta antigüedad escrita
Dexa correr tu ingenio, y sin rezelo,
Conforme á su eleccion roba ó imita.
Suelta despues al voluntario vuelo
Pomposa vela en golfo tan remoto,
Que no descubra sino mar y cielo:
No navegante ya, sino piloto
Intrépido á las olas insolentes,
Tanto como á los ímpetus del Noto.
Quiero decir, que quando en los corrientes
Métodos varios te hayas dado filos,
Con destreza ya propia los freqüentes;
Porque los dos genéricos estilos
Mas de un naufragio nuevo nos avisa,
Que no por freqüentados son tranquilos.
Obliga el uno á brevedad concisa;
Que aunque la demasiada luz desama,
Precia la elocucion peynada y lisa.
Y no solo el honor del epigrama
Recibe calidad de este preceto,
Sino la lira con que amor nos llama:

El trágico fervor puesto en aprieto,
Y la sátira en este caso amiga,
Siempre del panegírico perfeto.
El émulo de Pindaro lo diga,
Por quien Venosa el título recibe,
Que á venerar á Tebas nos obliga.
Y en el romano autor que en prosa escribe,
Desde que falleció su Augusto Anales,
El compendioso laconismo vive.
A Trajano sus dotes inmortales
Refiere Plinio en este acento puro
Sin voces tenebrosas ni triviales.
De las primeras ¿quién corrió seguro,
Si el Presbítero docto de Cartago,
Aspirando á ser breve quedó escuro?
Mas quien al genio floreciente y vago
De Séneca llamó cal sin arena,
No probó los efectos de su halago.
No niego yo que de sentencias llena
La agudeza sin límites congoja,
Y al rigor con que hiere nos condena:
Como la nube que granizo arroja
Sobre esperanzas rústicas floridas,
Que aquí destronca, y acullá deshoja;
Y al golpe de las recias avenidas
Mira el cultor su industria defraudada,
Que yace entre las ramas esparcidas.
La fuerza, pues, no venga arrebatada
En esta brevedad jaculatoria,
Si quieres que deleyte y persuada:

Aunque por ambicion de mayor gloría
Fleche cada palabra una sentencia,
Y obre cada sentencia una victoria:
Que en el segundo estilo hay eloqüencia,
Que entre la igual corriente del progreso
Anima su fervor con la freqüencia:
Y en su mediocridad lleva gran peso;
Pues sin que lo envilezca ni lo encumbre,
Le suele dar mas próspero suceso.
Pruébase por razon y por costumbre,
Que, aunque no influye en término tan breve,
Insta con mas vigor la mansedumbre:
Como en ivierno decender la nieve
Tan sosegada vemos, que al sentido
Parece que ni baxa ni se mueve;
Pero en valles y montes recibido
De la cándida lluvia el humor lento,
Los cubre y fertiliza sin ruïdo.
Con la perseverancia de este aliento
Canta Homero las iras juveniles,
Y el orbe escucha atónito ó atento.
Y Maron los afectos pastoriles,
El culto agreste y el varon troyano,
Que el cielo arrebató al furor de Aquiles.
Este que llama el vulgo estilo llano,
Encubre tantas fuerzas, que quien osa
Tal vez acometerle, suda en vano.
Y su facilidad dificultosa
Tambien convida, y desanima luego
En los dos corifeos de la prosa.

Fulmina la retórica del griego;
Pero desata aquel vigor divino
En la igualdad freqüente con sosiego.
No ménos el Demóstenes latino,
Para cuya riqueza usurpa el oro,
Que nació en minas áticas Arpino.
Yo ha mucho que lo hurté para el decoro
De algun poema, y hecho el aparato,
Me asenté sobre el arca del tesoro.
Porque me profanó el cuidado ingrato
De gran causa civil, á pesar mio,
Y es menester purgarme de su trato:
Que al fin no sufre la altivez de Clio,
Que canto venerable se medite,
Sino en la soledad de su desvío.
Demas de esto no falta quien me incite
A que, si ornarme de laurel deseo,
Los números latinos exercite;
Porque gusta de ver aquel museo
La ostentacion del dáctilo gallarda
Tropellar la quietud del espondeo.
Y quando aquel prosigue, y este tarda,
Mas gracia de esta priesa y de este espacio,
Que de los pies de nuestro verso aguarda.
Mas yo sé bien el sueño con que Horacio
(Antes el mismo Rómulo) me enseña,
Que llevar versos al antiguo Lacio,
Fuera lo mismo que á los bosques leña,
Y trastornar en Betis ó en Ibero
Una vasija de agua muy pequeña.

Nuestra patria no quiere ni yo quiero
Abortar un poema colecticio
De lenguage y espíritu extrangero:
Pues quando me quisiera dar propicio
Maron para su fábrica centones,
¿Quién sabe quál surgiera el edificio?
Con mármoles de nobles inscripciones
(Teatro un tiempo y aras) en Sagunto
Fabrican hoy tabernas y mesones.
Ya me parece, pues, que al mismo punto,
Que me retiro á vida libre y sola,
Imitaciones y advertencias junto.
Y que mi musa fiel como española,
A venerar nuestras banderas viene,
Donde la religion las enarbola.
Que en los silbosos montes de Pirene,
En ningun tiempo infieles ni profanos,
Las espadas católicas previene:
Para que las reciban de sus manos
Los héroes, que escogió por lidiadores
Contra los esquadrones africanos:
Quando por dar señal de sus favores,
Sobre uno de los árboles fue vista
Cándida cruz vibrando resplandores.
Con lo qual dió principio á la conquista
El Rey en los fervores de la guerra,
Por su velocidad llamado Arista:
Porque al ímpetu horrible con que cierra,
Como de flor de sacudidas ramas,
Se cubre de arcos púnicos la tierra.

Acero en limpias órdenes de escamas
Texe á nuestros campeones las lorigas,
Que ilustradas del sol, arrojan llamas.
Y en ambas huestes fieles y enemigas
Héctores, Turnos, Nisos, Telamones
Exercitan las bélicas fatigas:
Ni con esfuerzo de ínclitos varones,
Faltarán otras vírgenes guerreras,
Como en frigios y en tuscos esquadrones.
Aquí verás Pentesileas fieras,
Camilas fuertes, que, dexada el arte
De Aragne, siguen trompas y banderas.
Ni caerá ocioso el arco en esta parte,
De cuyos tiros nacen los deseos,
Con que amor solicita al mismo Marte.
Los ramos de los robres pirineos
Desgajará el honor de las hazañas:
Y en tanto que los viste de trofeos,
Sonará el abolorio en sus montañas,
Progenitor de tantos graves nietos,
Que hoy veneramos en las tres Españas.
No guardaré el rigor de los preceptos
En muchas partes sin buscar excusa
Ni perdon por justísimos respetos.
Y si algun Aristarco nos acusa,
Sepa que los preceptos no guardados
Cantarán alabanzas á mi musa:
Que, si sube mas que ellos ciertos grados
Por obra de una fuga generosa,
Contentos quedarán, y no agraviados.

Así habrás visto alguna ninfa hermosa
Que desprecia el ornato, ó lo modera
Quizá con negligencia artificiosa:
Que es mucho de hermosura verdadera,
A veces consultar con el espejo,
Mas por la adulacion que de él espera,
Que por necesidad de su consejo.

EPISTOLA.

Don Juan, ya se me ha puesto en el cervelo,
Que aprendas la civil jurisprudencia
Contra la inclinacion que te dió el cielo.
Si la resistes, y á tu resistencia
Los astros ceden, no te dificulto
El laberinto de esa grave ciencia.
Pero á pesar del predominio oculto,
Yo saldré buen cetrero al mismo plazo
Que tú salieres buen jurisconsulto:
Y por las calles requiriendo el lazo
Del capirote y el de las pihuelas,
Sufriré que el halcon me manque un brazo.
Si te llaman las musas, no te muelas
En posponer tan elevados gustos
A escarmientos, arbitrios y cautelas,
Que Césares políticos y augustos
En leyes convirtiéron, exercicio
Que hoy postra los sugetos mas robustos.
En tí sabrás quan raro beneficio
Para nuestra república seria
El topar cada ingenio con su oficio.

Que si el guerrero al ocio se desvia,
Si el filósofo empuña una bandera,
Y el causídico estudia geometría:
Si ninguno en su centro persevera,
O para investigarle pierde el tino,
De este comun desórden ¿qué se espera?
A tí se te atraviesa en el camino
Bártulo agora, que al estudio humano
Quiere que humilles el furor divino.
¿Qué te va á tí en que ostente Papiniano
Agudísimo ingenio, quando mira
Un testamento inteligible y llano?
¿Y mas si astuta entónces la mentira
A inxerir en el fácil junco liso
Ñudos, de que resulte un pleyto, aspira?
El verá si el difunto poner quiso
Substitucion vulgar á su heredero,
O cargarle inmortal fideicomiso.
Y tú por donde Píndaro y Homero
A Virgilio y á Horacio abriéron senda,
Pasa á lograr tu genio verdadero.
Noble has nacido, y manantial tu hacienda
Te fertiliza, sin que la fortuna
O tu olvido la agote ó la suspenda.
Huye esa profesion que te importuna,
Y sigue el nobilísimo misterio,
Que en sí mismo formó de todas una.
Mas quiérote advertir (no con imperio,
Sino á tus pies, para que no imagines
Que me arrogo el honor del magisterio:)

Que pues entras agora en los confines
Del Parnaso, implorar que te corone,
Al ingenio las fuerzas exâmines:
Y tenle en opinion, si se dispone,
Tras el exámen, á escoger sugeto,
Que con su habilidad se proporcione:
Que habiéndola medido, ¿quál conceto
Te saldrá por aborto de las sienes,
Sino en todos sus términos perfeto?
Si tus primicias dedicadas tienes
Al rigor de amorosa tiranía,
Picado entre favores y desdenes:
Al discernir palabras, bien seria
No entretexer las lóbregas y agenas
Con las que España favorece y cria;
Porque, si con astucia las ordenas
En frasi viva, sonarán trabadas,
Mejor que las de Roma y las de Atenas.
Con tal juntura no te persuadas,
Que por humildes te saldrán vulgares,
Ni por muy escogidas afectadas:
Antes, si en rima larga las juntares,
Surgirá tan lacónica y tan sabia,
Que la envidien el Tormes y el Henares:
O en el verso menor, que entre la rabia
De sus flechas nos truxo por delicias
De las escuelas púnicas Arabia.
Mas si tu ninfa celebrar codicias,
Sabe que aunque poético el ornato
Le acumule riquezas translaticias;

Las translaciones duras, como ingrato
Lustre, las huye en desatando el hilo
A sus lisonjas la benigna Erato.
¿Será bien que sin forma y sin estilo
Luzcan en la hermosura los despojos
Espléndidos del Ganges y del Nilo?
¿Zafiros ó esmeraldas son los ojos?
¿Y diamante la tez? ¿perlas los dientes?
¿Y encendidos rubies los labios roxos?
¿Las manos (que á marfiles excelentes
Imita su candor) serán cristales,
Si no se han de preciar de transparentes?
Quando de estas metáforas te vales,
No las retires de su oficio tanto,
Que aun al afecto salgan desleales.
Mas si eres lapidario, no me espanto
De que las gracias huyan esa parte,
Que es pedreria, y no amoroso canto.
Ni sutilices mucho con el arte
Las congojas que amor finezas llama,
Si esperas en su gusto acreditarte.
No las describe el que de veras ama
Con pluma metafísica; ni duda
Que qualquier libre adorno las infama.
Gima el enfermo, y con noticia ruda
Del pulso acuse la inquietud del seno,
Donde clama sin voz la fiebre aguda.
Explicarálas con primor Galeno,
Que exâmina en su orígen la dolencia,
Y nunca la enmudece el daño ageno.

¡O quanto el puro amor se diferencia
Del astuto y vulgar, quando sencillo
Se opone á la ambicion de la eloqüencia!
Este es el alto fin, por que le humillo
A que no afile en rimas eloqüentes
Contra sus esperanzas el cuchillo.
Quando decir tu pena á Silvia intentes,
¿Cómo creerá que sientes lo que dices,
Oyendo quan bien dices lo que sientes?
Mas sirven al ingenio esos matices
Que al dolor, pues con culpa de inmodesto
Tolera esos follages de infelices.
Y, aunque asevero mi opinion, protesto
Que ni á la docta escuela Petrarquista,
Ni á su autor venerable arguyo en esto.
La verdad se lamenta de otra lista
De antiguos y modernos que la exôrna,
En este gran precepto mal prevista:
Que en sus purezas de un jardin trastorna
Lleno el canasto, y con las mismas flores
La encubre, quando piensa que la adorna.
Y envuelto en los poéticos honores
(Si la superflua erudicion no cesa)
Perece lo esencial de los amores.
Pues ¿qué diré del verso, donde expresa
Dulce pasion ó belicosa hazaña
En cantares dramáticos profesa?
Mejor que otras provincias nuestra España
Tiernos afectos y orgullosos trances
En números mas breves acompaña.

Pero no á sus letrillas ni romances,
Donde Marte y Amor fundan blasones,
Aunque lo mande Silvia, te abalances.
No el bizarro neblí tras los gorriones
(Vulgo volátil) cala ni desciende,
Terror de fugitivos esquadrones:
Que allá vecino al sol sus alas tiende,
Y á vista de las mas soberbias aves,
Feliz pirata, altivas garzas prende.
Huélgome, pues, de que la Eneyda alabes,
La Tebayda y la Iliada primero,
Unico exemplo á los heroycos graves.
Llame fuente de ingenios Grecia á Homero;
Pero ocúrrale el tuyo, y no le temas:
Que, si vuelve por sí, como lo espero,
Presto dará el mayor de los poemas,
De hazañas lleno, y de invencion tan brava,
Que no estime el frisar con las supremas.
Sigue la imitacion que tanto alaba
La escuela por precepto mas seguro,
Que al mismo Alcides quitarás la clava.
Tragedia escribirás cano y maduro:
Que agora, aunque Sofócles te convide,
Has de apelarte al término futuro:
Pues ya ni por Eurípides le pide,
Ni por Séneca, alguno el Real calzado,
Con que á la pompa trágica preside.
Si hoy la escribes, de sabios admirado
Al sordo viento volarás, pospuesta
La aclamacion del popular senado.

Para ellos, pues, el alto estilo apresta,
En cuyo judicioso honor sosiegues,
Sin respetar la multitud molesta.
Pero quando á escribir sátiras llegues,
A ningun irritado cartapacio,
Sino al del cauto Juvenal te entregues:
Porque nadie á los gustos de palacio
Tomó el pulso jamas con tanto acierto;
(Con permision de nuestro insigne Horacio.)
Esto en razon de sátiras te advierto;
Aunque de las mas agrias ó mas finas
Hablas como enemigo descubierto.
Tras esto á musas cómicas te inclinas,
Si bien las sequedades aborreces
De las fábulas griegas y latinas.
Y no lo extraño; pero muchas veces
En lo que yace desabrido y seco,
Hallan que ponderar discretos jueces.
Si el coturno trocares por el zueco,
Tu invencion fértil goza, que lucido,
Sin duda, te saldrá, y alegre el trueco.
Haz, pues, que así como al contexto unido
Mandas que con el método se abrace,
Que excluye la ignorancia y al olvido;
Enrede lo historial desde que nace,
Hasta que la catástrofe risueña
Con sutil discrecion lo desenlace.
Y pues que á la instruccion moral se empeña,
No trayga para exemplos de la vida
Los que algun delirante enfermo sueña:

Que ni la plebe es bien que se despida,
Despues que te prestó grato silencio,
Si no desesperada, desabrida.
Yo aquellas seis ficciones reverencio,
(¿Cómo que reverencio? que idolatro,)
Que en sus cinco actos desplegó Terencio.
Cierra la tuya al uso en tres ó en quatro:
Que si ella ya con risas, ya con lloros
Los afectos nos purga en el teatro;
Si en lenguages mas claros que sonoros
Discurre bien con prosa en metro inserta;
Si guarda á las figuras sus decoros;
¿Hallará alguna impropiedad la puerta,
Para descomponer lo que compones,
O por abuso ó por descuido abierta?
Animo, pues; y para que en los dones
De tan raro inventor su gloria heredes,
Fúndate en verisímiles acciones.
No en la selva al delfin busquen las redes,
Ni al jabalí en el piélago los canes;
Pues que en sus patrias oprimirlos puedes.
Segun lo qual, no quieran los galanes,
Aunque traten, ó incautos ó sutiles
Con rameras, con siervos ó truhanes;
Envilecerse entre plebeyos viles,
Sin discuento; ni Príncipes ni Reyes
Aplebeyar los ánimos gentiles.
Tú sin gran causa no los aplebeyes
Tanto, que á sus acciones y á sus famas
Prefiera un siervo infiel que les dé leyes.

Y no aleguen á Séneca las damas,
Ni á Marcial, si tal vez por travesura
No fisgan de sentencias y epigramas.
¿Y esto de introducir una figura,
Que á solas hable con tardanza inmensa,
No es falta de invencion y aun de cordura?
Dirán que así nos dice lo que piensa,
Y lo que determina allá en su mente.
(A mi entender) ridícula defensa.
¿No es fácil de inventar un confidente,
A quien descubra el otro del abismo
Del alma lo que duda ó lo que siente?
Soliloquio es hablar consigo mismo;
Pero, aunque no conversen dos, burlona
Quiso Grecia llamarle dialogismo.
¿Quién no se burlará de una persona,
Que, sin oyente, sobre algun suceso
En forma de diálogo razona?
El de Fedria por Tais fue un rapto expreso;
Mas los de Plauto en su comedia vieja
¿Quién los escucha que no pierda el seso?
Si airado un padre forma llanto ó queja;
No para provocar el pueblo á risa,
Le interrumpa el plebeyo que graceja:
Que si nuestra piedad por tan precisa
Obligacion socorre al afligido,
Como naturaleza nos lo avisa;
¿Quién hay tan falto del comun sentido,
Que por gusto de un chiste y de un apodo,
Ver quiera un noble afecto escarnecido?

» Haz al fin que el lugar, el tiempo, el modo
» Guarden su propiedad; porque una parte
» Que tuerza de esta ley, destruye al todo."
Este precepto asaz desobligarte
De otros muchos podrá, con que prudente
(Y aun pesada tal vez) nos cansa el arte.
Pero ningun poema tuyo intente,
Luego como se copie ó se concluya,
A la pública luz salir reciente.
¿No le diste tú el ser? ¿no es obra tuya?
Pues espere á que en tí aquel amor tierno
De la propia invencion se disminuya.
Severa ley; mas hízola el gobierno
Sagaz, para entibiar al apetito
Del anciano Parnaso y del moderno:
Es la lima el mas noble requisito:
Y así, no peligrando la sustancia
Del verso deliciosamente escrito;
Refórmele su pródiga elegancia,
Como el gran Venusino lo dispuso,
(Por mas que á sus sequaces la ignorancia,
Quando ciñes lo ocioso y lo difuso,
Para dexarlo adelgazado y breve,
Diga que formas de una lanza un huso:)
Que aun limado con arte, es bien que pruebe
A pasar por las dudas y opiniones,
Que el cuidado segundo al honor mueve.
Bórralo con crueldad, no te perdones;
Pues con gozo has de ver quanto mas vale
Lo que durmió en los próvidos borrones.

Saldrá de ellos tan puro que se iguale
Con el rayo solar que el ayre dora,
Quando mas limpio de las nubes sale.
Y porque un sabio todo lo mejora,
A lo que otro Aristarco aconsejase
Te quisiera yo ver atento agora:
Y que, dexada la suprema clase
Que ocupas, te fingieras ménos diestro,
Para que con imperio te exhortase.
Que á su escuela de niños ya un maestro
Dixo: si deteneis en la memoria,
Que aquí llorais en beneficio vuestro;
Al rigor con que os trato dad la gloria:
Pues no aguarda que el látigo castigue
Lo que pudo enmendar la palmatoria.
Bien ves que si al principio se consigue,
Que no engendre opinion la fantasía,
Que á deponerla á tu pesar le obligue;
Es por la viva voz, cuya energía
Mas que el precepto al propio amor convence,
O al desengaño le dispone y guia.
Y para que despues no te avergüence
Su afecto, es menester domarle quando
A descubrir su adulacion comience.
Sócrates con Teeteto conversando,
(Ya fuese por halago ó por castigo,)
En su ironía misterioso y blando;
Yo (cuentan que le dixo), dulce amigo,
Nací de una comadre, cuya suerte
Y á cuyo exemplo el mismo oficio sigo.

¿Eso (le replicó) pudo exponerte
Al exercicio de un vulgar cuidado,
Que tus contemplaciones desconcierte?
¿No eres tú aquel filósofo elevado,
Gloria de Atenas? El con rostro entero,
Y contra su alabanza pertrechado,
Dixo: ella fue partera, y yo partero;
Y como ella en los partos materiales,
Yo en los del alma con piedad severo.
Y pues para que á luz salgan vitales,
En la capacidad de mi juïcio
El arte y el amor corren iguales:
Si con las dos potencias beneficio
La preñez del espíritu estudiosa,
Con fruto me entregué al materno oficio.
Ella y yo, al fin, por ansia fervorosa
Y casi natural de estas pasiones,
Nos lamentamos de una misma cosa.
Ella en las vigilantes ocasiones,
Y quando por sacar nota indecente
Algun recien nacido en las facciones;
Con industriosos dedos blandamente
Su forma á la nariz restituia,
A la barba, á los labios ó á la frente.
Si la parida acaso lo entendia,
No es fácil de creer quan como fiera
A la piadosa mano se oponia;
Sin permitir jamas (ni á tal partera)
Que acrecentase gracia ó suplemento
A lo que ella parió, aunque monstruo fuera.

Así en los partos del entendimiento,
Si él no lo estorba, hasta en la infancia ayudo,
Y las industrias que mi madre intento.
Pero ¿quál vez, si lo afectado ó rudo
Probó á enmendar mi mano, la paciencia
Del indiscreto amor sufrirlo pudo?
De aquí, por no irritar su complacencia,
Escarmentando en su aversion despido,
O templo mi oficiosa diligencia.
Esto dexó con gloria referido
De Sócrates, Platon. Tú adonde añade
Cómo quedó aquel griego persuadido;
Nota, que aunque la regla nos agrade,
Siempre queda en los ánimos mas firme
Lo que la viva voz nos persuade.
Yo no por incapaz llego á exîmirme
De estos juïcios, sino por experto
En el daño á que pueden reducirme.
Es libre el propio amor, y estoy tan cierto
De que la correccion tiene por dura,
Que no sin mi provecho la divierto.
Que aquella su humildad, si bien se apura,
Quando los propios versos comunica,
Mas pretende alabanza que censura.
Mas presuma de sí la vena rica,
Y la humana piedad no se entremeta,
(Si no quiere cobrar nombre de inica;)
En no le permitir muerte indiscreta:
Sea el echarse un lazo á la garganta,
Por esta causa, lícito al Poeta.

Miéntras que con la ciencia se levanta
Apolinea, tu espíritu fecundo,
Por dotrina y modestia á gloria tanta;
Que sus leyes mejore, y docto el mundo
Te ofrezca el primer lauro, pues no cabe
Ya el gran principio en el honor segundo.
Y en la academia fiel que probar sabe,
Como el águila el parto á la luz mas viva,
Sócrates fervoroso las alabe,
Y admirado Aristarco las reciba.

De D. Fernando de Avila y Sotomayor.

Quando á las cosas públicas atiendes,
Y el peso que en tus hombros se repara,
Tal vez con plectro heroyco lo suspendes:
Si el tiempo á estas acciones les robara,
Con prolixo sermon, maestro mio,
Contra la utilidad comun pecara.
Brevemente usará mi afecto pio
De aquella libertad, que los romanos
Daban al siervo en el Diciembre frio.
Y en este, que á los montes sevillanos
De su follage los desarma, quiero
Ociosa ocupacion dar á tus manos.
Quisiera mas que me debiese Ibero,
Que á tu trompa los griegos y latinos
Reconociesen el metal severo.
Y que segunda vez Capitolinos
Agones viesen, que te cede Estacio
El lauro en sus discursos peregrinos.

Y la censura crítica de Horacio
En su pureza confesase ociosa,
Y las leyes del luengo cartapacio:
Si, ó mi pluma, que apénas temerosa
Se levanta del polvo de la tierra,
Quanto quiere pudiera generosa;
O aquella alteza que tu Euterpe encierra,
Admitiera las cortas alabanzas
Que su imperiosa magestad destierra.
Tú solo, pues, que su grandeza alcanzas,
Puedes, enriqueciendo las edades,
Cancelarles sus justas esperanzas:
Que vinculada en las posteridades
Su doctrina eternicen y tu nombre
Quanto abrazan Bengala y nuestro Gades.
Sube esa luz al monte; pues el hombre
No solo nace para sí, que nace
Tambien para el repúblico renombre.
El silencio en olvido satisface;
Y miéntras sepultados en su esfera,
Al vicio y la virtud iguales hace.
¿Qué fuera de Maron? Dime, ¿qué fuera
En este siglo la troyana historia,
Si el fuego descortés la consumiera?
¿Ni qué durara la romúlea gloria,
Si el silencio á sus méritos obstara,
Secrestando envidioso su memoria?
Pues ni el soberbio mármol que prepara
Roma, y con notas públicas sincela,
A las rudas Piérides compara.

Ya escucho que tu mente se desvela
En ver por donde puedas evadirte,
Eludiendo esta accion con tu cautela.
Dirás ¿qué cómo puedes exîmirte
Del diente de la envidia venenoso,
Quando mas intentáremos subirte?
Que el que viviendo agrava estudioso
Al suyo los ingenios inferiores,
Abrasa con su luz al envidioso.
Y porque estos indómitos errores
Doma el supremo fin, hipotecados
Dexarás á esta accion tus sucesores.
¿Qué tú temes? ¡O tiempos depravados!
Pero si alcanzo tu excepcion, que es fuerte,
Y que pide consejos acordados;
Mi réplica no es débil, si se advierte:
¿Quánto en los ignorantes que te arguyen,
Es mejor que aplaudirte reprenderte?
De aquellos que en escuelas distribuyen
Quanto en doctas vigilias adquiriéron,
O en cultas academias restituyen;
Los sabios justamente se temiéron:
Y estos todos su lima judiciosa
A tu voz reverentes abstuviéron.
Dale, pues, á tu edad por tí gloriosa,
Que de la eternidad favorecido
Tu nombre esculpa en lámina famosa.
Y miéntras altamente divertido
Tus mayores estudios desempeñas,
Permite estos menores al sentido.

En tiempo que por mármoles y peñas
Oculta ó fugitiva la elegancia,
Si se atreve á hablarnos es por señas:
Que ya por avaricia ó ignorancia
No hay ingenio, no hay arte que no afrente,
Si no se mezcla en pública ganancia:
Pues no hay árbol, no hay rama que obediente
Al rígido precepto, entre las hojas
No lleve cierta su pension pendiente.
Y tú, Castalia selva, te despojas,
Mendiga la deidad, y de tu seno
Las musas por inútiles arrojas.
Y conduce un gitano el bosque ameno,
Y extiende por sus templos sus alhajas,
Por cofres un cofin, por cama el heno;
Y en tiempo que hace á los oyentes rajas
Codro, que, como tú lo solemnizas,
Les fuerza á que confiesen sus ventajas;
Del nombre que en tus versos eternizas,
No oprimas en ti mismo tu alabanza.
Tarde llega la fama á las cenizas:
Tarde se cumple en ellas la esperanza.

EPISTOLA

RESPONDIENDO A LA ANTECEDENTE.

¿El título me das de tu maestro,
Fernando? ¿Quién dirá que adula tanto
La esperanza mayor del siglo nuestro?

¿Soy el que á Troya debeló en el canto?
¿O el que con voz no ménos poderosa
Al Tibre trasladó el honor del Xanto?
¿Qué le guardas á Píndaro, á quien osa
Nadie emular? ¿ó al sabio por quien Clio
La cítara de Tebas dió á Venosa?
¿Tú para hablarme, tú, cuyo albedrío
Sin ley podrá obligarme á leyes tales,
Que no admitan excusa ni desvío;
De aquella libre permision te vales,
Que en Roma dió á sus Siros y á sus Getas
El rito de las fiestas saturnales?
Si no te ignoras, ¿qué ocasion respetas?
¿No sabes que usarás de tu derecho,
Siempre que mi obediencia te prometas?
Señor, no mas; y agora satisfecho
Oyeme una verdad, que aunque sencilla,
Hierve en sí misma por salir del pecho.
Mas pues no ha de inducir la maravilla
Que tus versos, ni orar con el corage,
Que en tu prosa á Demóstenes humilla;
Sufre que yo de los coturnos baxe,
Y pueda mi respuesta sin cuidado
Trágico hablarte en familiar lenguage.
Siempre mi ingenio fue á sus ocios dado;
Y hoy, si el impulso propio no le mueve,
Ni á volar ni á salir le persuado.
Bien podrá ser que su eleccion lo eleve;
¿Qué su ambicion? jamas, aunque venera
Grandes aplausos, que á la fama debe.

Y toda la vitoria le debiera,
Si así como esparcir sus versos pudo,
Darles arte y espíritu pudiera.
Si á los archivos con la pluma acudo,
Donde la historia yace, como el oro
Allá en sus venas inocentes rudo:
Quando él me la investiga, la atesoro
En las elocuciones de la prosa,
Léjos de todo número sonoro.
Pero no (bien que crece numerosa)
Con otra dimension, ni el plectro amigo,
Que en sorda tregua á su favor reposa,
Agraváron las artes, ni conmigo
La utilidad comun se desempeña
En los luengos anales que prosigo.
Y sé que la ignorancia me desdeña,
Como la contumaz sofistería,
Resuelta en sí de que acusando enseña.
La de Aristarco me asaltó algun dia;
Y aunque el temer la envidia es arrogancia,
No le quise negar que la temia.
Mas dándome á tragar su repugnancia,
(De Mitrídates próvida cautela)
Convertí los venenos en sustancia.
Ella es al fin la risa de mi escuela
Interior, aunque al vulgo satisface,
Quando en la voz de sus poetastros vuela.
Sin embargo, esa parte que allá yace
De mi poesía, y por tu afecto puro
De su cortés benignidad renace;

No espere por presagio muy seguro,
Que el agrado que halló recien escrita,
Crecerá como infancia del futuro.
Agradezca que el tiempo le permita
Lo que en las tejas al inútil heno,
Que en naciendo lo seca ó lo marchita:
Que de su yerba nunca el puño lleno
Ostenta el segador, ni el que recoge
Las haces de la mies la arrima al seno.
Si me piden que á crítico me arroje
Para darle sazon, será pedirme,
Que en fecundar lo estéril me congoje.
Quando sostuve en otra edad mas firme
Ciencias prolixas, de su estudio ingrato
Pudiéron esos versos divertirme:
Mas para ornarlos no pasé ni un rato
Dándoles energía, ó reprimiendo
El follage ambicioso del ornato.
No moderé á la sátira el estruendo,
Ni añadí consonancias á la lira,
Quitando, y con primor substituyendo;
A exemplo del pintor que se retira
Del quadro que formó, y no bien enxuto
Con amoroso desamor lo mira:
Cuyo pincel por reprehendido astuto
Socorre á la gran arte, que recibe
Del segundo cuidado mejor fruto.
Entrambos beneficios me prohibe
Alta noticia, que en mi pecho oculta,
Para apreciarme los designios, vive:

Y desde que mi amor se los consulta,
Y con ser tierno y propio, pende atento
A los que le permite ó dificulta;
No se puede creer con el aliento,
Que contra sí revuelve, y quan rendido
Se espeja en su interior conocimiento.
En virtud, pues, de esta verdad te pido
Que esas mis juveniles diversiones
Condenes al silencio y al olvido.
Por tí, que para honrarme las propones
A la fama, no niego que confuso
He vacilado entre ambas opiniones;
Pero ya con acuerdo lo rehuso:
Cede esta vez, que no por mi mudanza
Desamo la aficion que las propuso.
El que en su centro á conocerse alcanza,
Aun de los sabios alabado, entiende
Lo que infunde en su mente una alabanza:
Y si, para no errar, no se defiende,
Siervo de aquella adulacion propicia
Con sus exhortaciones condesciende.
¿Remitiréme en esto á mi noticia,
O al público favor? ¿La atenta dama,
Si su hermosura exâminar codicia,
Aunque la envidia y las lisonjas ama
De la opinion comun, para el exámen
Ocurrirá al espejo o á la fama?
Digo, pues, de su luz las musas llamen
Mi estilo; pero yo no me subscriba
Contra la persuasion de mi dictámen.

¡Ay, que el fervor de la justicia activa
Versos, que ser debieran inmortales,
O les turba el progreso ó les derriba!
Piloto á los manejos sustanciales
Del gobierno en Partenope infinitos,
(¡De aquel genio feliz quan desiguales!)
Abrasó sus poéticos escritos
Nuestro Lupercio, y defraudó el deseo
Universal de ingenios exquisitos.
Haz cuenta que rompió su lira Orfeo,
Su heroyca trompa el grave Mantuano,
Y Séneca el coturno sofocleo.
¿Por qué, ó mas que la vida dulce hermano,
Autorizaste exemplos tan crueles
A las vigilias del estudio humano?
¿O por qué no dan vida á tus papeles
Las llamas, que á la ley mortal del ave
Unica, apénas vista, son tan fieles?
Tú, pues, Fernando, para el mas suave
Canto de las Piérides apresta
Esa restauracion zelosa y grave:
Que al horror de tragedia tan funesta,
No podrán, no, aceptar los versos mios,
Que los sepulte una extincion modesta.
Vanos honores son, que no tardíos,
Esos que noble la ceniza guarda,
Quizá entre jaspes ó alabastros pios.
¿Pero quál bien, si no lo esperan, tarda?
¿O quál ciega ambicion por secas flores
Contra el comun estrago se resguarda?

¿Vivirán mas que el orbe los honores,
Aunque los juzguen la eleccion moderna
Y la antigua á la envidia superiores?
No plugo al que sus fábricas gobierna,
(Bien que artizadas por eterna traza)
Establecerles consistencia eterna.
Este gran todo siente, aun quando enlaza
Con las posteridades las memorias,
Que un último suspiro le amenaza.
En tanto, pues, que sigue sus victorias
El tiempo, y por alivio nos consiente
Estos esfuerzos que llamamos glorias:
Quando á tu devocion me las presente,
(O tú con él por generoso oficio)
Ninguna me será tan excelente,
Como hallarme aprobado en tu juïcio.

CANCION.

En tanto que nos hace tu esperanza,
(Emula de la gloria de tu padre)
O Tercero Filipo, tan ufanos;
Y en tu edad floreciente la gran madre
Acrecienta temor con tu tardanza;
Y para la quietud de los cristianos
Reposa el mundo en las paternas manos:
Ya Tetis te procure para yerno,
Dios del inmenso mar, y en sacras bodas
Te dé sus ondas todas;
O nueva estrella ya en lugar eterno

A los dos tardos meses añadida,
Entre Erígone estés, y las siguientes
Brancas del escorpion, que él, como mira
Desde allá tu valor, en sí retira
Abrasando los brazos relucientes,
Y descubre la parte á tí debida:
Miéntras está esperando el universo
En quál parte querrás ser colocado;
Acostúmbrate ya á ser invocado:
Concede el curso fácil á mi verso;
Pues canto la ciudad, á quien ha dado
(Para que fuesen para tí seguros)
Augusto César con su nombre muros.
Ya vió aquella felice edad del oro
Próspera la república troyana,
No importunando al cielo con querellas:
Y la bárbara Menfis se vió ufana
Con sus altas pirámides (tesoro
Inútil, y enemigo á las estrellas,
Y en número mayor que todas ellas.)
A Grecia la ilustráron sus victorias;
Mas hoy consideramos las ruïnas,
Fábricas peregrinas
Un tiempo, y ya tristísimas memorias,
Adonde no se avergonzó la gente
De postrarse, y temer en la presencia
De dioses que compuso el artificio,
Y ofrecer uno y otro sacrificio,
Votos, adoracion y reverencia.
Saldivia, en tí fue el culto diferente,

Porque siempre vió el sol en mas de un templo
Religion verdadera y zelo santo:
Y así suben tus torres, sin que espanto
Les den Menfis ni Troya con su exemplo:
Pues tú, Vírgen, le das auxîlio tanto,
Que á la envidia, á la muerte y á la furia
Del tiempo ha de dexar eterna injuria.
Aquí, Vírgen ilustre y valerosa,
Tienes tu carro, aquí tus armas tienes,
Y tus altares son nuestras almenas,
Donde llamada á nuestros votos, vienes
A mirar como el alma paz reposa
Entre tus aras de cristianos llenas,
Desde que vió felice las arenas,
Por ser pisadas de tus vivas plantas,
El gran rio, que corre poco espacio
De tu primer palacio.
¡O edificio divino! ¡ó piedras santas!
No llamadas por cítara de Orfeo,
Que un artificio humilde las compuso.
Y aunque es verdad que sola una coluna
De mármol frisa con la misma luna,
No fue el lenguage al fabricar confuso;
Que fue arquitecto el santo Zebedeo,
Los siete, y mas de un Angel su ministro,
Cuyos cantos resuenan por el llano,
Do con el nombre de Ebro corre ufano,
(Bien mas que con sus cisnes el Caistro)
Escuchando el del coro soberano,
El pequeño arroyuelo, antiguamente

No sufridor de márgenes ni puente.
¿Pero quién reducir podrá, ¡ó Saldivia!
A número las almas conquistadas
A Dios por el martirio de Daciano?
Contar podrá las ondas alteradas,
Y las arenas de la ardiente Libia,
Y aplacar el furor del mar insano,
Primero que el del bárbaro tirano:
Que con mentido nombre de destierro
Las inocentes víctimas condena,
A que en gloriosa pena
Rindan los cuellos al contrario hierro.
Mas esperad, ¡ó Mártires! que os haga
El santo agricultor en vuestra muerte
La misma compañía que en la vida:
El ya con su cabeza dividida,
El árbol destroncado está mas fuerte.
Al cuello afea la funesta llaga,
Porque en sus manos habla la cabeza:
Mas la de Engracia con el clavo abierta,
Para el alma gloriosa abrió la puerta;
Y como flor pisada su belleza,
Fue de mortal amarillez cubierta,
Con cuyos huesos y memoria suya
Ilustras, Vírgen, esta ciudad tuya.
Quando los africanos esquadrones
Tu ciudad, por su sueño entran seguros,
Entre los de los Angeles traida,
Y levantada sobre nuestros muros,
Al furor del exército te opones,

Del sol luciente y de piedad vestida.
El yelmo, que tu frente trae ceñida,
¡O Palas celestial! de estrellas hecho,
Luce y abrasa mas que el mismo oriente.
Tú acaudillas tu gente,
Y ella pelea con el mismo pecho,
Que mostró al derribar á los primeros
Soberbios, que á Miguel diéron el nombre.
Victoria fue mayor esta, María,
Que la que el sol miró alargando el dia,
Que Dios obedeció á la voz de un hombre.
Mas eran inmortales los guerreros;
Y así olvidan los bárbaros despojos
Del exército muerto mal sembrados.
Ebro corrió sangriento, y en los prados
Halla hoy el labrador los dardos roxos,
Y carcaxes, estorbo á los arados:
Humilde los ofrece, y á tí adora,
Donde ántes era muro, y templo agora.
Ultimamente, aquí se desagravia
No poca parte del imperio griego;
Pues mas cobra hoy su Rey, que robó Troya:
Suenan las trompas, arde el sacro fuego,
Humean los olores de la Arabia,
No queda por salir riqueza ó joya.
La boda se celebra sin que se oya
Estruendo ni rumor de armas contrarias,
Como en el casamiento de Perseo:
Que hoy desciende Himeneo,
Tratando el ayre con las plumas varias,

La santa paz de oliva coronada.
¡O el mas alegre dia y mas felice,
Que pudo dar el tiempo fugitivo!
¿Qué verso habrá, qué espíritu tan vivo,
Que con debido honor lo solemnice?
Tú, Vírgen, en tu solio levantada
Lo manda celebrar debidamente;
Que tu ciudad dichosa á tí atribuye
Este, y qualquier suceso que concluye.
Mas ya la noche sigue hasta poniente
A Febo, cuya luz se disminuye,
Y, á pesar de la sombra, es el pasado
Dia con luz mayor continuado.
Ya con augusta gravedad se ofrece
Filipo y Cárlos con respeto de hijo;
Los dos pueblos confusamente insertos
En comun amistad y regocijo.
La esposa en los estrados resplandece,
Todos de rica púrpura cubiertos.
Mueve el plectro Himeneo, y la garganta
Sonora los nupciales himnos canta.
Danza Isabela, y tú, Filipo, sales
Siguiéndola con pasos desiguales.
¡O regocijo y gloria de tu padre!
Y tú, Vírgen y Madre,
Con faz serena este tu pueblo mira,
Y la casa Real ten á tu cargo.
Aplaca de tu Hijo la gran ira,
Y acabe bien nuestro destierro largo.

CANCION.

No quiero ya cantar como solia,
Quando el cielo ofrecia la materia
Alegre á Celtiberia para el canto;
Pero pues en lugar de la alegría
Comun lástima envia á toda Hesperia,
Y la humana miseria puede tanto;
Llorémosla, y el llanto, alumnos pios,
Acreciente estos rios: suspendamos
En estos ramos tristes y sombríos
Los instrumentos mios,
Con que un tiempo victorias celebramos
Del que agora lloramos. ¡O inmutable
Ley y fuerza del hado! ¡Que lo fuerte
Es debido á la muerte,
Como lo mas caduco y miserable!
Cortó la inexôrable y dura parca
La vida del Monarca, en cuya mano
Descargó el Mauritano Atlante el mundo:
De Alcides indomable funesta arca
En breve seno abarca el peso humano,
De quien tembló el tirano en su profundo
Reyno; Alcides segundo, que domando
Monstruos, y exercitando la saeta,
En el alto Oeta tuvo el premio, quando
Lo mortal abrasando,
Voló purgado á la region quiëta:
Y no ménos sujeta vió la tierra,

Antes compuesta por sus justas leyes,
Que de bárbaros Reyes
La tiranía domada en justa guerra.
Al mármol, pues, que encierra este tesoro,
En que de piedras y oro sus mayores
Sacros progenitores resplandecen,
De la Heliconia sierra el docto coro
Mezcle con nuestro lloro sus loores,
Y ofrezcan de las flores que allá crecen.
Ya veo que le ofrecen los mortales
Honores celestiales: el piloto
De orbe remoto llega, y los umbrales
Besa de las Reales
Fábricas, y en su altar suspende el voto,
Que prometió devoto en la tormenta,
Ya los pedazos de la frágil popa,
Ya la mojada ropa,
O el quadro, que el naufragio representa:
Que en la furia violenta y prodigiosa
Habrá su luz piadosa descubierto,
Y sacádole al puerto deseado.
Sus banderas presenta victoriosa
La juventud gloriosa, á quien del cierto
Peligro en el desierto campo, armado
De luz, ha libertado, discurriendo
Misterioso estupendo combatiente:
Qual por su gente y templo con estruendo
Vino en caballo horrendo
El Macabeo; ó como ya el valiente
Vencedor del ardiente dragon viéron

Nuestras huestes vencer sus enemigos:
Que en los trofeos antiguos
Quatro cabezas bárbaras pusiéron.
Tales sus obras fuéron, tal su vida,
Que á esperar nos convida tal ventura,
Y proteccion segura su santa alma,
Agora que tuviéron la cumplida
Perfeccion, ya vestida de luz pura,
Con triunfal vestidura y sacra palma.
Defiende, pues, esta alma madre, ¡ó justo
Filipo! pues tu gusto fue abrazalla
No con muralla sola como Augusto.
Ese brazo robusto,
Que del odio civil quiso libralla,
Dígnese de amparalla, pues quisiste
De su familia (hoy huérfana) ser padre,
Y adoptar á su madre
Ya en oscura viudez llorosa y triste.
Tu hechura soy: asiste, y da á tu planta,
Que fértil se levanta, tu influencia,
Para que á tu asistencia deba el fruto:
Si en las letras consiste la paz santa,
Que fundaste con tanta diligencia,
Y te dió qualquier ciencia su tributo,
Ninguna el rostro enxuto muestre al cielo,
Y el laurel por el suelo descompuesto,
Ciprés funesto es su corona y velo
Negro, que el desconsuelo
Del alma hace á los ojos manifiesto.
Tu imágen alivie esto: venga Fidia,

Cuya arte, y la de Apeles y Lisipo
Nos muestren á Filipo:
Demos gloria á la vista, al tiempo envidia.

CANCION.

Pues las piadosas lágrimas vertiste
Sobre el mármol que guarda los despojos
Que tu gran padre permitió á la muerte,
Enxuga, ¡ó sucesor! ya Rey, los ojos.
No siempre el austro esparce lluvias triste,
Que alguna vez sereno las divierte:
Y aunque él en mejor reyno, por la suerte,
A que le sublimó el fatal suceso,
Que inadvertido nuestro afecto llora,
La mayor causa adora:
De haber el grave hereditario peso
Librado en tí, que á luz ya no secreta,
Ornas su centro, y sus esferas mides,
Se alegra como recto y como amante.
Júzguese así, que el orbe pasó Atlante
De su cerviz cansada á la de Alcides,
Donde adquirió esplendor cada planeta,
Y su cristal por trabazon perfeta,
Sin cruxir ni temblar corrió mas justo
En la fe de otro esfuerzo mas robusto.
Como envuelve sagaz la Fenix nueva
Entre flores lo extinto, que resulta
Del fiel incendio, y al honor lo aplica
Del sol, y en funeral manejo oculta

Su breve patria entre las uñas lleva,
Hasta que en puro altar se las dedica:
Muestra despues resplandeciente y rica,
Por donde el Nilo al verde Egipto baña,
Sus esmeraldas y rubies la cresta:
Luce al ayre, y con fiesta
Exército volátil la acompaña;
Y atónito los ojos en el cielo,
Dexa el cultor el surco interrumpido:
Muda, Señor, así el funesto ornato,
Con que tal prenda veneraste grato.
Cese en tus Reynos el filial gemido
Por virtud de tu exemplo: y con el velo
Huyendo el no evitable desconsuelo,
Con las piedras que mas precia el oriente,
Ciña el oro de Ofir tu hermosa frente.
Estos públicos ruegos escucharas,
Aunque á privados lares reducido
En silencio el espíritu escondieras;
Pues por luz natural reconocido,
Y por la que arde en tus virtudes raras,
A obediencia y amor nos confederas.
¡Quan bien con dulce suavidad moderas
El magnánimo afecto! Ese reposo
Que en la parte exterior al ocio imita,
Rayos arroja al Scita,
Por agenas discordias poderoso:
Irritado así Dios dentro del seno
De seca nube suele armar la mano,
Que lanza el fuego sobre los mortales,

Rápido executor de iras fatales.
Otra vez cuidas del sosiego humano
En tus ideas fácil y sereno,
Y de civiles observancias lleno,
La nube expones, no á los rayos solo,
Sino á la luz pacífica de Apolo.
Luego, Filipo, si han de ser tus artes
Asegurar con armas y con leyes
El católico cetro, haz de ellas muestra
Contra el orgullo de obstinados Reyes;
Tropelle los sectarios estandartes
El rigor de tu zelo y de tu diestra.
Y adonde ya por experiencia nuestra,
No es última del mar la helada Tule;
Ni en clima, ó mas vecino ó mas remoto
Respire quien piloto
De la nave de Pedro se intitule,
Sino el romano: empresa reservada
En el cielo á tus años juveniles.
Tal era el que libró de cautiverio
Su pueblo electo, y le afirmó el imperio,
Saliendo de entre ovejas y rediles
Para herir la cabeza, que cortada
La vió en diez mil vitorias estimada:
Y tu augusta prosapia en otros tantos
Héroes te acuerda sus exemplos santos.
Mas no anhelen ni crezcan tus hazañas
A imitacion de algunas, que seria
Poner límites breves á su gloria.
Superior se verá tu monarquía

(Sin las tres, que hoy le dan tus tres Españas)
A quantas suenan en soberbia historia.
Presto por nueva y mas feliz vitoria,
Tranquilo el mundo logrará el sosiego
(No fabuloso ya) del siglo de oro.
La tierra su tesoro,
Ni del hierro oprimida, ni del fuego
Dará; el robre, torciendo su costumbre,
(No sin admiracion) frutos opimos.
Las greyes, por nativo lustre, ufanas
De tirio carmesí ornarán sus lanas.
Y de la zarza penderá en racimos
El néctar, y con fértil mansedumbre
Flores producirá la estéril cumbre.
Y, domados los monstruos, en el orbe
No verá el sol quien tu precepto estorbe.
Mas ya venciendo el ímpetu marino
Surcan armados leños el Tirreno,
Porque merecen conducir tu esposa,
De quien recibe leyes el destino,
Y el piélago, por orden imperiosa,
Firme tranquilidad en tiempo ageno.
Y pues con tal medida
Le guardan fe las inclemencias todas,
A sus Reynos ya prosperos arribe.
Y tú, mi lira, agora suspendida,
Para las sacras bodas
A los nupciales himnos te apercibe.

EPIGRAMA.

No induce necesidad,
¡O Ram! la gran Providencia
En la humana voluntad,
Aunque ande su omnipotencia
Sobre nuestra libertad.
Con ella vencen los fuertes
En Dios, que les da las palmas;
Porque estan, como tú adviertes,
En nuestras manos las almas,
Y en la de Dios nuestras suertes.

SONETOS.

Como fue á Apolo por los dioses dada
La gloria de poner firmeza en Delos,
Libráron tus magnánimos abuelos
La del orbe en los filos de tu espada;
Introduciendo aquella paz sagrada,
Que libre de esperanzas y rezelos,
Asida su virtud desde los cielos
A lo inferior su habitacion traslada.
Quiere, ¡ó gran sucesor! que con tu exemplo,
Superior fuerza, así las cosas mudes,
Que te agradezca el siglo su mudanza.
Para este fin te siguen las virtudes,
Porque se crie y crezca esta esperanza
Entre las sacras aras de su templo.

II.

Este sí, gran Filipo, que es dominio
Mayor que el que los Reynos te asegura;
Pues reduxo tu afecto á compostura
Tal, que dió á las virtudes patrocinio.
Aunque se aflija cándido el arminio
Por no admitir mancilla en su blancura:
La que luce en tu espíritu es mas pura,
Y su designio superior designio.
Emulo de la angélica pureza
Triunfó á la sombra del corpóreo velo,
Que pudo reprimir su interna gloria.
Solo el raro espectáculo vió el cielo,
Y con admiracion de la vitoria,
Le humilló la cerviz naturaleza.

III.

Naces, ¡ó Infante! en hora no entendida,
Ni sujeta al arbitrio de la suerte;
Pues en fe de que á Dios plugo escogerte
Para que al Asia libres oprimida;
Como otra esfera celestial movida
Tu augusta madre por virtud mas fuerte,
Quando la vida se escondió en la muerte,
Te pone en los umbrales de la vida.
Por tu cetro verá fieles cultores
El gran sepulcro, y cobrará su gloria
El sacro imperio agora profanado.
Crece, pues, no te usurpe la vitoria
Tu padre á sus designios obligado,
Y tú de generosa envidia l'bres.

IV.

No turba nuestro llanto la alabanza,
Que hoy suena, jóven Real, en la vitoria,
Que de la vida ó muerte transitoria
En mejor vida tu virtud alcanza.
Solo se extiende á la fatal mudanza
Del gran principio de gloriosa historia,
En quien de antigua hereditaria gloria
Emula se mostraba tu esperanza.
Pídele á Dios, para lograr la nuestra,
Vitorias de su Iglesia; pues tu zelo
Milita ya con armas celestiales.
Será en el orbe general consuelo
Ver que á tu ruego deban los mortales
Lo mismo que debieran á tu diestra.

V.

Si en los sucesos prósperos declina,
¡O Hercinia! la virtud de los mortales,
Y generosa crece entre los males,
Produciéndole glorias la ruïna;
Mas debes á la tierra peregrina,
Que á la de tus penates naturales:
Así como el mejor de los metales
Debe mas á la llama que á la mina.
Que la felicidad no perficiona
Al alma, aunque le da noble materia,
Donde con vigilancia se exercite.
Y los monstruos que guarda Celtiberia,
Dignos de Alcides son, el qual no admite
De las manos del ocio la corona.

VI.

Quando al amor sus flechas aprestaba
Vuestra hermosa niñez, Real Señora,
Como quien su vecino daño ignora,
El orbe la defensa despreciaba:
Y así en las llamas súbitas sacaba
Centella en otro tiempo, incendio agora:
Ya amor subido en alto se mejora,
Para esparcir los daños de su aljaba.
Y porque herir las almas de improviso
Le disminuye al vencedor la gloria,
Noble pregon, que se defiendan, suena.
Mas como ven que es vuestra la vitoria,
Aperciben los pechos á la pena,
Y niéganlos al importuno aviso.

VII.

No extraño yo que á la primera ausencia,
Señora, os descomponga el sentimiento:
Porque tanto es mas áspero un tormento,
Quanto socorre ménos la experiencia.
Mas, pues, concede el mismo amor licencia,
Para que se divierta el sufrimiento,
Tenedlo un poco á la esperanza atento,
Y dareis algun ocio á la paciencia.
La mitad de vuestra alma, el dulce ausente
Volverá presto: que á su afecto puro
Servirán la razon y la fortuna.
Poned la fe de entrambos en seguro,
Formando amor de vuestras almas una:
Que la ausencia no es mas que un accidente.

VIII.

Duque, suspende al tiempo la vitoria
Contemplando en tu edad, que el varon fuerte
Del tiempo y de los hados la divierte
En el seno feliz de su memoria.
Ni muere aquel valor, que en viva historia
Dió con imperio leyes á la suerte;
Antes, ociosa, en paz la misma muerte
Venera los confines de su gloria.
Vibra tus verdes palmas, no concedas
Ocio ni olvido al movedor robusto,
Con que la débil parte fortaleces.
Añada espacios á su edad el justo,
Y en su propio vigor viva dos veces,
Aunque lo nieguen las fatales ruedas.

IX.

Hoy, Real Señora, hasta la impírea esfera
Sube en las alas de tu afecto el oro
Con tal fe, que al del místico tesoro,
Que en Belen se ofreció, emular pudiera.
Fe, á cuyo aplauso en la region primera
Las angélicas mentes forman coro,
Para anunciar con júbilo sonoro
La sucesion que el orbe de tí espera.
El Mártir, cuya fiel sangre revive,
Infunda, pues le invocas, el aliento,
Que inspira en su prodigio en tu esperanza:
Que ya naturaleza al dulce intento
De compensar con frutos su tardanza,
Los términos geniales apercibe.

X.

Pues tu gobierno, mi Fernando, imita
Al de Dios en los orbes celestiales,
Aunque excluya tal vez las judiciales
Plumas, venere la justicia escrita.
Que quando, por su arbitrio, la infinita
Dispensa con las órdenes fatales,
No les turba los lustres naturales,
Ni el influxo comun desacredita.
Ni tú, si la magnánima epiqueya
Se opone á los derechos que nos rigen,
De su ornato purpúreo los desnudes:
Que, aunque ella tiene altísimo el orígen,
No ha de pensar que las demas virtudes
En su presencia son turba plebeya.

XI.

Calle sus triunfos la romana historia,
Castro, pues con pacíficas acciones
Su político estado le compones,
Sin que el furor preceda á la vitoria:
Instrumentos fatales de su gloria
Son Castros, como en Africa Cipiones;
Mas cedan á tu paz sus esquadrones,
Y á nuestras esperanzas su memoria:
Que quando de la toga te desnudes,
Librarás el sepulcro, en que la vida
Su inmenso amor á los mortales muestra.
Serás despues comun tiranicida:
Deberán los dos mundos á tu diestra
La gran restitucion de las virtudes.

XII.

Terreno, en cuyos sacros manantiales
Suele Marte bañar yelmos y arneses,
Y de altas picas las ferradas mieses,
Para volver diamantes sus metales;
No sin emulacion Pomona y Pales
Te libran de influencias descorteses:
Osas dar flores en agenos meses,
Y el ocio no conoce á tus frutales.
Mas ni tu genio próspero te alaba,
Ni la que armaste juventud robusta,
Como el hijo de Fronto y de Flacila.
El te da el nombre, ¡ó Bilbilis! de augusta,
Quando en la urbanidad flechas afila,
Con que arma el seno de su docta aljaba.

XIII.

Aunque en tus naves, ¡ó Bretaña ingrata!
Por el mar de Filipo armada vueles,
Para robar católicos baxeles,
Que le conducen tributaria plata.
Por mas que el bronce pérfido combata,
O amenace con máquinas crueles,
En Gades surgirán las popas fieles
A vista de tu herético pirata.
Y pues de tus designios infelices
No infieres los auxîlios que te envia
El comun Padre, por piedad severo;
Presto á la luz de un vengativo dia
Podrá en tus gentes religioso acero
Confundir setas, y segar cervices.

XIV.

Ya he visto, sabio Andrade, por la gloria,
Con que habeis satisfecho á mi argumento,
La que disimulada en el tormento
Responde á la paciencia meritoria.

Que no pidiendo alivio á la memoria,
Tregua al furor, ni á la esperanza aliento,
Desarma y destituye al sentimiento,
Y entónces se corona de vitoria.

¡O que gran luz nos da vuestra eloqüencia
De otras virtudes, que blandiendo palmas,
Ocurren á la fiel tiranicida!

No pida, pues, paciencia, no, á las almas,
Que absortas dexa vuestro canto: pida
Que en aplauso conviertan la paciencia.

XV. *Del Padre Juan Luis de la Cerda.*

El arte falta, do el sugeto sobra;
Y el vuestro es tal, Señor, que no me dexa
Para miraros levantar la ceja,
Y ménos alabar la menor obra.

Un nuevo aliento y fuerza mi alma cobra
Qualquiera vez que os trata, y de su vieja
Vida y costumbre vil así se aleja,
Que con acciones mas ilustres obra.

Si recitais la sátira divina,
Si vuestra Dafne, de hermosura palma,
En mí se ven de aquel contento señas.

Y á veces vuestra musa peregrina
Tanto se encumbra, que me roba el alma,
La qual dais, con que os oygan, á las peñas.

XVI.

El pintor raro á quien el arte sobra,
Aunque acabada la pintura dexa,
Vuélvela á ver, y con severa ceja
La acusa, y pone en perfeccion su obra.
Y el que cada año con usuras cobra,
Sembrando en tierra exercitada y vieja,
No del culto solícito se aleja,
Que con socorros sucesivos obra.
Pero ni la que vos llamais divina
Sátira, ni el laurel, que llamais palma,
De estas dos diligencias darán señas:
Si ya vuestra eloqüencia peregrina
No les infunde á las pinturas alma,
Y no cultiva las heladas peñas.

XVII. *De Doña Catalina de Solís.*

Miéntras gozamos con igual contento,
Señor Retor, los dias ya perdidos,
En el gusto los ojos detenidos,
No descubrian lo que agora siento.
En esta soledad mi pensamiento
De espacio os mira, libres los sentidos
De esta fuerza secreta, que rendidos
Os da mil pechos, ved el fundamento.
Mi fe os alabe con silencio cuerdo:
Si todo el mundo tanto amor os tiene,
Grande es la causa de tan grande efeto.
No penseis que os conozco, porque os pierdo
Que alguna vez para juzgar conviene
Apartar de los ojos el objeto.

XVIII.

¡O sol, que dexas con mortal contento
Los ojos de las águilas perdidos,
Del resplandor suave detenidos
Hasta sentir la fuerza que ya siento!
Vencido te presenta el pensamiento,
No solo en lo inferior de los sentidos;
Pues tambien los demas te trae rendidos,
Que tienen en el alma el fundamento.
Que aunque no juzgo yo por poco cuerdo,
¡O sol divino! al que por gloria tiene
Morir á manos de tan grande efeto;
En huir de tus rayos no la pierdo,
Si á la fe y á su mérito conviene
Ignorar las grandezas de su objeto.

XIX. *Del Príncipe de Esquilache.*

Si á Filis por qué llora le pregunto,
Que no es del alma su tristeza jura:
Mas yo, por la inquietud de su hermosura,
Que son de amor las lágrimas barrunto.
Llorando niega; y á sus penas junto
Lo que ella siempre desmentir procura,
Sin ver que encubre su infeliz cordura
En cuerpo alegre corazon difunto.
¡Que pasos da su engaño tan perdidos!
¡Que mal se tuerce una costumbre larga,
Pues no la vencen máquinas ni ruegos!
¡Que poco debe amor á los sentidos,
Si al tiempo que el secreto les encarga,
Juran los ojos contra el alma ciegos!

XX.

Si lloró Fili, ó si juró, pregunto,
¿Qué te mueve á inquirir si verdad jura?
Que yo en tí, pues contemplas su hermosura,
Mas que interior curiosidad barrunto.
Silvio, el mas cuerdo, que llegó tan junto
Al daño, si evitarle no procura
Huyendo, quando apela á su cordura,
Suele quedar en la ocasion difunto:
Y así, pues ves que sigue los perdidos
El que á su afecto la licencia alarga,
Admite los exemplos y los ruegos.
Huye de lo que aprecian los sentidos:
Que aunque al entendimiento amor lo encarga,
El apremiado gime, y ellos ciegos.

XXI. *De Lamberto Iñiguez.*

Retor, á la esperanza infiel no aspira
Con fugitivas horas tu Lamberto:
Por conocido, mas que por experto,
De sus falsos halagos se retira.
Dentro de sí con generosa ira
En lo oculto del alma ha descubierto,
Que la parte inferior tiene por cierto,
Lo que á mas noble luz ve que es mentira.
Si el sentido aparente gloria alcanza,
Siempre el deseo de mayor le queda,
Por no ser cierto bien la semejanza.
Dichoso será y Rey aquel que pueda
El desengaño ser de su esperanza,
Y sellar con su imágen la moneda.

XXII.

Si la ambicion que llega adonde aspira,
No topa el gozo que esperó Lamberto,
¿Quál ingenio, ó por cauto ó por experto,
De la esperanza infiel no se retira?
Corrido estoy de no poder sin ira
Contarte quan á juego descubierto,
Siempre que me abonó algun bien por cierto,
En la fiel posesion lo hallé mentira.
Si esperado el placer quando se alcanza,
Tan otro viene ya, que no le queda
Sino aquella apacible semejanza:
Hágame Dios tan recto juez, que pueda
Echar un lazo al cuello á mi esperanza,
Por falsificadora de moneda.

XXIII. *Del P. Fr. Gerónimo de S. Josef.*

¡O quien pudiera, superior Leonardo,
(A vos en esto superior siquiera)
Arrebatar á la suprema esfera
El vuelo de ese espíritu gallardo!
¡Quien á la punta seráfica del dardo,
Que á mi madre abrasó dulce y severa,
Entre el papel y vuestras manos viera
Arder, lucir y herir á un pecho tardo!
Esa divina pluma, que briosa
En la media region florea el vuelo
Con morales discursos provechosa;
Penetre aquesos orbes, arda en zelo,
Llegue á la inmoble cumbre, y animosa
Corra del sumo y hasta el sumo cielo.

XXIV.

Si alcanzais de Teresa que á Leonardo
Los dones de su pluma inspirar quiera,
¿La de quál escritor subió á la esfera,
¡O Gerónimo! en rapto mas gallardo?
Que fixe en él su fervoroso dardo
Le pedid, como á madre no severa,
Vereis si quedará quando le hiera,
Tibio al intento, ó en las alas tardo.
Volará á diligencia tan briosa,
Que de algun serafin parezca el vuelo,
A quien la caridad suprema endiosa.
Deba, sin este aplauso, á vuestro zelo,
Que la esperanza de su fe animosa
En posesion se la convierta el cielo.

TRADUCCION

DE LA SATIRA DE HORACIO *IBAM FORTE*.

Yendo por la via sacra acaso un dia
(Como tengo costumbre) embebecido
Del todo en cierta burla ó niñería;
Encontré con un hombre conocido
Solamente de nombre, que llegado
A mí, se para, y de mi mano asido,
Me pregunta, poniéndose á mi lado,
¿Como va, señor mio? Yo le digo,
Bien por cierto, señor, y á su mandado.

No me dexó por eso; ántes conmigo
Se vuelve; y viendo yo que me seguia,
Dixe primero: ¿quereis algo, amigo?
Entónces respondió: lo que querria
Es, que me conozcais, señor, os pido,
Porque soy hombre docto en la poesía.
Por eso sereis vos en mas tenido
De mí, le dixe; y procurando verme
Dél con alguna traza desasido,
Comienzo á andar apriesa, y detenerme
A hablar al oido á mi criado;
Mas no pudo algo de esto socorrerme.
Vínome al punto un trasudor helado
Por todo el cuerpo, y dixe: ¡ó quan dichoso
Es, Bolano, tu humor y desenfado!
Entre tanto un momento el enfadoso
La boca no cerró jamas, loando
Las casas de aquel barrio suntuoso.
Como me vió que á todo iba callando,
Dixo: ya, ya, señor, bien os entiendo,
Que apartaros de mí vais procurando.
No os aprovecha, pues, que yo pretendo
No dexaros á vos tan sola un hora,
Y donde vais os tengo de ir siguiendo.
Pasado el Tiber voy, le dixe, agora,
Y he de ir sin vos á ver un forastero,
Que junto del jardin de César mora.
No importa que esté léjos: bien ligero
Me siento, dice, y bien desocupado:
No porfieis, que acompañaros quiero.

Yo entónces, qual rocin floxo y cansado,
Que echándole la carga se derrienga,
Estuve por caerme de mi estado.
El hablar siempre, y dalle, agora venga
A cuento lo que dice, ó al contrario;
Al fin comienza así una larga arenga.
Bien entiendo que en tanto á vuestro Vario
No estimariais, ni á vuestro Señor, quanto
A mí, si yo os tratase de ordinario.
Porque, pregúntoos yo, ¿quién sabe tanto
De versos, y de hacerlos con presteza?
¿Y quién sabe cantar como yo canto?
¿Y quién danza con tanta ligereza?
¿Quién, si no yo, á Hermógenes prudente
Hizo tener envidia á su destreza?
Parecióme aquí tiempo conveniente
Para atajar su arenga, preguntando:
¿Teneis padre, Señor, ó algun pariente?
Respondió entónces con semblante blando,
No, que á todos los tengo sepultados:
Ninguno ha ya quedado de mi bando.
Dichosos, dixe, y bien afortunados:
Yo solo quedo agora: hoy es el dia
Que me está amenazado por los hados.
Porque siendo yo niño un ama mia,
Grande adivina, me sacó la suerte
De un cántaro, y cantó esta profecía:
A este niño le dará la muerte,
No dolor de costado ó calentura,
No veneno, no tos, no espada fuerte;

Un parlero ha de ser su sepultura:
Huya, pues, de parleros con cuidado,
Y mas quando llegare á edad madura.
Era tarde, y habiamos llegado
Al santo templo de la diosa Vesta,
Y diceme: Señor, yo estoy citado.
Esme forzoso parecer en esta
Audiencia: no os me vais, que luego salgo;
No tardaré un momento á dar respuesta.
Dios me destruya, amigo, si yo valgo
Para pleytos, le dixe; y si tenerme
Puedo en los pies: mirad si mandais algo,
Que yo voy donde os dixe, y detenerme
No seria razon: diceme luego,
Dudoso estoy, no acierto á resolverme.
Si el pleyto dexo, pierdo mi sosiego:
Si os dexo á vos, tambien; no sé que haga:
Dexadme, dixe, á mí por Dios os ruego.
No hayais miedo que en esto os satisfaga,
Dixo: y comienza á andar: yo tras él sigo,
Qúe el porfiar me es dura y mortal plaga.
Entonces ¿como os va con vuestro amigo
Mecenas? dice: ¡ó quan avisado,
Y de gente vulgar quan enemigo!
Nadie con él tan bien se ha gobernado
Como vos; pero tengo confianza,
Si haceis que me reciba por criado;
Que yo seré segundo en la privanza,
Y acudiria á vuestras pretensiones
Tan bien, tan sin descuido y sin tardanza,

Que á todos los privados y mandones
Desprivariades vos muy fácilmente,
Sin admitir Mecenas sus razones.
Sabed, le dixe, que es muy diferente
De lo que vos pensais lo que se usa
En esta casa grande y excelente.
Allí todo es virtud, ninguno acusa
Al otro, todos viven con contento;
No hay cosa fuera de órden ni confusa.
Ni el rico al pobre da desabrimiento,
Ni el que es mas sabio á mi me daña nada:
Cada qual tiene allí su propio asiento.
Gran cosa me contais, y poco usada,
Me dice, y para mí casi increible:
Dixe, pues es verdad averiguada.
Poneisme, dixo, un ansia no creible
De servir á tal hombre; pues yo creo,
Dixe, segun sois cuerdo y apacible,
Que con una palabra ó un meneo
Con Mecenas hareis, segun es blando,
Que huelgue de cumplir vuestro deseo.
Y aunque vereis quando lo vais tratando,
Que al principio es difícil y severo,
Lo vencereis al fin perseverando.
Dexadme, dixo, hacer, porque el dinero
Es gran persona, y con algun presente
Un page grangearé ó algun portero,
Que me metan en tiempo conveniente
A hablar á Mecenas: y si hubiere
Hoy en hacello algun inconveniente,

Volveréme mañana: y si supiere
Que está fuera de casa, iré corriendo
A acompañarle al tiempo que volviere.
Yo buscaré mil trazas; porque entiendo
Que no hay bien sin trabajo, y que conviene
Al negociante nunca estar durmiendo.
Estando en esto, veis aquí do viene
Fusco Aristio, mi amigo, que entendido
El humor de aquel hombre muy bien tiene.
En juntándonos, sed muy bien venido,
El uno dice al otro; yo pensando
Ser dél en aquel trance socorrido,
Tirole de la falda, y apretando
Sus manos con las mias, le hacia
Mil señas con toser de quando en quando.
El con un falso sonreir fingia
No entenderme: yo empiezo á congojarme
Con cólera y furor que me encendia.
Díxele al fin, ¿qué fue lo que hablarme
Quisisteis hoy? ¿Quereis que lo tratemos?
Que agora bien podré desocuparme.
Bien, dice, que mañana nos veremos:
Hoy es fiesta solemne entre la gente
Hebrea, y no es razon los enojemos.
A mí, dixe, ningun inconveniente
Es no guardarla; porque nunca he sido
A tales religiones obediente.
Yo sí, porque no soy tan atrevido,
Dixo; y por tanto perdonadme agora:
Mañana os hablaré si no me olvido.

¡O desdichada, dixe, y triste hora,
En la qual salí hoy á pasearme,
De tantas pesadumbres causadora!
Al fin él hubo de irse, y de dexarme
Con mi importuno; mas al mismo instante
Me vino Dios á ver y á libertarme:
Que acaso su contrario el pleyteante,
Que para entónces lo tenia citado,
Lo vió venir, y con feroz semblante,
¿Donde vais vos, tramposo y desalmado?
Le dixo; y vuelto á mí, me dice: Amigo,
¿Quereis serme testigo? De buen grado,
Le dixe, yo os seré muy buen testigo.
Entónces do el juïcio y juez habita,
Forcejando lo lleva al fin consigo.
Y de una y otra parte anda la grita.
Llévanmelo ante el juez, yo quedo solo:
Acude al vocear gente infinita:
Y así me libró dél el dios Apolo.

TRADUCCION

DE LA ODA *O DIVA GRATUM.*

O Diosa, tú que riges
El agradable Ancio, y nuestros fines
A tu gusto diriges;
Ya desde el centro al sol los avecines,
O ya las triunfales
Pompas quieras trocar en funerales:

A tí el labrador pobre
Con solícitos ruegos te procura,
Y el que su nave sobre
El Carpacio piélago aventura,
De las ondas, Señora,
A tí, en partiendo de Bitinia, adora.
A tí el áspero Dacio,
Los fugitivos Scitas y otras gentes
Temen, y el fértil Lacio,
Madres de Reyes bárbaros ausentes,
Los tiranos temidos,
Bien que de rica púrpura vestidos.
No con el pie injurioso
Esta coluna firme postrar quieras:
Ni el vulgo en sedicioso
Tumulto al pueblo dé las armas fieras,
Y el que cesaba, vuelva
A armarse, y el imperio se resuelva.
En tu pompa precede
La gran necesidad, que en la cruel diestra
Los clavos, á quien cede
El leño duro, y otros hierros muestra:
Ni falta el garfio agudo,
Ni el grave plomo de piedad desnudo.
Hónrate la esperanza,
La rara fe de un blanco velo toda
Cubierta, á quien mudanza
Jamas de tu amistad desacomoda,
Aun quando te declaras,
Y los soberbios techos desamparas.

El vulgo fraudolento,
La ramera perjura apénas mira
El comun detrimento,
Que el pie poco constante atras retira,
Y en el trance postrero
Rehuye la cerviz del yugo fiero.
A César, que á dar guerra
Va á los britanos últimos del mundo,
Y al esquadron que atierra
Los Reynos de la Aurora y del profundo
Océano, te ruego
Que nos lo restituyas con sosiego.
¡Mas qué grande vergüenza!
¿Las heridas no son de los hermanos?
¡Qué infame desvergüenza!
¿Libre pudo pasar por nuestras manos?
¡Qué maldad inventada
A atrevimiento ageno reservada!
¿A quién detuvo el miedo
De Dios, que perdonase algunas aras?
¿Quál hierro estuvo quedo?
¡O tú, que en nuevo yunque lo preparas,
Haz que entre sus saetas
A los Arabes dañe y Masagetas!

TRADUCCION

DE LA ODA *QUID FLES ASTERIE.*

¿Por qué, Asteria, te afliges,
Pues te restituirán en agradable

Primavera á tu Giges
Los Favonios con soplo favorable,
Mozo de fe constante,
Y de riquezas Tinas abundante?
El del Noto arrojado
En Orico, el furor de las impías
Cabrillas ya aplacado,
Pasa sin reposar las noches frias
En la molesta casa,
Y no sin muchas lágrimas las pasa.
Que aficionarle aspira
De su huéspeda Cloe, que lo pretende,
Y que por él suspira,
Y en su fuego la mísera se enciende,
El tercero le cuenta,
Y con mil pruebas la sagaz lo tienta.
Cuéntale de qué suerte
La infiel muger á Preto su marido
Incitó á darle muerte
Temprana, con mentiras persuadido,
Al demasiado honesto
Belorofonte, por creer tan presto.
Y que huyendo asimismo
De la magnesa Hipólita Peleo,
Casi al tartáreo abismo
Lo hundió por contrastar á su deseo:
Y á esta historia añaden
Todas las que á pecar le persuaden.
El oye mas entero,
Que peñascos al ímpetu marino

En el Icario fiero.
Tú, pues, guárdate acá de tu vecino
Enipeo, que á tu gusto
No satisfaga mas de lo que es justo.
Aunque en el Marcio prado
Ninguno corra con igual destreza;
Ni del caballo osado
Como él fatigue y dome la braveza;
Ni quien tan suelto y libre
Nade en el fondo del toscano Tibre.
Cierra en anocheciendo
Tu casa, y déxate de andar curiosa
Por las calles oyendo
De las flautas la música quejosa;
Y aunque te llame dura,
Difícil y constante ser procura.

EPIGRAMA.

Cloe la séptima vez
Las exêquias celebró;
Siete maridos lloró:
No hay tan honrada viudez.
¿Pudo con mas sencillez
Toda la verdad decir?
Mandó en la piedra escribir,
Que ella les dió sepultura;
Y dixo la verdad pura,
Porque los hizo morir.

OTRO.

Quatro dientes te quedáron;
(Si bien me acuerdo) mas dos,
Elia, de una tos voláron,
Los otros dos de otra tos.
Seguramente toser
Puedes ya todos los dias,
Pues no tiene en tus encias
La tercera tos que hacer.

SONETOS INEDITOS.

I.

* No las antiguas púrpuras de Tiro,
Ni las telas que el mundo agora precia,
En Génova texidas ó en Venecia,
Son las soberbias galas á que aspiro:
Ni en los teatros públicos me admiro
De los juegos que usó la vana Grecia,
Ni entre la multitud confusa y necia
Amor me halló terrero de su tiro.
Mas del gran Precursor la cruz y el manto
Me dan preciosos dones de hermosura,
Y mas digno lugar su coro santo.
Con lumbre venceré la noche obscura:
Y si mi esposo llamará entre tanto,
Podréle abrir de su favor segura.

* Este soneto se debió de escribir á la entrada de alguna señora por monja en San Juan de Sigena.

II.

Ofrecen hoy los pérfidos britanos
Por pasto al dios que adoran, monstruo crudo,
El cuerpo de una vírgen fiel desnudo,
Que no quiso seguir sus ritos vanos.
Los ojos alza al cielo, que las manos
Oprime á las espaldas grueso ñudo;
De allá espera la espada y el escudo,
Que castiga y defiende á los humanos.
¿A quién verán volar las ondas fieras,
Gran ministro de Dios, nuestro Perseo,
Llevando guerra y muerte á las riberas?
A tí, Filipo invicto, segun creo,
Pues siempre su divino aliento esperas,
Ardiendo en llamas de inmortal deseo.

III.

Por gran hecho se cuenta, que Tobías
Estando en miserable servidumbre,
Enterró de los suyos muchedumbre
Ocultamente con entrañas pias.
Alargóle por esto Dios los dias,
Volvió á sus ojos la perdida lumbre;
Y alabándole un Angel tal costumbre,
Al fin le enriqueció por varias vias.
Pues al uno y al otro, que se atreve
A sepultar á Cristo, quando airado
Blasfema el pueblo ingrato de su nombre;
¿Qué premio y alabanza se le debe,
Si aquel hecho con este comparado
Difieren lo que va de Dios á un hombre?

IV.

Velando estoy, Señor, que el enemigo
En espantables formas convertido
Desde mi juventud me ha combatido
(España diga) sin poder conmigo.
Vino contra tu nombre el drago antigo,
Y con la antiga lanza fue vencido;
Y agora nuevos monstruos ya han sabido
Lo bien, Señor, que imito tu castigo.
Fabrican en mis hombros pecadores;
Mas luego les quebrantan las cervices,
¡O Señor poderoso! con mi mano.
Siembran como en tejado sus errores,
Que perecen naciendo sus raices:
Guárdame, que sin tí guardarme es vano.

V.

Amor, yo te acogí quando tenia
En esta calva rasa un bosque espeso,
Que donde se levanta corvo el hueso,
Los lindes de la frente dividia.
Si te acogiese mas, confesaria
Como la edad en lo exterior confieso,
Que no ha quedado en lo interior el seso,
Y que está mi cabeza dél vacía.
Déxame, pues, y á Máximo te llega,
Que ya con ronca voz ha desechado
De su madre los besos y el regalo:
Perdió ya el miedo, la obediencia niega
A su viejo Chîron, que le ha enseñado:
Es muy rico, su padre fue muy malo.

VI. *A Don Luis Ferrer.*

No el número prolixo de ascendientes,
Que haciendo al tiempo venerable injuria,
Celebra con sus sacros cisnes Turia,
Y en vos contemplo vivos y presentes;
Ni de Elicon y Pindo las corrientes,
Que en vuestro pecho inspiran docta furia;
Ni la que á la gran popa de Liguria
Os llevó por las ondas inclementes:
Ninguna cosa al fin de las que debe
(¡O gran deuda!) á la muerte nuestra vida,
Don Luis, vuestro ilustre pecho inflama.
Morirá el tiempo mismo, y será breve,
Quando en la eternidad de Dios se mida,
Y allí con él perecerá la fama.

VII.

Con la lengua los labios apercibe
Licoris, y á besarlos nos provoca:
Despues halla en sus dientes quien los toca
Lo mismo que en los fieros de un caribe.
Porque es tan grande el gusto que recibe,
Que le ensangrienta y muerde como loca;
De do vengo á dudar si por la boca,
Qual dicen de la víbora, concibe.
Vaya, pues, á besar y ser besada
A Francia, do el besarse es ley forzosa,
Y alzaráse sin duda con la tierra:
Que como de troyanos fue poblada,
Podrá decir que es Hecuba rabiosa,
Que ha poco que ha dexado de ser perra.

VIII. *

En otro tiempo, Lesbia, prometias
Entregarte á Catúlo solamente,
Y que á Júpiter mismo omnipotente
En competencia suya aborrecias:
Amábate tambien yo aquellos dias,
No como á sus amigos otra gente,
Mas como al hijo ó yerno tiernamente
Aman los padres con entrañas pias.
Agora te conozco, y aunque veo
Arder por tí mi pecho con mas furia,
Te tengo por vilísima y ligera.
Dirás que es esto fuerza del deseo:
Tales efectos nacen de una injuria,
Que te ame mas, pero que ménos quiera.

IX.

Hame burlado tanto la esperanza,
Que ya en ninguna cosa suya creo,
Puesto que la acredita mi deseo,
Y es él á quien el daño mas alcanza.
Si con desesperar tomo venganza
De su lisonja y loco devaneo,
Ofendo al corazon, en quien no veo
Culpa alguna ni muestra de mudanza.
Pues viva; pero viva mi enemiga
De continuas sospechas combatida,
Las quales duraran en quanto diga:
Pena bien ordenada y merecida,
Pues al que es mentiroso se castiga
Con no ser la verdad en él creida.

* Es traduccion de Catúlo: *Nulli se dicit &c.*

X.

No contenta con Paris quiso Elena
En llegando probar otros troyanos:
A muchos apretó al tomar las manos,
Y los pies les pisó miéntras la cena.
Quiso vender despues á Policena,
Y entretuvo con ella á cortesanos,
Y de todos los otros sus hermanos
Hacer que no quedase muger buena.
Y si á Troya no hubiera consumido,
Ella con sus incestos y adulterios
Las herencias y nombres confundiera.
Nombre fatal, que pocas le han tenido
Sin ocuparse en estos ministerios,
Sino vos, que excedeis á la primera.

XI.

Tambien tiene en Madrid Micer Pasquino,
Como extrangero Príncipe, su agente,
Que inquiriendo las vidas diligente,
Nuevas ciertas le escribe de contino.
El desde allá, que es Conde Palatino,
Da títulos de Grandes fácilmente,
A cada qual despacha su patente,
Sin hacerle pagar ni el pergamino.
Dícenme, pues, que viene el ordinario
Cargado de patentes de cornudos,
Que en ocio les promete grandes bienes.
Bien me puedes mandar albricias, Mario,
Que pues así te llaman aun los mudos,
Pasquin lo sabe, y en la lista vienes.

XII.

Despues de haber cantado el Mantuano
El fuego que de Grecia á Troya vino,
Las batallas que tuvo el Rey Latino,
Y el hospedage triste del Troyano;
Queriéndose partir del siglo vano,
Y estando de la muerte ya vecino,
Mandó poner su libro peregrino
En las tiznadas manos de Vulcano.
Pues quien cantó de Troya el fuego y llanto,
Las obras de su raro entendimiento
Las quiso revolver entre cenizas:
Y tú, que con tus obras cansas tanto,
¿Estás de tus incendios tan contento,
Que á todos en mirarlos martirizas?

CANCION INEDITA.

Esperanza tardía,
Por de fuera tan verde, y dentro seca;
Pesada compañía,
Error comun en que la vida peca,
Lisonja del deseo,
Cruz de las almas, ciego devaneo:
Manjar de desdichados,
Y refugio de faltos de ventura,
Sustento de cuidados,
Enmascarado engaño, que asegura;
Dama ingrata y risueña,
Que encubre el corazon, y el rostro enseña:

Roedora y sorda lima;
Sueño que nuestra vida nunca dexas;
Burla puesta en estima;
Aspid sorda, que escondes las orejas
Al justo desengaño;
Invencion de amor propio, y propio daño;
Treguas que da la muerte,
Para hacer mas penosa nuestra vida;
Pena prolixa y fuerte;
Laberinto, que niegas la salida;
De larga vista antojos,
Que la paciencia cierras y los ojos:
Camaleon hambriento;
Buytre, que á Ticios comes las entrañas;
De Sisifo el tormento;
Agua falsa, que á Tántalos engañas,
Y huyes de la boca,
Quando ya tu promesa el labio toca:
No ves el bien presente,
Y el mal futuro asegurarle sabes,
Y el alma casi ausente,
Entre la soga y la garganta cabes,
Y vas volando asida
Al postrimero aliento de la vida:
Contino en mar incierto,
Y rota nave, pintan tu morada,
Votando por el puerto,
Y en las ondas sorbida y anegada:
¡O esperanza terrible,
Que aun la pintura en tí no es apacible!

Quando Pandora quiso
Descubrir aquel bien que acompañaste,
No fuiste al paraiso,
Que en la boca del cántaro quedaste:
Al fin es frágil vaso,
Que le rompe qualquier pequeño caso.
No sé qué tienes bueno,
Si el deseado bien quando se alcanza
Es tu muerte y veneno;
Mas no eres bien ni mal, vana esperanza,
Porque si aquesto fuera,
La gloria ó el infierno te admitiera.
Eres quimera vana,
A quien da vida el ciego entendimiento;
Campanilla liviana,
Atomo sin substancia, niebla al viento,
Vasalla de Cupido,
A quien para engañar le da partido.
Quien te conoce puede
De tu tienda sacar mercadurías,
Que, aunque rentas no herede,
Podrá comprallas, pues á pobres fias,
Y haces siempre tu feria
En el sitio y lugar de la miseria.

ALONSO EZQUERRA

Á BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA.

EPISTOLA.

De esta casa del Nuncio propiamente
Habló ya el toledano ilustre Vate,
En nada á la de Augusta diferente;
Do por autorizar el disparate
Primero, no por loco me encerráron,
Sirviendo el uno al otro de rescate.
Saludes ni otro bien no se enviáron;
Pues nadie puede dar lo que no tiene,
Ni jamas sus umbrales paseáron.
La queja es la que el campo aquí mantiene;
Y aunque en contra de Astrea son sus voces,
Ella confiesa la razon que tiene.
Dice que los delitos mas atroces
Son los que se cometen á su sombra:
¡Ay, quan bien sé que esta verdad conoces!
¡Ay, quantas veces la doncella nombra,
Levantándola falso testimonio,
Quien la debiera honrar! El mundo asombra.
Dios nos libre, Señor, quando el demonio
De religion reviste su malicia,
Que correrá peligro el gran Antonio;
Y es lo peor, que sola esta milicia
Es la que se exercita entre::: mas callo,
Que al quererlos nombrar, me da tiricia.

Hiciéralo pudiendo yo estorballo;
Pero sé que es echar al fuego leña,
O arrimar los talones al caballo;
Y sé que sin remedio se despeña
El que con libertad dice verdades,
Que la experiencia claro nos lo enseña.
Tenemos la peor de las edades,
Dixo tu hermano, quando con divino
Espíritu lloraba las maldades.
¡O mil veces dichoso aquel camino
De tantos alabado, mas seguido
De pocos hasta ahora con buen tino!
¡Dichosa soledad, seguro nido
De las águilas reales, que contemplan
El claro sol con ojo no torcido!
En tus aguas sus fuertes armas templan
Los que de la mentira y del engaño
A espada y lanza la soberbia tiemplan.
Los que buscan el simple desengaño,
Y huyen los colores y matices,
Con que el mundo colora nuestro daño:
Los que quieren echar firmes raices
A su quietud, abrácense contigo,
Que á su deseo en nada contradices.
Amada soledad, hazme tu amigo,
Y al punto dexaré, si poseyera,
Todo lo que perdió el godo Rodrigo.
Sácame de los dientes de esta fiera,
A quien el sabio dio tantas cabezas,
Y arrójame á la mas ardiente esfera.

¿De quando acá, Señor, tantas bravezas?
Riendo me decis: ¿ó qué barruntos
Tuvistes vos jamas de estas finezas?
Los tráfagos del mundo en vos veo juntos:
¿Quién diablos os llevó esas parlerías?
¿O quién os enseñó esos contrapuntos?
Sin duda habreis leido poesías
Del músico de Porras ó Belardo,
Tan celebradas en aquestos dias.
Ya de ese ingenio raro vuestro aguardo
Otro libro devoto y eloqüente,
Como el del Conde, que vistió de pardo.
Ya espero que se pare á oir la gente
Un echa acá la barca de esa boca,
Que admire de levante hasta poniente.
Paso, Señor Rector, licencia poca,
Que sé cómo castiga el papagayo
El que mi libertad ahora apoca.
Aquí, Señor, me toma un gran desmayo:
No puedo mas hablar; falta el aliento:
Dios me lleve á ver nieve de Moncayo,
Que allá declararé mejor mi intento.

RESPUESTA

DE BARTOLOME LEONARDO.

Pues hablar de las cosas propiamente
Es el crímen, Señor, que nos combate,
Cordura es darles nombre diferente.
Llamarémos prudencia al disparate,
Miéntras los que por sierva la encerráron,
No vuelven á tratar de su rescate.
Antes á la verdad santa enviáron
Desterrada, y su opuesta el cetro tiene,
A quien con pompa y triunfo paseáron.
Mas sufrir y callar, que esto mantiene
La esperanza del justo; y no dar voces,
Pues nadie escucha la razon que tiene.
Andan los buenos entre los atroces;
Mas yo espero gran luz tras esta sombra,
Segun el texto santo que conoces.
Pues no Camilo sin razon se nombra
El que ha de castigar el testimonio,
Que tu verdad y tu justicia asombra.
Ahora te hace cocos el demonio;
Mas presto te opondrás á su malicia,
Como se opuso el ermitaño Antonio.
Aunque ha poco que sigo esta milicia,
Me puedes imitar, que miro y callo,
Y ando como hombre lleno de tiricia.

Daño hay que crece mas con estorballo,
Como quando con agua arde la leña,
O con freno la furia de un caballo.
Siendo esto así, ¿quál lobo se despeña
A decir en tal tiempo las verdades,
Viendo quan fieros dientes nos enseña?
Vengo á pensar que en todas las edades,
Por algun tiempo el disponer divino
Permitió que venciesen las maldades;
Pero al fin de sus pasos y camino
Soberanos efectos se han seguido,
Que al humano saber quitan el tino.
Estan los paxarillos en su nido,
Y ponzoñosas sierpes los contemplan,
Subiendo por el tronco retorcido;
Y quando como músicos se templan,
Sienten los silbos y el vecino engaño,
Y medrosos se pasman y se tiemplan.
Así en tu nido el dulce desengaño
Gozabas tú; mas viste los matices
De la sierpe que quiso hacerte daño:
Y no te dexó echar firmes raices
En la quietud, y hará vivir contigo
La misma ocupacion que contradices.
Pero confia en tu justicia, amigo,
Que aunque ese tu contrario poseyera
El bien que poseyó y perdió Rodrigo,
Quedarás victorioso de esa fiera,
Cortarás como Alcides sus cabezas,
Y qual él subirás á su alta esfera.

Y no tengas por vanas mis bravezas,
Que hoy he tenido yo algunos barruntos,
Que las hacen verdades y finezas.
Hoy estuvimos yo y el Nuncio juntos,
Y tratamos de algunas parlerías,
Echando canto llano y contrapuntos.
Mas no se han de contar como poesías,
Pues no eres Filis tú, ni yo Belardo,
Enfado general de nuestros dias.
El libro te enviara, mas aguardo
Que divise de verde el eloqüente
Que lo compuso, su vestido pardo;
Porque así trae vestida cierta gente
A quien se parece en seso y boca
Una de las ciudades de poniente.
Materias grandes, experiencia poca,
Discursos altos trata el papagayo:
Aquí, aquí la paciencia se me apoca.
Cierto que á muy buen tiempo me desmayo:
Yo espero en Dios que cobraré el aliento
Tambien de la otra parte de Moncayo,
Donde mejor declararé mi intento.

CARTA

DE BARTOLOME LEONARDO,

Escrita á Don Gerónimo de Eraso, en que le da cuenta de como se retira de la corte, y juntamente alaba la vida de la aldea. En nuestra Señora del Pilar a 7 de Marzo de 1606.

Hoy, Fabio, de la corte me retiro
A dilatar, si puedo, en una aldea
Algunos años mi postrer suspiro.
Y así te escribo ufano de que hoy sea,
Aunque esta gente, que mis cofres lia,
Lo estorba con lo mucho que vocea.
Mas si notar con piedra blanca el dia
De algun suceso próspero se usara,
Como dicen que alguna edad lo hacia;
Si lapidario ó Príncipe me hallara,
Pusiera el dia de hoy en mi vasija
Notado con alguna piedra rara.
No echara, no, en el cántaro una guija
Muy blanca y lisa, sino algun diamante,
Digno de relucir en Real sortija.
Pues no hay suceso bueno semejante
Al de librarse el hombre de un oficio
A sus inclinaciones repugnante.
Yo soy muy torpe para el artificio
De nuestra corte; y quanto mas la sigo,
Estoy mas impedido y mas novicio.

Nacer debiera yo en el siglo antigo,
Que dió á los hombres por comun sustento
Bellotas, como el nuestro les da trigo.
Verdad es que por otra parte siento,
Que no he de hallar la soledad tan buena,
Como en la corte me la represento.
Pero si la forzosa engendra pena,
La voluntaria alivio; y mi albedrío
Es quien á mí me absuelve ó me condena.
Yo sé bien de qué cosas me desvío;
Y siempre que las viere en su retrato,
A qualquiera pesar mostraré brio,
Quando tenga al principio algun mal trato,
Como tan hecho á ver la muchedumbre
Política, y el curso de su trato.
Ningun principio entró sin pesadumbre;
Y esta no es tanta, que me desanime
De verla convertir presto en costumbre.
Vemos que un verde leño llora y gime,
Y da estallidos miéntras que lo tuesta
El fuego, hasta que en él su forma imprime.
Demas que á la materia bien dispuesta
No la embiste con fuerzas tan robustas,
Como á la que halla en resistencia puesta.
Y antes que Dios entre las almas justas
Premiase la grande alma de María
Augusta, la mayor de las Augustas,
Su licencia para esto pretendia;
Y el ver despues su muerte pudo tanto,
Que quisiera partirme el mismo dia.

Pero no pude yo imitar al Santo
Que vino de Mallorca á Barcelona
Tantas leguas de mar sobre su manto.
Ni pude resistir á la persona
Grave que lo estorbó, ni al fuerte lazo
De justa obligacion que me aprisiona.
Mas pues mi fuga no halla ya embarazo,
Antes hay causa, ¡ó vida solitaria!
Ya paso á recibir tu estrecho abrazo:
Que no me echará ménos tu contraria
Entre los consejeros y privados,
Prestándoles mi industria mercenaria.
Nunca escribí discursos dedicados
A mover apetitos de un decreto,
En piel de caridad disimulados.
No freqüento ministros, ni prometo
Favor á poco expertos pretensores,
Y pago en humo, y ellos con efeto.
Ni en quanto á mí, por causas inferiores
A las que dictan la razon, procuro
Andar en buena gracia de oidores.
Ni á morder los anzuelos me aventuro,
Que me convidan consultando arriba,
Adonde es menester mayor conjuro;
Por la facilidad con que derriba
Un soplo de fortuna el buen derecho,
Si en los desnudos méritos estriba.
Si un Príncipe grangeo, bien sospecho
Que lo haré estrecho amigo; y aun sin duda
Que yo no lo quisiera tan estrecho.

¿Quál hallarás, que á la virtud acuda
Como Mecenas, ni que la respete,
Y mas si él ve que ha menester su ayuda?
Al que peyna aladares y copete,
Y que en la manga de la diosa Juno,
Y aun de Diana pone su billete,
Hace rico sin límite ninguno:
¿Y al bueno? que lo sirva y lo corteje
Entre aquellos doseles, pero ayuno.
Pongo que ver su camarin me dexe:
¿Qué importa, si yo no me maravillo
De lo que en Flandes y Milan se texe;
Y soy tan encogido, que me humillo
A contentarme con tener entrada
Hasta la sala donde está el monillo?
En tanto que en el mundo haya cebada,
Y en mi celebro lúcido intervalo,
No me ha de dar la adulacion posada.
Yo aborrezco el mentir: soneto malo
A su autor no lo alabo ni lo pido,
Aunque consista en ello mi regalo.
Y tanto mas el crédito adquirido,
Que el de su Real fortuna reverencio,
Quanto va del sugeto al apellido.
Porque atento á otros méritos sentencio,
Que es reo desvalido la fortuna
En este tribunal de mi silencio.
Si la naturaleza es siempre una,
¿Por qué ha de haber con méritos iguales
En los sugetos diferencia alguna?

Envejecido error de los mortales,
Que dan á la opinion mas que á la esencia,
Aun en las cosas mismas naturales.
Por esto en mí no forman competencia
El plebeyo manjar y el exquisito,
Aunque en los precios haya diferencia.
Porque quando me ladra el apetito,
Ansí los raros como los vulgares
En el ayuno vientre precipito.
O tú, de alguno de los doce Pares
Descendiente milésimo, que ostentas
Nobleza y presuncion en los manjares;
Si con lo firme de ellos te alimentas,
Y no con la opinion, dime, ¿en qué cosas
Estan diferenciadas nuestras cuentas?
¿Es mejor tu pavon por sus vistosas
Plumas, que mi perdiz, ó por ser grato
A la mas soberana de las diosas?
¿Y tendrá el mismo honor puesto en un plato?
¿Será entónces tan buena mi gallina,
Aunque sin tantas plumas y aparato?
El soberbio espectáculo en que empina
Los muchos ojos de Argos, ¿no se queda
Inútil y mojado en la cocina?
Pues si no entra en mi estómago la rueda
De oro verde y azul, ¿qué maravilla
Que la fácil gallina le preceda?
Y dime, si en la espléndida vaxilla
El gusto ó la substancia se le trueca,
O en otra mas robusta ó mas sencilla.

¿Quita el cristal mas presto la xaqueca
Que el vidrio? ¿ó respetándole el catarro,
Sus desabridos manantiales seca?
Y si es de plata ó nielado el jarro,
Con el rostro de un sátiro en el pico,
¿Aplacarte ha la sed mas que el de barro?
Pues la seguridad con que le aplico
A la sedienta boca de agua lleno,
¿Darámela en palacio un vaso rico?
En el oro mezclaban el veneno
Los tiranos de Grecia y de Sicilia;
El barro siempre fue inocente y bueno.
¿Piensas que porque estan los niños de Ilia
Con su loba en tus vasos relevados,
Y quede vinculado en tu familia,
Que lo antepongo á cántaros tostados,
Si he de beber en él con los rezelos
Apénas por la salva asegurados?
Ni quiero ver bebiendo estos gemelos,
Porque fue el uno fratricida astuto,
Imitador de tios y de abuelos:
Y en tales vasos la madrastra el luto
Apercibe del lánguido pupilo,
Para que dé lugar al substituto.
Aunque yo con el ánimo tranquilo
Me pudiera brindar con Claudio ó Nero,
Que con pobres no se usa de ese estilo.
Mis campos y dehesas mi heredero
Subirá en breve casa á su ventana,
Y las podrá regar como florero.

En efecto la turba cortesana
Huye de esta opinion, porque se admira
Del falso lustre y apariencia vana;
Y por bienes fantásticos suspira,
Porque trae los sentidos trastrocados
Entre las ruedas de esta gran mentira.
Pues los Príncipes de ellas venerados,
Crea que son colosos y figuras
En los arcos triunfales levantados:
En el ropage de las vestiduras
Venerables y sacros; mas por dentro
De bálago trabado en puntas duras.
¡Qué cuidados, qué clavos al encuentro
Se topan en las almas que sustentan
Grave el semblante, y lastimado el centro!
Bien sé que los estímulos ahuyentan,
Para que sus memorias limpias queden,
Si pudiesen, de objetos que atormentan.
Porque tanto á su amor propio conceden,
Que ni con un pesar que lo embarace,
Ni sin nuevos designios vivir pueden.
Y quando una esperanza se deshace,
Mal sanos del dolor, á toda priesa
Abrazan otra que de nuevo nace.
Es vida, pues, la que esta ley profesa,
La que con hilos débiles atamos
A la fe de una pérfida promesa.
Huyamos, pues, de vida tal, huyamos,
Porque por fuerza han de traer sus bienes
Accidentes por donde los perdamos.

Ménos sujeta vive á los vayvenes
La que yo escojo en mi cortijo oculto,
Que esa próspera, Fabio, que tú tienes.
Bien que tú, sin embargo del tumulto
De la corte, te entregas á las musas,
Que te regalan con estudio oculto;
Y en la ocasion de entrambas cosas usas:
Que los textos de Tácito y Suetonio
Restituyes tal vez, ó los excusas.
Y quando es menester dar testimonio
De tus estudios militares, luces
En la abundancia de tu matrimonio.
Fatigas tus ginetes andaluces,
No sin aplauso general; y luego
Al gusto de los libros te reduces.
Mas yo busco patente mi sosiego
Profesado, y en paz, no respetoso
Al vulgo noble, y aunque noble ciego.
Ni que habite en el tráfago furioso,
No expuesto sobre todo á alteraciones,
Que á lo mejor asaltan su reposo.
Sabes el cuento de los dos ratones,
Sin duda, que en Horacio lo has leido;
Mas óyelo esta vez, aunque perdones.
Era campestre el uno, y conocido
Del otro; y aunque noble y cortesano,
Lo convida del campo al pobre nido.
Y bien que escaso y áspero el villano,
A conservar su provision atento,
A honor del huésped alargó la mano:

Dió á saco á sus legumbres, bastimento
De que tenia su dispensa llena,
Y su lardo roido y macilento:
Sus pasas, sus garbanzos y su avena
Le traia en la boca alegremente,
Por despertarle el gusto con la cena.
Mas hecho el cortesano á diferente
Pasto, de estos manjares enfadado,
Los fue probando con soberbio diente.
Y es de notar, que en paja nueva echado
Por gran prosperidad solo yacia
Callando el gran raton, señor del cado,
Que royendo unos tronchos se abstenia
De lo bueno y repuesto, porque el hijo
Se acreditase con la demasia.
Al qual riendo el cortesano, dixo:
¿No me dirás, amigo, por qué pasas
La vida en este mísero escondrijo?
¿Antepones las selvas á las casas,
Y á comidas de Príncipes prefieres
Unas legumbres débiles y escasas?
Pero mejor lo harás, si lo creyeres;
Vente conmigo á mas alegre suerte,
Pues tanto pierdes, quanto lo difieres:
Que todos somos presa de la muerte;
Y quanto ella mas lazos apercibe,
El sabio mas atento los divierte.
Luego este breve espacio que se vive,
¿Quién hace tan notorio desatino,
Que de vivienda próspera se prive?

Con esto persuadido el campesino,
Sale tras él, y por el bosque escuro
Hácia la corte toman el camino.
Llegados, entran por el roto muro,
Y en casa de uno de los mas felices
Magnates se pusiéron en seguro.
En cuyos aposentos los tapices
Por la paciencia bélgica texidos,
Mostraban las figuras de matices:
Sobre los lechos de marfil bruñidos
Los bárbaros adornos de la China,
A la púrpura Tiria preferidos.
Aquí el raton selvático reclina
Sus miembros, y sin que haya quien lo evite,
Lo reconoce todo y contramina;
Y en los platos sobrados del convite
Que vió sobre un bufete, se asegura
Como su antigua hambre lo permite.
Muy hallado en efecto, la figura
Hace de alegre huésped, discurriendo
Por las bordadas sedas á su anchura,
Quando súbito se oye el grande estruendo,
Con que cierran las puertas principales,
Que los altera de pavor huyendo.
Al golpe de las puertas y quiciales
Luego sonáron los ladridos altos
De lebreles que guardan los umbrales.
Aquí del todo los ratones faltos
De sentido, por techos y paredes
Trepando, se atropellan y dan saltos.

Al fin el campesino, tú que puedes,
Le dice al cortesano, llevar esto,
Será muy bien que en tu abundancia quedes:
Que yo con tu licencia lo mas presto
Que pueda, pienso proseguir la vida
A mi sosiego en escondrijos puesto,
Donde no hay asechanza que lo impida:
Con tus pavos y púrpuras te dexo,
Y vuelvo á la miseria de mi vida.
Esta es la historia, y este es el consejo
Que á mí me place, con haberle dado
Un tímido y silvestre animalejo.
A la aldea me voy, como él al cado;
Mas espérame en ella á mi juïcio
Un magnífico alcázar adornado.
Cierto es que no me espera un edificio,
En que la geometría suntuosa
Haya puesto el caudal de su artificio;
Que en él no lucen jaspes de Tortosa
Por nuestro Fidias Jácome de Trenzo,
Ni de pórfido ó mármol una losa;
Ni el ventanage del soberbio lienzo
Del templo insigne, que ofreció devoto
Filipo en San Quintin á San Lorenzo:
Mas aunque nada corresponda al voto,
Con que aquella vitoria fue alcanzada,
No está de parecérsele remoto.
Para mi intento es buena la posada:
Angosta, pero gracias á Dios nuestra:
Humilde, pero bien acomodada.

En cuyo alegre patio á mano diestra
Un quarto fresco para tiempo estivo
Sobre el antiguo sótano se muestra;
El sótano en que siempre el licor vivo
De Baco en los toneles se envejece,
Y quanto mas anciano es mas activo.
Todo este quarto en un jardin fenece,
No trasquilado, que su verde greña
Para apetito en la ensalada crece.
A la otra parte entre robusta leña
De parto cacarean cien gallinas
Junto de una cocina no pequeña;
Donde extendida entre las dos esquinas
Blanquea una vaxilla, que se iguala,
Si ya no excede, á porcelanas finas.
Un entresuelo en medio de la escala,
Para si viene un huésped dedicado:
Luego se sube al corredor y sala;
En el qual hay un quarto á cada lado,
Segun el tiempo, habitacion distinta,
Y de ambas partes se descubre el prado;
Y tal, que quando en lienzos ves la quinta
Entre los sauces y ribera amena,
Dirás que de esta amenidad se pinta.
La torrecilla de palomas llena
De sus roncos arrullos, semejante
A los aplausos del teatro suena;
Y abiertas las ventanas no distante
Al aposento, muestran de la fruta,
Mas cubiertas con redes de bramante.

Porque el oreo que la tiene enxuta,
Entre á darle sazon, y á las traviesas
Aves estorbe la defensa astuta.
El generoso olor de las camuesas
Se esparce, que del techo bien colgadas
Forman racimos de sus hilos presas.
Pende tambien la sarta de granadas,
Que una en el seno sus rubies encubre,
Y algunas te los muestran confiadas.
Las uvas, cuyo lustre nos descubre,
Que el néctar guardan sólidas y enteras
Todos los meses como en el Octubre.
Y de juncia y de esparto en las groseras
Faxas se ven pendientes los melones
Acomodados dentro en sus esferas.
Las serbas semejantes á varones,
Que en sus patrias son ásperos y rudos,
Hasta que en luengas tierras los traspones.
Los nísperos, que dexan de ser crudos,
Aunque maduros son pellejo y cuescos,
Y los membrillos lisos y lanudos;
Los higos pasos con mas miel que frescos:
Al fin quanto se esculpe y se colora
Sobre las cornucopias y grutescos.
De Valencia le dan Pomona y Flora
La naranja y la cidra á nuestra Pales,
Y limas tiernas que su tierra ignora:
Las limas, que á las tetas virginales
Imitan en el bulto y la figura,
Con que crecen fraternamente iguales.

La pera humilde entre la paja dura
Maciza y cordial, cuyas virtudes
Con el rescoldo lento el fuego apura.
Las castañas en forma de laudes,
Y las frutas, que encierra su madera,
Nueces y almendras en sus ataudes.
En esta copia fácil considera,
Que un asado y cocido, poco y bueno,
Sobre manteles cándidos me espera:
Y que á mis horas ciertas como y ceno
Con la resolucion que lo exercita
Un sano escarmentado de Galeno.
Y con puntualidad tan exquisita
E indispensable, como el sol la tiene
Al entrar en los signos que visita.
Mas componer la sala me conviene,
Y mi cama en su alcoba, y ver el modo,
Que al tercer aposento se previene:
Que es grande, blanco, lleno de luz todo:
En este de mis bienes lo mas rico,
Mis carísimos libros acomodo.
Este, suaves musas, os dedico
Al ocio docto, y las vigilias santas,
Que me han de segregar del siglo inico.
Aceptadlo, bellísimas infantas
De Jove, así no estampe la ignorancia
En vuestro monte sus profanas plantas.
Y miéntras usa Codro de arrogancia
Por ciencia, y á su voz los lleva asidos,
Qual suele el otro Hércules de Francia:

Y juzgan con tan rústicos oidos,
Que lo tienen por cisne, siendo ganso,
Y por canto sonoro su graznido:
Y miéntras que Gnaton compra el descanso
Con vil adulacion, y disimula
Su cieno y horcas como arroyo manso;
Y algunas veces reprehendiendo adula
(Que hay tambien aspereza aduladora)
Al noble tributario de su gula.
Apruébale sus versos; mas devora
Sus platos, siempre huéspeda la panza,
Hinchada por agena cantimplora:
Y miéntras que al poder y la privanza
Cortejan los barbudos pretendientes,
Que en apariencia fundan su esperanza:
Aunque á vueltas de muestras aparentes,
La virtud de las piedras y metales
Les da los requisitos suficientes:
Y en tanto que de lechos conyugales,
Que afortunados la ignorancia llama,
Arde el honor en llamas desiguales;
Porque plugo á los ojos de madama
La maciza salud del page hermoso,
Y desmiente al susurro de la fama;
Atribuyendo efectos á su esposo,
Que hiciéron otros brios mas activos,
O con algun brebage poderoso;
Por cuya fuerza arroja medio vivos,
Al adúltero Adonis semejantes,
Si se mirasen, trozos abortivos:

Y miéntras que el tropel de negociantes
Hunden las calles, cómo quando en Creta
Voceaban los pios Coribantes;
Y Filocriso entre ellos con la treta
Del volador Simon la mitra agarra,
Con que despues la indocta frente aprieta;
No por mostrar la indignacion bizarra
Del otro, que en defensa del Maestro
En el huerto esgrimió la cimitarra;
Sino contra el exemplo de Silvestro,
Para tratar la esposa como sierva,
Dándole á César el peculio nuestro:
Que sus rebaños él no los conserva
Sino por los vellones que trasquila,
Sin zelo de que tengan sal y yerba:
Y miéntras anda entre Caribdi y Scila
La verdad por causídicos malditos,
Cuya fidelidad y voz se alquila;
Hasta que al fin de interesados gritos
De los confusos tribunales vuela,
O se ahoga en los pérfidos escritos:
Y miéntras la ambicion y la cautela
Apresuran la vida de palacio,
Batiendo el tiempo volador la espuela,
Pasaré yo la mia muy despacio
Con Gerónimo, Ambrosio y Agustino,
Y alguna vez con Píndaro y Horacio.
De este puerto seguro determino
Mirar, si puedo, como ageno el daño,
Que en otros hace el ímpetu marino.

Y en él de jaspe catalan ó extraño,
Para colgar mis cepos y cadenas,
Levantar un altar al desengaño.
Con letras de oro de misterio llenas,
Mas inferior en harto al buen sentido
Con que las declaró Pablo en Atenas,
Y ansí dirán: al Dios no conocido.

EPISTOLA

DE FRANCISCO DE RIOJA.

Fabio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son, do el ambicioso muere,
Y donde al mas astuto nacen canas.
Y el que no las limare ó las rompiere,
Ni el nombre de varon ha merecido,
Ni subir al honor que pretendiere.
El ánimo plebeyo y abatido
Elija en sus intentos temeroso
Primero estar suspenso que caido:
Que el corazon entero y generoso
Al caso adverso inclinará la frente,
Antes que la rodilla al poderoso.
Mas triunfos, mas coronas dió al prudente,
Que supo retirarse á la fortuna,
Que al que esperó obstinada y locamente.
Esta invasion prolixa é importuna
De contrarios sucesos nos espera
Desde el primer sollozo hasta la cuna.

Dexémosla pasar como á la fiera
Corriente del gran Betis, quando airado
Dilata hasta los montes su ribera.
Aquel entre los héroes es contado,
Que el premio mereció; no quien le alcanza
Por varias conseqüencias del estado.
Peculio propio es ya de la privanza,
Quanto de Austria fue, quanto regia
Con su temida espada y fuerte lanza.
El oro, la maldad, la tiranía
Del iniquo precede, y pasa al bueno;
¿Qué espera la virtud, ó qué confia?
Ven y reposa en el materno seno
De la antigua Remúlea, cuyo clima
Te será mas humano y mas sereno.
Adonde, por lo ménos, quando oprima
La tierra nuestro cuerpo, dirá alguno,
Blanda le sea al derramarla encima.
Donde no dexarás la mesa ayuno,
Quando en ella nos falte el pece raro,
O quando su pavon nos niegue Juno.
Busca, pues, el sosiego dulce y caro,
Como en la obscura noche del Egeo
Busca el piloto el eminente Faro.
Que si acortas y ciñes tu deseo,
Dirás, lo que yo precio he conseguido,
Que la opinion vulgar es devaneo.
Mas quiere el ruiseñor su pobre nido
De pluma y leves pajas, mas sus quejas
En el bosque repuesto y escondido;

Que agradar lisonjero las orejas
De algun Príncipe insigne, aprisionado
En el metal de las doradas rejas.
¡Triste de aquel que vive destinado
A esa antigua colonia, do los vicios
Habitan con semblante disfrazado!
Cese el ansia y la sed de los oficios;
Se acepta el don, y burla del intento
El ídolo á quien hace sacrificios.
Iguala con la vida el pensamiento,
Y no te pasarás de hoy á mañana,
Ni quizá de un momento á otro momento.
Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica, y esperas:
¡O error perpetuo de la suerte humana!
Las enseñas grecianas, las banderas
Del senado romano y monarquía
Muriéron acabando sus carreras.
¿Qué es nuestra vida mas de un breve dia,
Do apénas sale el sol, quando se pierde
En las tinieblas de la noche fria?
¿Qué es mas que el heno á la mañana verde,
Seco á la tarde? ¡ó ciego desvarío!
¿Será que de este sueño me recuerde?
¿Será que pueda ver que me desvío
De la vida viviendo, y que esté unida
La corta muerte al siempre vivir mio?
Como los rios en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.

De la pasada edad ¿qué me ha quedado?
¿O qué tengo yo á dicha en la que espero,
Sin alguna noticia de mi hado?
¡O si acabase, viendo como muero,
De aprender á morir ántes que llegue
Aquel forzoso término postrero;
Antes que aquesta mies inútil siegue
De la severa muerte dura mano,
Y en la comun materia se la entregue!
Pasáronse las flores del verano,
El otoño pasó con sus racimos,
Pasó el ivierno con sus nieves cano:
Las hojas que en las altas selvas vimos,
Cayéron; y nosotros á porfia
Con nuestro engaño inmóviles vivimos.
Temamos al Señor, que nos envia
Las espigas del año y la hartura,
Y la temprana mies y la tardía.
No imitemos la tierra, siempre dura
A las aguas del cielo y al arado,
Ni á la vid cuyo fruto no madura.
¿Piensas acaso tú que fue criado
El varon para el rayo de la guerra,
Para sulcar el piélago salado,
Para medir el orbe de la tierra,
Y el cerco por do el sol siempre camina?
¡O quien así lo entiende quanto yerra!
Esta nuestra porcion alta y divina
A mayores acciones es llamada,
Y en mas nobles objetos se termina.

Así aquella que á solo el hombre es dada
Sacra razon y pura me despierta
De esplendor y de rayos coronada.
Y en la fria region dura y desierta
De aqueste pecho enciende viva llama,
Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.
Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,
Y callando pasar entre la gente,
Que no afecto los nombres de la fama.
El soberbio tirano del oriente,
Que maciza las torres de cien codos
Del cándido metal puro y luciente;
Apénas puede ya comprar los modos
Del pecar: la virtud es mas barata,
Ella consigo misma ruega á todos.
Mísero aquel que corre y se dilata
Por quantos son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata.
¿Un ángulo me falta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve,
Que no perturban deudas ni pesares?
Esto tan solamente es quanto debe
Naturaleza al simple y al discreto,
Y algun manjar comun, honesto y leve.
No porque así te escribo hagas conceto
Que pongo la verdad en exercicio,
Que aun esto fue difícil á Epicteto.
Basta que empiece á aborrecer el vicio,
Y el buen camino enseñe al que es modesto,
Despues le será el cielo mas propicio.

Despreciar el deleyte no es supuesto
De sólida virtud, que aun el vicioso
En sí propio le trata de molesto.
Mas no podrás negarme quan forzoso
Este camino sea al alto asiento,
Morada de la paz y del reposo.
No sazona la fruta en un momento
Aquella inteligencia, que mensura
La duracion de todo á su talento:
Flor la vimos primero hermosa y pura;
Luego materia acerba y desabrida,
Y perfecta despues, dulce y madura.
Tal la humana prudencia es bien que mida,
Y comparta y compense las acciones,
Que han de ser compañeras de la vida.
No quiera Dios que siga los varones,
Que moran nuestras plazas macilentos,
De la virtud infames histriones:
Esos inmundos, trágicos y atentos
Al aplauso comun, cuyas entrañas
Son infectos y obscuros monumentos.
¡Qué callada que pasa á las montañas
El aura respirando blandamente!
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!
¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡Qué resonante con civil rüido
Por el vano, ambicioso y aparente!
Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres solo á los mejores,
Sin presumir de roto ó mal ceñido.

No resplandezca el oro y las colores
En nuestro trage, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.
Una mediana vida yo posea,
Un estilo comun y moderado,
Que no le note nadie que le vea.
En el plebeyo barro mal tostado
Hubo quien bebió tan ambicioso,
Como en el vaso múrino preciado.
Y alguno tan ilustre y generoso,
Que usó como si fuera plata neta,
De cristal transparente y luminoso.
En la templanza está la paz perfeta,
En vano del vicioso codiciada,
Que no se alcanza con veloz saeta,
Ni con tronante máquina preñada
De fuego y de terror; que no es su puerta
De doblados metales fabricada.
Ansí, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la verdad, y el albedrío
Con ella se compone y se concierta.
No te burles de mí quando confio;
Ni al arte de decir vana y pomposa
El ardor atribuyas de este brio.
¿Es por ventura ménos poderosa,
Que el vicio, la virtud, ó ménos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.
La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar, la ira á las espadas,
Y la ambicion se rie de la muerte.

¿No serán siquiera tan osadas
Las opuestas razones, si las miro
De mas ilustres genios ayudadas?
Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De quanto simple amé; rompí los lazos:
Ven, y verás al grande fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

CANCION

DE D. ANTONIO MIRA DE AMESCUA.

Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Rompiendo el ayre el pardo xilguerillo,
Se sentó en los pimpollos de una haya,
Y con su pico de marfil nevado,
De su pechuelo blanco y amarillo
La pluma concertó pajiza y baya;
Y zeloso se ensaya
A discantar en alto contrapunto
Sus zelos y amor junto,
Y al ramillo y al prado y á las flores
Libre y ufano cuenta sus amores.
¡Mas ay! que en este estado
El cazador cruel de astucia armado,
Escondido le acecha,
Y al tierno corazon aguda flecha
Tira con mano esquiva,
Y envuelto en sangre en tierra lo derriba.
¡Ay vida mal lograda,
Retrato de mi suerte desdichada!

De la custodia del amor materno
El corderillo jugueton se aleja,
Enamorado de la yerba y flores;
Y por la libertad del pasto tierno
El cándido licor olvida y dexa,
Por quien hizo á su madre mil amores:
Sin conocer temores,
De la florida primavera bella
El vario manto huella
Con retozos y brincos licenciosos,
Y pace tallos tiernos y sabrosos.
¡Mas ay! que en un otero
Dió en la boca de un lobo carnicero,
Que en partes diferentes
Lo dividió con sus voraces dientes,
Y á convertirse vino
En purpúreo el dorado vellocino.
¡O inocencia ofendida!
¡Breve bien, caro pasto, corta vida!
Rica con sus penachos y copetes,
Ufana y loca con ligero vuelo
Se remonta la garza á las estrellas,
Y puliendo sus negros martinetes,
Procura ser allá cerca del cielo
La reyna sola de las aves bellas;
Y por ser ella de ellas
La que mas altanera se remonta,
Ya se encubre y trasmonta
A los ojos del lince mas atentos,
Y se contempla reyna de los vientos.

¡Mas ay! que en la alta nube
El águila se vió, y al cielo sube.
Donde con pico y garra
El pecho candidísimo desgarra
Del bello ayron, que quiso
Volar tan alto con tan corto aviso.
¡Ay páxaro altanero,
Retrato de mi suerte verdadero!
Al son de las belísonas trompetas,
Y al retumbar el sonoroso parche,
Formó esquadron el capitan gallardo:
Con relinchos, bufidos y corvetas
Pidió el caballo, que la gente marche,
Trocando el paso de veloz en tardo:
Sonó el clarin bastardo
La esperada señal de arremetida,
Y en batalla rompida,
Teniendo cierta de vencer la gloria,
Oyo á su gente que canto victoria.
¡Mas ay! que el desconcierto
Del capitan bisoño y poco experto,
Por no observar el órden,
Causó en su gente general desórden;
Y la ocasion perdida,
El vencedor perdió victoria y vida.
¡Ay fortuna voltaria,
En mis prosperos fines siempre varia!
Al cristalino y mudo lisonjero
La bella dama en su beldad se goza,
Contemplándose Venus en la tierra,

Y al mas rebelde corazon de acero
Con su vista enternece y alboroza,
Y es de las libertades dulce guerra:
El desamor destierra
De donde pone sus divinos ojos,
Y de ellos son despojos
Los purísimos castos de Diana,
Y en su belleza se contempla ufana.
¡Mas ay! que un accidente
Apénas puso el pulso intercadente,
Quando cubrió de manchas
Cárdenas, ronchas y viruelas anchas
El bello rostro hermoso,
Y lo trocó en horrible y asqueroso.
¡Ay beldad malograda,
Muerta luz, turbio sol, y flor pisada!
Sobre frágiles leños, que con alas
De lienzo débil de la mar son carros,
El mercader surcó sus claras olas:
Llegó á la India, y rico de bengalas,
Perlas, aromas, nácares bizarros,
Volvió á ver las riberas españolas.
Tremoló banderolas,
Flámulas, estandartes, gallardetes;
Dió premio á los grumetes
Por haber descubierto
De la querida patria el dulce puerto.
¡Mas ay ¡que estaba ignoto
A la experiencia y ciencia del piloto
En la barra un peñasco,

Donde tocando de la nave el casco,
Dió á fondo hecho mil piezas,
Mercader, esperanzas y riquezas.
¡Pobre baxel, figura
Del que anegó mi próspera ventura!
Mi pensamiento con ligero vuelo
Usano, alegre, altivo, enamorado,
Sin conocer temores la memoria,
Se remontó, Señora, hasta tu cielo;
Y contrastando tu desden airado,
Triunfó mi amor, cantó mi fe victoria;
Y en la sublime gloria
De esa beldad se contempló mi alma,
Y el mar de amor sin calma
Mi navecilla con su viento en popa,
Llevaba navegando á toda tropa.
¡Mas ay! que mi contento
Fue el paxarillo y corderillo exênto,
Fue la garza altanera,
Fue el capitan que la victoria espera,
Fue la Venus del mundo,
Fue la nave del piélago profundo;
Pues por diversos modos
Todos los males padecí de todos.
Cancion, ve á la coluna
Que sustento mi prospera fortuna,
Y verás, que si entonces
Te parecio de mármoles y bronces,
Hoy es muger; y en suma
Tuve bien, fácil viento, leve espuma.

LECCIONES VARIANTES

DE LA EPÍSTOLA DE LUPERCIO LEONARDO.

Pág.	*Vers.*	
36	1	Aquí donde la suerte de Pompeyo A César se rindió la vez primera, Y Afranio juntamente con Petreyo.
38	26	Mal haya el borrachon que de Alemaña.
39	24	Y que todos la dicen cada dia.
42	5	Pueden ir ante tí, porque divides.
42	27	Aunque el color y vista nos desmientan.
42	29	Con mas espacio que hay del Nilo á Gades.
43	16	. . . . . que trabaja, Mas que aquel que venció á los Geriones.
46	3	Que debiera temer de su castigo.
47	24	Para mover la mula de Vituria.
53	30	A trueque que no adule como alguna.

De la epístola de Bartolomé Leonardo: No te pido, Marques &c.

Pág. Vers.

121 12 Y estoy como los mondos esqueletos,
Con odio del manjar, y con sed harta;
Mira qué aliño para hacer tercetos.

123 1 Formada, pues, su verdadera excusa,
A tu gracia admitida, se introduce
En la materia que le das difusa.
Tu carta, que segun se me trasluce,
Sobre mis metafísicas se eleva,
A dos particulares se reduce.

123 14 Ordena Dios que el mérito consista.

124 4 Porque sabe él muy bien que mas merece
Quien de la falta de ocasiones fia,
Que del vigor que su virtud le ofrece.
Tu sirena interior por otra via,
El amor propio veo que se opone,
Y soltando su dulce melodía.

126 27 ¡O tú! que al hado y á la estrella impones
La culpa contraida en las dolencias
De tus malas ó inútiles acciones.

127 4 Tuya es la culpa, tuya, y solamente
Tu eleccion es artífice á la gloria,
O á la infelicidad causa eficiente.

130 18 Sufrir los rayos del señor de Delo.
131 24 Para sacar provecho de la mofa.
136 5 Sus tiernos cogollitos florecientes.

De la cancion de Bartolomé: Martir dichoso &c. pág. 45.

Pág. Vers.

46 2 Y si miras al Tibre (aunque pudiera
Exceder de sus márgenes creciendo,
Y la llama apagar que te encendia:)
Míralo, pues, verás en su ribera
Sus Quirites, que cada qual sintiendo
Tu martirio, en llorar se deshacia.
46 20 Fuéron himnos sagrados repetidos,
Del homicida confusion y afrenta.
47 10 Haz verdadero lo que dixo Sisto.
47 15 Bramó Perilo dentro de su toro.
47 27 A Elías en el suyo arrebatado.

INDICE.

Cancion. Algunas veces se nos permitia. Pág. 1

Paráfrasis del Salmo: Super flumina Babilonis.

Soneto v. Amor, ya te cogí, quando tenia. 156

Cancion. A todos los espíritus amantes. 8

A la purísima Concepcion de nuestra Señora.

Cancion. Aquella pecadora, que solia. 34

A Santa María Magdalena.

Soneto VII. A su Teresa Cristo en vision clara. 60

Soneto XIII. Aunque en tus naves, ¡ó Bretaña ingrata! 137

Soneto VII. Con la lengua los labios apercibe. 157

Soneto VI. Cuelga Ignacio las armas por trofeo. 59

Elegía. Con feliz parto puso al heredero. 60

En la muerte de la Reyna Doña Margarita nuestra Señora.

Otra. Cayó, Señor, rendido al

accidente. 70
En la muerte del Conde de Gelves D. Fernando de Castro.
Soneto I. Como fue á Apolo por los dioses dada. 131
Al Rey Don Felipe Tercero nuestro Señor quando sucedió en la monarquía.
Soneto XI. Calle sus triunfos la romana historia. 136
Celebra el gobierno del Conde de Lemos Don Pedro, Virey de Napoles, adonde pasó desde la Presidencia de Indias; y á esto aluden las palabras: Deberán los dos mundos &c.
Epígrama. Cloe, la séptima vez. 153
Traduccion del epígrama 16 del libro 9 de Marcial: Inscripsit tumulo &c.
Soneto XII. Despues de haber cantado el Mantuano. 160
Epístola. De esta casa del Nuncio propiamente. 163
Epístola de Alonso Ezquerra á Bartolomé Leonardo de Argensola.

Villancico. Deteneos entendimiento. 54
Al Santísimo Sacramento.
Epístola. Don Juan, ya se me ha puesto en el cervelo. 96
Soneto VIII. Duque, suspende al tiempo la victoria. 135
Epístola. El título me das de tu maestro. 112
Cancion. En tanto que nos hace tu esperanza. 118
Alabanzas de Zaragoza al Rey nuestro Señor Don Felipe Tercero (entónces Príncipe) en la ocasion en que se celebró el casamiento de la Señora Infanta Doña Catalina.
Soneto VIII. En otro tiempo, Lesbia, prometias. 158
Traduccion de Catúlo: Nulli se dicit &c.
Cancion. Esperanza tardía. 160
Soneto II. Este sí, gran Filipo, que es dominio. 132
En la muerte del Rey Felipe Tercero nuestro Señor.
Soneto XV. El arte falta do el sugeto sobra. 138
Soneto XVI. El pintor raro á quien el arte sobra. 139

Tercetos. Fabio, las esperanzas cortesanas. 185
Epístola de Francisco de Rioja.
Soneto IX. Hame burlado tanto la esperanza. 158
Quintilla glosada. Hay en esta peña fuerte. 48
Tercetos. Hoy, Fabio, de la corte me retiro. 169
Epístola á D. Gerónimo de Eraso.
Cancion. Hoy quiere el cielo que de tu Raymundo. 37
En la traslacion de una reliquia de San Ramon de la Iglesia de Roda á la ciudad de Barbastro, cuyo Obispo habia sido.
Cancion. Hoy vuelve á los abrazos de su esposa. 41
En la restitucion de una reliquia de San Eufrasio á la ciudad de Andújar.
Soneto I. Hoy rompe Dios los orbes celestiales. 57
En la fiesta del nacimiento de nuestro Señor.
Soneto III. Hoy por piedad de su hacedor le ofrecen. 58

Soneto IX. Hoy, Real Señora, hasta la impírea esfera. 135

A la Condesa de Lemos Doña Catalina de la Cerda, que siendo Vireyna de Nápoles, dió una gran limosna para la fábrica de la capilla de San Genaro, Obispo y Mártir, Patron de aquella ciudad.

Cancion. Jesus, corona del virgíneo coro. 4

Traduccion del himno: Jesu, corona Virginum.

Epístola. Jóven Real, por el poder del hado. 80

Al Conde de Lemos Don Francisco, hoy el Padre Fr. Agustin de Castro, siendo Conde de Castro.

Cancion. La estrella, que hasta entónces con modesta. 5

A la adoracion de los Reyes.

Romance. La noche ofuscaba al mundo. 53

En la fiesta del nacimiento de nuestro Señor.

Cancion. Mártires y doncellas. 11

A la asuncion de la Madre de Dios.

Cancion. Mártir dichoso, que con presto vuelo. 45

A San Lorenzo.

Soneto IV. Miéntras que el órden natural se admira. 58

A la resurreccion de Cristo nuestro Señor.

Soneto XVII. Miéntras gozamos con igual contento. 139

Es de Doña Catalina de Solís.

Soneto III. Naces, ¡ó Infante! en hora no entendida. 132

Al nacimiento del Rey nuestro Señor.

Cancion. No quiero yo cantar como solia. 124

En las exêquias del Rey nuestro Señor Don Felipe Segundo, que celebró la Universidad de Zaragoza.

Décima. No induce necesidad. 131

A esta décima dió ocasion una plática que tuvo el autor con el Doctor Gaspar Ram, Arcipreste de Daroca, en la San-

ta Iglesia de Zaragoza, varon muy docto, sobre las palabras del Salmo 118: Anima mea in manibus meis semper; *y sobre las del Salmo 30:* In manibus tuis sortes meae.

Soneto IV. No turba nuestro llanto la alabanza. 133

En la muerte del Serenísimo Principe Felipe de Saboya.

Soneto VII. No extraño yo que á la primera ausencia. 134

A la Duquesa de Villahermosa Doña María de Aragon.

Soneto I. No las antiguas púrpuras de Tiro. 154

Soneto VI. No el número prolixo de ascendientes. 157

A Don Luis Ferrer.

Soneto X. No contenta con París quiso Elena. 159

Soneto V. ¡O enigma, donde amor cifra la historia. 59

Al Santísimo Sacramento, incluyendo la antifona: O sacrum convivium.

Elegía. ¡O tú, en cuya cerviz la

fuerza estriba. 83
A un relox que tenia el Conde de Lemos Don Pedro, siendo Virey de Náles, que era un globo sustentado por Atlante.
Soneto XVIII. ¡O sol, que dexas con mortal contento. 140
Es respuesta del soneto de Doña Catalina de Solís.
Soneto XXIII. ¡O quién pudiera, superior Leonardo. 142
Del Padre Fr. Gerónimo de San Josef, Religioso Carmelita Descalzo.
Liras. ¡O diosa, tú que riges. 149
Traduccion de la Oda 35 del libro 1 de Horacio: O Diva potens &c.
Soneto II. Ofrecen hoy los pérfidos Britanos. 155
Liras. ¿Por qué, Asteria, te afliges? 151
Traduccion de la oda 7 del libro 3 de Horacio: Quid fles Asterie?
Soneto III. Por gran hecho se cuenta que Tobías. 155
Cancion. Pues que no hay voz ni

estilo suficiente. 20
A San Miguel.

Cancion. Pues las piadosas lágrimas vertiste. 217
Al Rey Don Felipe Tercero nuestro Señor, habiendo celebrado las exêquias de su padre, de felice memoria.

Soneto x. Pues tu gobierno mi Fernando imita. 136
Este soneto se escribió con ocasion de haber discurrido sobre la epiqueya con Don Fernando de Borja, Virey de Aragon, y sobre los límites á que se extiende.

Tercetos. Pues hablar de las cosas propiamente. 166
Respuesta de Bartolomé Leonardo de Argensola á la epistola de Alonso Ezquerra.

Redondillas. ¡Qué mucho es que á grandes Reyes. 50
A la familiaridad que San Raymundo de Penafort tenia con su Angel Custodio.

Soneto XI. ¿Qué estratagema haceis, guerrero mio? 57
A Cristo nuestro Señor orando en el huerto.

Epístola. Quando á las cosas públicas atiendes. 109
Es de Don Fernando de Avila y Sotomayor, escrita al autor, persuadiéndole á que diese lugar para imprimir sus obras.

Soneto VI. Quando al amor sus flechas aprestaba. 134
A la Duquesa de Villahermosa Doña María de Aragon, quando saliendo de Medina se calzó chapines.

Epígrama. Quatro dientes te quedáron. 154
Traduccion del epígrama 76 del libro 1 de Marcial: Si memini fuerant tibi quatuor, Ælia, dentes.

Soneto XXI. Retor, á la esperanza infiel no aspira. 141
Es de Martin Lamberto Iñiguez.

Villancico. Siempre, Amor, venceis

á Dios. 55
En la fiesta del nacimiento.
Soneto V. Si en los sucesos prósperos declina. 133
A la Duquesa de Villahermosa Doña Juana de Pernestain, habiendo perdido un pleyto en Aragon.
Soneto XIX. Si á Filis por qué llora le pregunto. 140
Es del Príncipe de Esquilache.
Soneto XX. Si lloró Fili, ó si juró, pregunto. 141
Respuesta del soneto antecedente.
Soneto XXII. Si la ambicion que llega adonde aspira. 142
Respuesta del soneto de Martin Lamberto Iñiguez.
Soneto XXIV. Si alcanzais de Teresa, que á Leonardo. 143
Responde al soneto del P. Fr. Gerónimo de San Josef.
Soneto XI. Tambien tiene en Madrid Micer Pasquino. 159

Soneto XII. Terreno, en cuyos sacros manantiales. 137

Cancion. Ufano, alegre, altivo, enamorado. 192

Soneto IV. Velando estoy, Señor, que el enemigo. 156

Cancion. Ya la primera nave fabricada. 16

Cancion á la nave de la Iglesia, escrita quando el Señor Don Juan de Austria venció al Turco en Lepanto.

Epístola. Yo quiero, mi Fernando, obedecerte. 86

A Fernando de Sova Galvarro.

Soneto XIV. Ya he visto, sabio Andrade, por la gloria. 138

Habiendo discurrido el autor con el P. Fr. Lorenzo de Andrade, Religioso de la Orden de San Gerónimo, sobre el mérito de la paciencia, y en qué consiste, recibió un papel suyo, en que proseguia doctamente lo que comenzó de palabra, al qual responde en este soneto.

Tercetos. Yendo por la via sacra acaso un dia. 143
Traduccion de la sátira 9 del libro 1 Satir. de Horacio: Ibam forte via sacra &c.